

MEDINA LA DEL CAMPO (I)

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONES

Ni al Rey oficio, ni al Papa beneficio. Tal es el soberbio lema que ostenta Medina del Campo en su escudo. Este lema y trece roeles de plata en campo azul constituyen sus armas.

De mote extraño lo calificó Quadrado en su viaje de excursión por Valladolid, Palencia y Zamora, creyendo que se adoptó en memoria de la singular exención que Medina gozaba de toda provisión real y pontificia respecto á sus cargos civiles y sus prebendas eclesiásticas. De extraño también, siguiendo indudablemente á Quadrado, lo calificaron otros escritores.

Pudo ser así, no digo lo contrario, y así será realmente; pero paréceme que hay algún error en la transcripción del

(1) Del precioso libro *Historias y tradiciones*, que acaba de publicar el ilustre académico D. Víctor Balaguer. Contiene aquél la historia, tradiciones y recuerdos de Medina del Campo, El castillo de la Mota, Las ruinas de Fres del Val, El cuento del Cid, en Castilla, y La Cartuja de Montalegre, La danza de las Morratxas, La torre de los Encantados, Sitges la blanca, El castillo de la Selva, en Cataluña.

Forma un elegante volumen en 8.^o de 300 páginas, y se vende, encuadrado en tela, á 6 pesetas.—(N. de la R.)

lema según Quadrado lo inserta. *Ni el Papa beneficio, ni el Rey oficio*, dice Quadrado, y dicen otros con él, guiados á error sin duda por el autor de la *Población de España*, que así lo puso.

El mote ó divisa no es éste, según pude averiguar y según está en una preciosa manta que adquirí para depositar en la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú. *Ni al Rey oficio, ni al Papa beneficio*, así es como yo lo encuentro. El lema adoptado por Quadrado, y que ya hubo de parecerle extraño, varía esencialmente en su forma y substancia, en su sentido y también en su alcance.

Ni en él hay lógica, ni en él historia, ni en él claridad. No se explica ni se comprende. Todo lo contrario sucede con el que yo creo verdadero lema, y que responde á lo que fué siempre y siempre significó Medina, una de las villas de más espíritu democrático que cuenta nuestra España, villa monárquica y católica por convicción y por ley, obediente y correcta, pero ni cortesana con el Rey ni pródiga con el Papa.

Así al menos me parece á mí que puede entenderse su divisa.

Medina, la del Campo, la de la leyenda aquella de *Ciudad por ciudad, Lisboa en Portugal, y tanto por tanto, Medina del Campo*, fué centro y corazón de la vieja Castilla. Y sigue siendo lo primero, ya que no lo segundo.

De su seno arrancan cinco vías férreas.

Es una la que conduce á Valladolid y á Burgos; Valladolid, la que *Villa por villa, es Valladolid en Castilla*; la Valladolid á la que tantos títulos de honor y tantos primores de grandeza hacen digna de las más altas consideraciones y tributos de la patria, y Burgos la murada, la aureolada con nimbos de luz, con celistias de gloria y con paramentos de arte.

Es otra la línea que conduce á Toro y á Zamora, las dos hermanas, asentadas entrambas sobre el Duero, entrambas ceñidas por idénticos torreones y muros, y viviendo entrambas en la región y bajo el cielo de sus mismos recuerdos y sus mismos amores.

La tercera es la que va á Salamanca, la Atenas española, ciudad gloriosa, coronada por las memorias de sus aulas y los portentos de sus artes.

La cuarta es la que lleva á Segovia la sin par, y la quinta, finalmente, la que enlaza con Arévalo la turbulenta y con Avila la de las murallas monumentales, gloria y luz de nuestra taumaturga Santa Teresa.

Aparecióme por primera vez Medina en un día de sol implacable, con su cielo despejado y puro y con sus campos secos y polvorosos, como si así quisiera presentármeme para desmentir aquellas palabras que el Obispo Guevara, poco amigo de esta ciudad, hubo de estampar en una de sus célebres epístolas, diciendo:

«Mi parecer es que Medina no tiene cielo ni suelo, porque el cielo está siempre cubierto de nubes y el suelo lleno de lodos; por manera que si los vecinos la llaman Medina del Campo, los cortesanos la llamaremos la Medina del lodo.»

Y con decir que llegué el 4 de Septiembre, dicho está que llegué al terminar sus célebres ferias, las cuales, aunque decadentes hoy y sin sombra de lo que fueron, todavía conservan reminiscente memoria de su pasado, cuando en ella se celebraban cuatro veces al año y era Medina el gran emporio del comercio y el opulento mercado al que afluían traficantes y manufacturas de todas partes, por estar situada entre los centros industriales y agrícolas de Palencia, Avila, Segovia, Valladolid, Toro, Zamora y Salamanca.

Todavía cuando llegué flotaba el pendón morado del Municipio sobre la casa de Ayuntamiento, que se presenta gloriosa y flanqueada de torreones, todavía estaban las calles atajadas, y su amplia plaza Mayor, que acababa de oficiar de coso, con los andamios, empalizadas y burladeros que sirvieron para la tradicional corrida de novillos. Aún estaba la ciudad de fiesta, las casas de gala, las mujeres endomingadas.

El famoso reloj de su iglesia colegiata de San Antolín, con los dos paletos que descargan sus mazas en el bronce y sus dos carneros que topan al dar las horas, acababa de so-

nar el toque de queda con que se anuncia al vecindario que terminó la fiesta y que los toros y novillos regresan al campo, aviso para que los vecinos y forasteros se retiren á sus barreras ó se refugien en los soportales mientras pasa la torada.

Pocas poblaciones me causaron la impresión que Medina, á quien bien puede decirse que realzan, y mejor aún, que recaman los vestigios de sus perdidas opulencias y los trazos de sus añoradas grandezas.

Tiene carácter y revela tradición é historia su grandiosa plaza, circuída por casas de arcaicos porches, que tienen verdadero carácter castellano y color de época, como tantas veces se ven recorriendo los pueblos de la vieja Castilla. Son casas singulares, de cuerpo superior adelantado y salidizo, mientras que la parte inferior está formada por el soportal con recios pilares de madera, que parecen colocados allí solamente para sostener en vilo las casas.

En el fondo se levanta la Colegiata, con fachada moderna de ladrillo, torre cuadrada sobre pórtico octógono y gran nave interior guardadora de dos estandartes de los Reyes Católicos.

Á un lado está la Casa Consistorial que, según rezan las lápidas de su frontispicio, sustituyó á otra devorada con todo su archivo por un terrible incendio que destruyó la mitad de Medina.

En un ángulo aparece la casa llamada *de la Reina*, miserablemente convertida hoy en cárcel pública.

Tiene esta casa, que fué, según parece, de Isabel *la Católica*, pero más principalmente aún de Juana *la Loca*, un sello especial y característico. Llama en el acto la atención, y con su severa y singular fachada, que aparenta grandiosidad, atrae y fija las miradas del que penetra por vez primera en la plaza. Así me sucedió á mí al menos.

¡Triste destino el de esta morada real, como lo fué el de la misma Reina Católica en sus últimos años, Reina infeliz, condenada á no tener sucesión varonil por muerte de su primogénito y de su nieto y obligada á legar su trono, el trono de dos mundos, á su pobre hija Juana, á quien enfermaba el amor y enloquecían los celos!

Convertida se ve hoy en cárcel su casa, de la que está borrado su nombre y foragida su memoria, y, como luego diré, vuelto se halla su alcázar en hospedería de pordioseros y en lar de gitanos vagabundos y mujeres zahorinas.

Medina, en tiempos de su pujanza, hubo de ser villa grandiosa y vasta. Hay quien supone que llegaba hasta el vecino pueblo de Posáldez, donde tenía sus arrabales y suburbios.

Paseando hoy por sus alrededores, á cada instante se tropieza con restos de palacios, conventos ó edificios grandiosos. Barriadas enteras desaparecieron como en general devastación.

Á cada paso y á largas distancias del centro se encuentran arcos, torres, muros de palacios y hasta capillas que un día estuvieron dentro de su recinto. Fué víctima de espantables incendios en la época misma de su grandecía, en 1479, en 1491 y en 1492, como si ineludible fatalidad se empeñara en acabarla cuanto más se encumbraba, y aunque con pertinaz porfía luchó contra su suerte aquel pueblo de mercaderes, volviendo siempre á levantar lo caído y ofreciendo á mal tiempo buena cara, terminó por ceder á su adverso sino.

Duró su poderío hasta muy avanzado el siglo XVI. La guerra de las Comunidades sembró Medina de ruinas, convirtiéndola en nueva Pompeya, y acabaron con ella los cambios y trastornos consiguientes al descubrimiento del Nuevo Mundo, cuando la vida de la Nación huyó del centro á las extremidades, dejando poco menos que yerto el corazón de Castilla.

Pudiera decirse que al morir Isabel *la Católica*, Medina se fué con ella.

Tuvo Medina palacios soberbios y moradas suntuosas, de que se conservan restos, aquellos viejos caserones castellanos de estancias grandiosas y solemnes, de altos y despejados salones, de techos artesonados, y blasonantes, de ricos muros ornados de lienzos y tapices, con toda clase de corredores, galerías, mirandas, escaleras secretas y pasadizos ocultos, lleno todo de aire, de espacio y también de

sombras traslucientes en los rincones y en los recuadros, sombras que participan de algo de celistia, y que allí viven y se mantienen perennes, resistiéndose á los grandes chorros y estrépitos de luz que entran por los anchurosos balcones.

Podían nuestros antepasados no ser artistas, pero tenían tales nociones de suntuosidad, tal sentimiento de grandeza y tales instintos de elegancia y gusto, que la elección no es ciertamente dudosa entre los restos de aquellos edificios, aun en su mismo actual estado de perdición y miseria, y estas casas nuevecitas y flamantes de hoy día en que todo es tabique y cascajo, escasez y ruindad, piedra artificial ó cartón-piedra.

Entre sus palacios fué famoso el del regidor Dueñas, que llegó hasta principios de este nuestro siglo. En él se hospedaron á veces los Reyes, y se sabe que fué de toda condición y regalo.

Era una mansión regia, frente á la iglesia de San Facundo. Su portal y ventanas platerescas ostentaban hermosa decoración de pilastras y de frontones triangulares; su patio aparecía circuído por doble galería de orden corintio con bustos y estatuas, y su escalera recordaba la belleza y magnificencia de la de los Expósitos de Toledo.

Fernando VII, al regresar de su cautiverio, hubo de alojarse en este palacio del regidor Dueñas, y el *Deseado* tuvo allí hospitalidad tan espléndida como mejor no pudo recibirla en parte alguna.

Para detalle demostrativo de la ostentación y regalo con que se le trató bastará decir que en las habitaciones del Rey las chimeneas se encendían con churlos de canela en lugar de astillas y con vales reales en vez de virutas.

¡Pero qué mucho! En plena decadencia estaba ya Medina en el siglo XVII y, sin embargo, el cambista Simón Ruiz, con prodigalidad de que hay raros ejemplos, levantó el magnífico hospital llamado de la Concepción, fábrica asombrosa de 300 pies de longitud en su fachada, con 72 arcos en las galerías alta y baja de su espacioso claustro, y con toda grandeza de salas, cuadras y departamentos, monu-

mental palacio alzado por la riqueza y la caridad á la dolencia y á la miseria.

También un día el Marqués de la Ensenada (cuando en su ruidoso derrumbe del poder hubo de retirarse proscripto á Medina para llorar tristezas é ingraticudes y recordar en sus soledades la justedad del célebre dístico del poeta latino), también intentó levantar la ciudad, como él caída, empleando en beneficio del lugar de su destierro las energías de su alma noble y los derroches de su actividad febril. En vano fué. Sus beneficios no pudieron dar vida á la ciudad muerta, y ahí quedan, en un rincón de ella, los despiezados restos de la vastísima fábrica, que no correspondió con sus éxitos á los grandes alientos y á las soñadoras esperanzas que la levantaron.

II

Por junto á Medina corre el Zapardiel, río que tampoco pudo librarse de una zarpada que al paso, y con su garra de águila, hubo de darle aquel mismo prelado Guevara que, por lo visto, le guardaba encono á la pobre Medina, demostrándolo cuantas veces tuvo ocasión para ello.

«Medina tiene un río, dice en una de sus gallardas epístolas, que se llama Zapardiel, el cual es tan hondo y peligroso, que los ánsares hacen pie en el verano; como es río estrecho y cenagoso, provéenos de muchas anguilas, y aun cúbrenos de muchas nieblas.»

Estrecho es, efectivamente, el río y paréceme menguado. Algo tiene en su apariencia de humilde y de modesto, deslizándose pausadamente, sin ruido, por entre campos de trigo; pero ahí están sus crónicas para decirnos que alguna vez hubo de ocurrírsele tener fieros y bravezas. En tiempo del Rey D. Juan II, precisamente cuando este monarca se disponía á ensancharlo, favoreciéndole con nuevos caudales, despertó un día el Zapardiel con tales iras, que hizo estragos en la ciudad y en el campo, viniendo á demostrar con su furiosa avenida que tan pequeño como

era y tan débil como aparecía, podía convertirse en azote de la villa, por lo cual desistió el monarca de su proyecto, mandando suspender las obras y la zanja que estaba ya abierta para enriquecerlo con más abundantes aguas.

Por lo demás, sucedióme á mí todo lo contrario que al ilustre Guevara.

Medina me fué agradable y simpática por su historia y por sus recuerdos, por sus grandezas y sus infortunios, y grato y atrayente me fué desde el primer momento su Zapardiel por el embeleso que me produjo aquel río vivo deslizándose melancólicamente junto á una ciudad muerta, como para llorar en silencio sus desdichas, y algo también, quizá mucho, ¿á qué ocultarlo? por la tradición que acerca de él me contaron.

Porque el Zapardiel tiene su leyenda.

Se dice que allá, en tiempos muy antiguos, en los tiempos de la leyenda, el Zapardiel pasaba muy lejos de la villa, á gran distancia. Medina vivía sin agua, sedienta y abrasada, en medio de aquellas vastas y soleadas llanuras de Castilla.

Por aquel tiempo un galán caballero obsequiaba á una dama principal que no correspondía á sus finezas, mostrándose indiferente y hasta desdeñosa á sus homenajes y rendimientos.

Porfiaba el galán, pero la dama dió en ser para él tanto más zahareña y dura cuanto él más enamorado y rendido, y ni se daba á partido ni siquiera por cortesía aceptaba sus presentes y regalos.

Todo cuanto él intentaba para complacerla se convertía en su propio daño. No lograba vencer su condición rebelde.

Tratar de impresionarla, de conmoverla, era como escribir en el agua.

Fatigada ya por fin la dama de tanto homenaje, aunque no de tanta porfía el galán, llamó un día á éste para desengañarle resueltamente, y buscando frases con que persuadirle de lo imposible que era alcanzar su propósito, acabó por decirle:

—Sólo seré vuestra el día que el Zapardiel pase por Medina.

Retiróse en silencio el maltrecho galán, corrido y atribulado; pero no bien se alejó de su dama, al verse abandonado en su soledad sin amores, que es la más tenebrosa de las soledades, hubo de comprender que era inútil su vida si de ésta se apartaba quien lo era de su alma. Concibió entonces la idea de realizar lo que su dama pretendía haciendo posible lo imposible, y ocurriósele que bastaba cambiar el cauce del río para que éste cruzara por Medina.

Titánica era en realidad la empresa; pero por aventurada que fuera, ¿cuándo dejó de arrostrarla un corazón enamorado?

Invirtió en ella muchos caudales, empleó tiempo y trabajo y, por fin, á fuerza de empobrecer su hacienda y fatigar la tierra, el bondadoso Zapardiel aceptó el nuevo camino que le abría aquel pobre loco de amores, y apareció de pronto bañando los muros de la casa solariega en que moraba la que, sin saberlo ni soñarlo, había obrado aquel milagro.

Al asomarse un día la dama al mirador de su galería vió saltar y precipitarse por un altozano una gran vena de agua que llegaba ruidosa, barullera, alocada, en desobstruente acometida, como si empujada viniera ó perseguida.

Era el Zapardiel, que venía á bañar los muros de Medina.

Aun cuando la tradición no lo dice, es de creer que el galán debió alcanzar el lucro de su empresa y el fruto de su empeño.

Pero hay en Medina otra leyenda más bella por lo original y más sentida por lo fantástica.

Se refiere á D. Alonso, caballero de Olmedo, de quien ha quedado grata memoria en fábulas y romances, y á quien el gran Lope de Vega escogió para héroe de una de sus obras dramáticas, la titulada *El caballero de Olmedo*.

De Olmedo era, en efecto, D. Alonso; allí gozaba de casa y hacienda, y allí, como en Medina, donde se le veía con frecuencia y á todas horas, era tenido por uno de los mejo-

res caballeros de Castilla, celebrado por sus prendas, aclamado por su bizarría, rico por su hacienda, pero más aún por su ingenio, y tan valeroso en justas y combates como galán y cortesano en fiestas y zambras.

Nadie le igualaba en lo ardidoso, que allá iban aparejados en él sus alientos de galanteador y sus arrestos de caudillo.

Alanceador intrépido, nadie osaba competir con él cuando aparecía en el coso, ni nadie le alcanzaba en quebrar rejonos y en humillar toros. No parecía sino que para él guardaban la fortuna sus favores, las damas sus cariños y el pueblo sus vítores.

Enamoraba y servía á una señora de Medina, á quien llamaban las gentes la *dama del alba*, porque al verla pensaban que amanecía; tan gentil era y tanta luz y esplendor despedían sus hechizos.

Si prendado de ella el galán, más aún de él la dama. Vivía ésta esclava de su amor. Las celosías de su mirador estaban que ardían de tanto abrir calle á sus quemantes ojos para ver al rondador galán, ojos que de éste eran ya, y no de ella, á fuerza de verse en él clavados. También las doncellas andaban ya fatigadas de tanto como tenían que tocarla y enrizarla para recibir á su amante, ante quien se presentaba siempre hermosa y galana como una maya.

En la miel estaban de sus amores, cuando llegó la Cruz de Mayo, y con ella el día de celebrarse gran fiesta de toros en Medina.

Acudió D. Alonso, el caballero de Olmedo, que gustaba de servir á su dama, y al aparecer en el coso ya sólo fueron para él las palmas y los lauros. Suya fué la jornada. Sus rivales quedaron humillados, engrandecida sobre todas su dama, que fué reina de la fiesta, y coronados galán y dama por los aplausos y entusiasmos del pueblo.

Al caer de la tarde, cuando ya la sombra negral comenzaba á invadirlo todo, despedido de su dama, que aquella tarde, herida por vagos presentimientos, no acertaba á separarse de sus brazos, salió de Medina el caballero de Olmedo caminando la vía de su casa, donde con impaciencia

le esperaban sus amantes padres, ansiosos de saber lo que en la fiesta de toros podía haberle ocurrido.

Solo iba el caballero, sin temores ni recelos, que no viven en buena sangre. Pensando iba en sus amores, no en los odios ni en las envidias y celos que su triunfo había despertado aquella tarde.

Solo iba, y acababa de abandonar las últimas casas del pueblo, cuando vió venir un caballero en todo á él tan parecido, que hubiera jurado ser él mismo: su mismo caballo, su mismo traje, su presencia misma y su mismo rostro. Era él quien á él venía.

Atónito el caballero y turbado, dirigióse al forastero que pausado y silencioso se acercaba, y preguntóle:

—¿Quién sois vos?

Y entonces su otro él, su misma sombra, apretando el corcel, que salió disparado, le dijo con voz oscura:

—Soy un muerto que fué en vida D. Alonso, el caballero de Olmedo.

Confuso D. Alonso, y sin acertar á comprender lo que le pasaba, revolvió el caballo y comenzó á dar voces al otro D. Alonso, que partió á todo escape acuchillando los vientos y desapareciendo como un rayo.

No volvía D. Alonso de su espanto cuando, para que fuera mayor todavía, oyó una voz que parecía salir de detrás de un vecino grupo de mirables, y así cantaba:

De noche le mataron
al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.

Acercóse en seguida al sitio de donde partiera la voz, pero ni volvió á oírla ni vió á nadie. La voz se había dejado oír como se había dejado ver el caballero: solo un momento, para desaparecer en el acto.

Permaneció unos instantes dudoso, pareciéndole que bien pudiera ser aquel cantar un aviso y aquel aparecido una advertencia, y hubo de vacilar entre volverse á Medina, en donde tan afligida quedó su amada, ó seguir á Olmedo,

en donde ansiosos por su suerte le esperaban sus ancianos padres.

Decidióse por fin á seguir adelante, sosegado el ánimo, que no bastaban á vencer presentimientos, aparecidos ni sombras, y siendo negra noche ya, cada vez más oscura, emprendió al trote su camino para Olmedo. Así llegó á una cuesta muy agria, á entrambos lados de la cual se extendía un abundoso pinar en negra selva, sombrío, silencioso, infinito.

Peretió en la selva el caballero dispuesto á cruzarla, pero ya no salió de ella el triste.

Al amanecer le encontraron unos pastores al pie de un grupo de pindonceles exangüe y moribundo.

Sólo tuvo alientos para contar lo que le había ocurrido, y cómo había topado con unos caballeros que le esperaban al paso, ocultos en el bosque, para asesinarle.

Dícese que antes de morir nombró á sus asesinos, que eran gente principal, y se cuenta que el monarca D. Juan II, á la sazón reinante, mandó después ajusticiar á dos de ellos en la misma plaza de Medina, allí donde estaba el coso en que triunfó el caballero de Olmedo y en el que sus rivales desairados se concertaron la tarde de la fiesta y juraron su muerte.

La cuesta entre Olmedo y Medina donde ocurrió tan lastimosa tragedia lleva todavía el nombre de *la cuesta del caballero*.

III

Interesantes y bellas son estas tradiciones, como bellas son también, y más por lo gloriosas, las gestas de los héroes y ciudadanos de Medina.

Ellos fueron, ciudadanos y mercaderes, los que alcanzaron de Alfonso *el Sabio* que completara su primitivo fuero con importantes decretos sobre el nombramiento y número de alcaldes, sesiones del concejo y enjuiciamiento y penas contra riñas y homicidios; ellos los que en virtud de antiguos fueros y preeminencias tenían facultad de nombrar directamente tanto los cargos del orden civil cuanto los del

eclesiástico, sin que, por consiguiente, tuvieran participación ninguna ni el Rey ni el Papa, lo cual justifica el lema de su escudo en la forma anteriormente expresada; ellos los que se apresuraron á reconocer y proclamar á Isabel y á Fernando apenas coronados en Segovia, poniendo en sus manos, con los tesoros y alhajas de sus templos y sus casas, la población más opulenta de Castilla y la más importante entonces para las necesidades de la guerra que comenzaba; ellos los que hicieron de la villa un centro de contratación y mercado como mejor no existía, punto de reunión y cita de los comerciantes más acaudalados de España, Portugal, Francia y países más lejanos todavía, y extendieron por el mundo la fama de sus resonantes ferias, en que se cambiaban y circulaban millones de maravedises, ferias que asombraron al mismo Obispo Guevara, quien, no obstante su malevolencia por Medina, dice de ellas que «vió tantas cosas ricas y apacibles, que en mirarias tomaba gozo y de no poderlas comprar tomaba pena»; ellos, finalmente, los que cada vez que Medina era víctima de un incendio ó de un estrago, lo cual por mala ventura acaeció con frecuencia, se apresuraban á remediar el daño, restaurando y reedificando con más suntuosidad lo perdido, á fuerza de caudales.

Ellos fueron, héroes y soldados, los que facilitaron huestes á los Reyes para sus guerras con moros y con portugueses; ellos los que llevaron su pendón á los campos de Granada, conquistando en el asalto de Ronda y en el combate de La Higuera aquellas aldabas y cadenas que cuelgan todavía en su iglesia principal y los trece roeles plateados en campo azul que blasonan su escudo; ellos los que en la guerra de las Comunidades se apresuraron á levantar el estandarte comunero y con heroísmo clásicamente numantino fueron muro infrangible para el caudillo realista Antonio de Fonseca, que venía en demanda de la artillería custodiada en La Mota y hubo de retirarse vencido, no sin antes entregar la villa al robo, al saqueo y al fuego, con lo cual sucedió que aquel hidalgo pueblo de héroes, en los días de sangre y exterminio que duró el incendio, permaneció recogido en su castro, rodeado de un mar de llamas, sin

abandonar un punto la artillería ni distraerse de su custodia para acudir al remedio de su daño, viendo impasible y sereno cómo ardían sus moradas y con ellas sus mercancías y tesoros, sin ceder, sin claudicar un solo instante, más atentos á la salud de su honra por esforzados que á la salvación de su hacienda por codiciosos, y satisfechos con sólo que permaneciera entero al menos el honor y victorioso y vivo, flotando sobre los escombros de Medina, el pendón morado de las Comunidades castellanas.

Y ella fué, Medina, como si la Providencia la hubiese destinado á ser escudo de Reyes y amparo de Reinas, la que ayudó á D.^a María de Molina en su campaña contra Portugal hasta conseguir el triunfo; la que amparó en sus cuitas y en sus derechos á D.^a Blanca de Borbón contra las iras de su esposo, ciertamente más cruel que justiciero; la que dió hospitalidad, en sus tristezas de viuda, á D.^a Leonor Urraca, la *rica hembra* de Castilla, que fué Reina de Aragón y madre de dos Reyes y dos Reinas; la que atendió y acudió en sus descónsuelos y congojas á la infeliz D.^a Juana, á quien pudiera llamarse *la Triste* mejor que *la Loca*, con lo cual se enmendarían injurias á la verdad y errores de la historia; la que fué siempre fiel y constante en su amor á Isabel de Castilla, la madre de D.^a Juana, dándole auxilio en sus comienzos, aliento en sus jornadas, apoyo en sus contrariedades; la que le vió otorgar su testamento, la que recogió su último suspiro y, por consiguiente, la que bien puede decirse que fué cuna y tumba de aquella mujer extraordinaria, llamada por excelsitud *la Católica*, digna de eterna loa para España, inmortal para sus empresas, regeneradora por sus actos, superior por sus cualidades, santa por sus virtudes y mártir por las infortunios de sus últimos días, como si fuese ley que los grandes bienes hubiesen de ir siempre aparejados á grandes males.

Ésta fué, dicha en breve razonamiento, ésta fué Medina y éstos sus caballeros y ciudadanos, sus mercaderes y sus héroes.

VÍCTOR BALAGUER.

(Concluirá.)



ARTE Y AMOR

La contempló un instante con hondo anhelo...
Jamás pincel humano copiar podría
de sus ojos azules el claro cielo,
de su rubia cabeza la poesía.

Semejaba, pisando la linfa pura
del arroyo que libre surcaba un prado,
el blanco geniecillo de la ternura,
á conmover un alma quizás bajado.

Copiar quiso el artista forma tan bella,
mas apenas trazada con maestría,
cuando el pintor, confuso, soñaba en ella
con la mujer hermosa que presentía.

Y á la niña apartando con frío acento,
al sentir que en sí el hombre se revelaba,
exclama: Es la materia de todo aliento,
la humanidad por siempre será su esclava.

De la plástica forma la idea parte
que inspira del artista las creaciones,

y en tu cuerpo de niña no encuentra el arte
la curva engendradora de las pasiones.

Vuelve á mí ya formada: tu boca breve,
las caderas redondas y el torso erguido,
cuando en tus senos blancos como la nieve
del corazón ansioso tiemble el latido.

¡Ah! yo sé que más tarde, cuando los años,
que cual los días tienen sombra y destellos,
dejaron al artista los desengaños
plancas hebras ocultas en los cabellos,

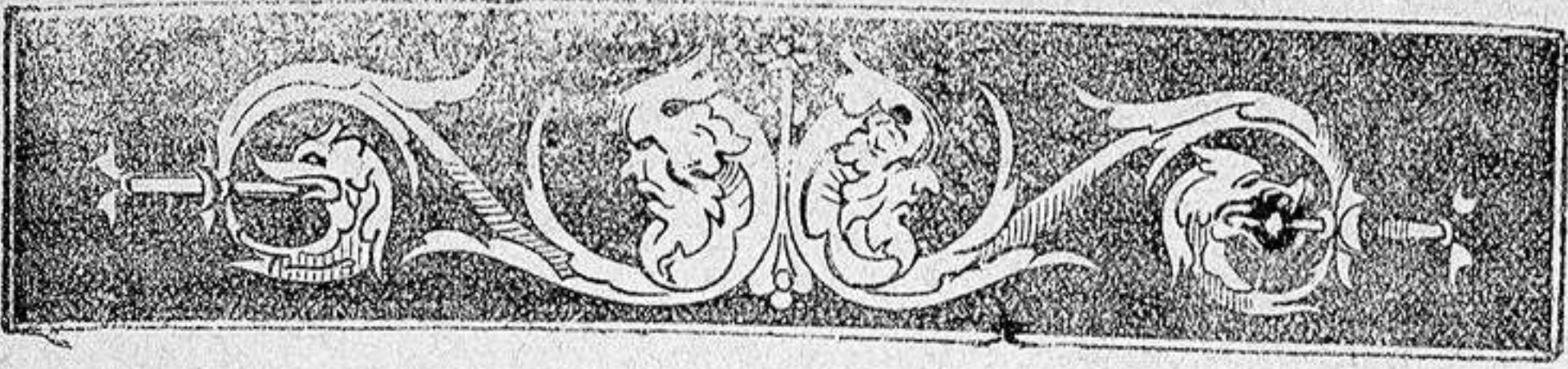
Contempló indiferente la imagen bella
de una mujer que amante le sonreía...
Faltaba ya á sus ojos la luz de estrella
y á su cabeza rubia la poesía.

Parecía, sentada con abandono
y el cuerpo mal velado por los crespones,
la rendida bacante junto á su trono,
la encarnación de todas las tentaciones.

Él la dijo:—Aunque hermoso tu cuerpo veo,
aléjate, mis fiebres tú ya no calmas;
la fe en los ideales mata el deseo,
el arte quiere formas, el amor ¡almas!

SOFÍA CASANOVA.





DISCURSO ACADÉMICO (1)

Entre el Mediterráneo, la cadena del Tauro, el Tigris y los mares que bañan la península de la Arabia está situada la cuna de una familia de lenguas notables por el señalado carácter de homogeneidad y por el importantísimo papel que han desempeñado en la historia. Los antiguos (2), que descubrieron ya su unidad, las llamaron *lenguas orientales*, denominación excesivamente general desde que los pueblos del Asia han sido objeto de exploraciones más exactas: los modernos que siguieron á Eichhorn, convinieron en darles el nombre de *semíticas*, clasificación también defectuosa, si atendemos á muchos pueblos extraños, los fenicios por ejemplo, y no pocas tribus árabes descendientes de Cam, según el capítulo X del Génesis; aparte de que pueblos señalados por Moisés como hijos de Sem, los elamitas (3), v. gr., no hablaban lenguas semíticas. Si se diera á los grupos lingüísticos nombres fundados en sus límites geográficos, como se hace con el grupo indo-europeo, las lenguas de que tratamos

(1) Véase la pág. 27 de este tomo.

(2) El español San Isidoro de Sevilla y otros muchos sabios.

(3) Los elamitas formaban un antiguo pueblo del Asia. La Elimaida, habitada por este pueblo, estaba situada entre la Susiana al S., la Siria al N., la Media al E. y la Mesopotamia al O. Ocupan parte de aquel territorio las provincias modernas de Khoussistan é Irak-Adjemi.

se llamarían *siro-árabes*; mas no ofrece dificultad el denominarlas semíticas, sabiendo que es una clasificación puramente convencional.

De todas las familias etnográficas, según parecer de Balbi, ninguna goza de tantos derechos para llamar la atención de los sabios como la semítica. Ella abraza las lenguas de muchos pueblos cuya historia se pierde en la noche de los tiempos y entre los que debe colocarse hoy la cuna de las artes y de la civilización. De ellos forma parte la raza judía, sabia y grande, impía y cobarde, respetada y saturada de oprobios, según que la mano del Dios omnipotente se extiende sobre ella para protegerla, ó la amenaza con el peso de su justicia; esa raza que, tanto por su miseria como por su grandeza, legó al mundo entero admirables ejemplos del poder, de la protección y de las venganzas del cielo; que en la Edad Media y en la moderna ha ejercido una influencia extraordinaria sobre todas las naciones de Europa. En el suelo semítico se levantó el primer reino de que nos habla la historia: el fundado por el severo Nembrod. Allí resplandeció el imperio babilónico, que amenazó avasallar la tierra cuando Semíramis y Nabucodonosor subieron las gradas del trono. En la familia semítica encontramos el *pehlvi*, hablado en otros tiempos en la corte de Ciro, que levantó el poder de los persas sobre las ruinas de la monarquía babilónica: en ella vemos también la lengua *fenicia*, órgano de un pueblo cuyas glorias en la navegación y el comercio serán siempre el asombro de los siglos; de aquel pueblo á quien se debe el perfeccionamiento y la transmisión del arte maravilloso de fijar y perpetuar *la palabra veloz que antes huía*. Semitas eran los abisinios, quienes, después de reinar por muchos siglos en la alta región del Nilo, pasearon también sus armas hasta el corazón de la Arabia y vencieron los esfuerzos de la media luna y de las hordas inhospitalarias del África, cediendo por fin á los repetidos ataques de los gallas, desmembradores de su imperio y dueños y señores de las más hermosas provincias de los vencidos. Hijos son, finalmente, de esta familia los *árabes* vagabundos que, reunidos á la potente voz de Mahoma, invadieron con la rapidez del rayo innumera-

bles comarcas del Asia, África y Europa, ofreciendo en todos sus dominios las extravagancias de su religión ó los horrores de la muerte.

Y para concluir, señores: en lenguas semíticas se dieron á conocer las tres religiones más esparcidas por la tierra: el judaísmo, el cristianismo y el mahometismo. En lugares habitados por la raza semítica se verificaron los acontecimientos más augustos de nuestra redención. Allí vino al mundo el Redentor de los hombres para enseñarles una religión que sabe transformar en intrépidos héroes á los tímidos esclavos, en mártires gloriosos á los débiles y oprimidos; de allí procedieron esas divinas enseñanzas que aniquilaron la idolatría romana y de otras naciones, enseñanzas que son hoy el orgullo más legítimo de los corazones nobles.

Gloria es de un pueblo semítico el haber conservado intacta la verdadera noción de la divinidad que todos los demás debían adoptar á ejemplo suyo. Las aberraciones del politeísmo no han penetrado jamás en esta familia lingüística, enemiga siempre de la pluralidad, la variedad y el sexo en *Eloh*, *Adon*, *Schaddai*, *Jehovah*, *Allah*, nombres augustos que, si revisten la forma del plural, implican la idea de supremo é incomunicable poder, de la más perfecta unidad de Dios. «¿Quién se atreverá á negar—escribe, aunque con alguna inexactitud, el mismo Renan (1)—que la raza semítica, al revelar la unidad divina y al suprimir las religiones locales, ha puesto la piedra fundamental de la unidad y del progreso humanos?»

Dispensad, señores, esta pesada digresión histórica: si bien es cierto que no armoniza con el asunto de que estoy tratando, también es verdad que puede servir de poderoso estímulo al estudio de estas lenguas, haciéndonos ver en ellas el órgano de tantos cambios sociales y de tantas glorias que ha de seguir celebrando la humanidad entera.

Admira la sagacidad de los filólogos que han escudriñado la historia y las vicisitudes de las lenguas semíticas, imprimiendo la huella del genio en sus profundos estudios, que

(1) *Histoire des langues sémitiques*, lib. I, chap. 1.^{er}

constituyen una prueba incontestable de los bríos de la inteligencia humana. Ciertamente que las lenguas semíticas no gozan aún del inapreciable tesoro de una gramática comparada, como las indoeuropeas; pero los últimos descubrimientos realizados en esta materia han conquistado las alturas que era preciso dominar para distinguir de una sola mirada el mágico panorama que ya vislumbraron Gesenius, Ewald, Benfey, Federico Müller y otros cultivadores de la ciencia del lenguaje.

Se ha dicho con verdad que los dialectos semíticos no presentan las diferencias características de las lenguas indoeuropeas, por ejemplo, resultando de aquí graves dificultades para su clasificación, bien determinada ya por hábiles filólogos (1). Las lenguas semíticas, si exceptuamos las comprendidas en las ramas médica y abisinia, son quizás las que proceden con mayor regularidad en la formación de las palabras, pues no recurren á cambios de desinencias y á la composición variada, como las otras lenguas. El árabe ofrece el más perfecto modelo de este sistema: todas sus raíces están ordinariamente compuestas de tres letras escritas, y por medio de otras, llamadas *serviles*, á causa de su papel secundario en el discurso, ó ya por la duplicación de las radicales, ó bien por el cambio de las letras no escritas, se obtienen todas las combinaciones imaginables, dando á la frase el sentido y forma que el autor quiera imprimirle.

Una misma raíz puede expresar los verbos, sustantivos, adjetivos, adverbios, etc., sufriendo los primeros en la forma activa trece modificaciones principales, y otras tantas próximamente en la forma pasiva, de donde nacen trece sonidos diferentes. La conjugación es muy pobre en apariencia; mas, gracias á las partículas ó al cambio de los puntos vocales, se determinan con gran precisión el presente, el futuro, el optativo, el subjuntivo, el condicional, etc.

El hebreo, el siriaco y el caldeo se regulan ordinariamen-

(1) Algunos autores reducen sólo á dos grupos las lenguas semíticas: el *septentrional*, que comprende el *asirio*, *caldeo*, *siriaco*, *hebreo* y *fenicio*, y el *meridional*, que abraza el *árabe* propiamente dicho y sus variedades.—V. *La Linguistique*, por Abel Hovelacque. París, 1881.

te por el mismo sistema, pero de un modo menos perfecto y completo. Estas lenguas tienen tres números para los nombres (y el árabe otros tantos para los verbos) que en todas ellas pasan de la forma activa á la pasiva y *viceversa* por el cambio de una sola vocal. La declinación es muy análoga á la de las lenguas derivadas del latín, con la diferencia de que en caldeo y siriaco el artículo está pospuesto al nombre, mientras que en árabe y en hebreo le precede. Todos los idiomas de esta familia se distinguen por muchos sonidos sibilantes y no pocos guturales, más fuertes que los propios de los indoeuropeos. Considerando todas las lenguas semíticas desde un punto de vista general, podemos atribuirles la grandísima ventaja, desconocida en muchos idiomas europeos, de leerse y pronunciarse según la ortografía peculiar de cada una.

V

Los innumerables pueblos comprendidos en la vasta familia *malaya* presentan un fenómeno único en la historia del hombre.

Dispersados por casi dos tercios de la circunferencia del globo y separados por la inmensa extensión de los mares y el continente austral, tienen un poderoso lazo de unión que abarca esas inconmensurables distancias, juntándolos á todos en fraternal consorcio, á pesar de los rasgos de civilización ó barbarie, de dulzura ó ferocidad que ennoblecen ó degradan á la raza malaya; este lazo de unión está en las lenguas, que son evidentemente hermanas, no obstante los distintos alfabetos, cuyos caracteres difieren tanto unos de otros, como difieren las letras griegas de las sanscritas y coreanas.

Usos y costumbres comunes á un gran número de tribus que nunca se han conocido; prácticas muy singulares propias de sólo algunos pueblos; las supersticiones más absurdas y repugnantes, acompañadas de crueles mutilaciones y de sacrificios humanos; costumbres dulces y encantadoras for-

mando singular contraste con el infanticidio y la antropofagia; rasgos sublimes de heroísmo, desgraciadamente escoltados por lamentables é inauditos excesos de venganza... hé aquí los poemas y los crímenes cantados por las lenguas malayas.

Prescindiendo de algunos detalles y matices que no pertenecen á la esencia de estas lenguas, podemos sentar, como doctrina cierta, que todas ellas ostentan el carácter de homogeneidad en su genio, en sus formas y en sus raíces (1). Veintidós consonantes y seis vocales expresan, salvo algunas excepciones, las más notables variedades eufónicas de todos estos idiomas, entre los que se distinguen algunos con dos diptongos, teniendo también los menos cultos otras vocales que reemplazan los sonidos ordinarios de lenguas más perfeccionadas, del mismo modo que dialectos alemanes, franceses, italianos, etc., tienen sonidos extraños á las lenguas de que proceden.

La misma construcción acompaña invariablemente á todos los idiomas del mundo marítimo, sin que haya uno sólo de formas complejas, como el sanscrito, por ejemplo, el griego, el latín y el árabe. La relación de los nombres se expresa con auxilio de preposiciones, la de los tiempos por adverbios; la forma pasiva por prefijos, y la transitiva por afijos. Aparentando una riqueza extraordinaria, capaz de alucinar á los poco versados en estos estudios, los idiomas malayos

(1) «Mil ochocientas leguas hay—escribe César Cantú—desde las islas de Sandwich á la Nueva Zelanda, y los idiomas son parecidos; casi otro tanto media desde Madagascar á las Filipinas, y también hay fraternidad en el lenguaje; entre Java y las islas Marquesas se interpone una tercera parte de la circunferencia del globo, y, sin embargo, las palabras de su idioma tienen las mismas raíces.»

Casi al mismo tiempo que Hervás y Panduro escribía en Italin *El catálogo de las lenguas*, en el que demuestra también la afinidad de las habladas en las islas de Pascuas, Marquesas, Taiti, Amigos, Amsterdam, Nueva Zelanda, Marianas, Palaos, Capul, Filipinas, Java, Príncipe, Savu, Madagascar y Sumatra, imprimió en Manila su *Historia de las islas Filipinas* el sabio agustino P. Joaquín Martínez de Zúñiga.

Según observaciones y estudios hechos por el mismo, «las lenguas que se hablan—dice en su *Historia*—no sólo desde Madagascar hasta Filipinas, sino también en la Nueva Guinea y en toda la tierra austral, en las Marianas, en las de San Duisk, en las de Otayti y en casi todas las islas del mar del Sur, son diversos dialectos de un mismo idioma».

saben ocultar la pobreza, patrimonio de todos ellos, pues son *verbosos* más bien que *ricos*, y aunque tienen gran abundancia de voces para indicar matices sin importancia, relativos á los objetos familiares ó físicos, carecen de palabras adecuadas que puedan expresar las ideas abstractas (1).

Considerando las lenguas del mundo marítimo con relación á los diferentes elementos que entran á componerlas, podemos dividir las en dos clases: las comprendidas en el Archipiélago Índico, y las diseminadas por las demás naciones malayas de la Oceanía.

Las primeras, las únicas que tienen la ventaja de poseer alfabetos, parece que están compuestas de palabras tomadas del lenguaje hablado por la tribu primitiva, y que pueden considerarse como la parte radical de cada uno; de voces propias de la tribu ó tribus que habitaban ó habitan en las inmediaciones; de frases pertenecientes al sanscrito y

(1) El javanés, según Crawful, tiene veinte expresiones para indicar otras tantas maneras de sentarse, y más de cincuenta y cuatro nombres diferentes que señalan las variedades del *kris* (machete ó cuchillo), expresando veintiuno que la hoja es derecha, y treinta y uno que es curva. El mismo idioma, dice el autor citado, tiene á veces diez sinónimos para distinguir matices insignificantes de un objeto material ó físico. El armonioso idioma de Taiti, cuya pretendida riqueza y perfección merecieron tantos elogios de Cook, posee más de veinte términos para designar la piña en sus diferentes estados, con tantos para la raíz del *taro* y diez para la nuez de coco. Esto mismo puede extenderse á todos los idiomas de Sandwich, de Tonga y otras islas limítrofes si se hace referencia á ideas generales y á todo lo concerniente á las operaciones del alma.

Ninguna de las lenguas conocidas del Archipiélago Índico pueden distinguir por voces indígenas el *aire en reposo* ó el *aire en movimiento*.

Asegura el mismo Crawful que el javanés, el más rico y perfeccionado de los idiomas de esta familia, registra en su Diccionario dos nombres distintos para cada uno de los metales, pero ni uno sólo para expresar esta clase de cuerpos, ó el nombre *genérico* de metal ó mineral; y mientras se encuentran cinco que significan el *perro*, seis el *cerdo* y el *elefante* y siete el *caballo*, no tiene ninguno que corresponda al de *animal*, ni á los de *bestia*, *pájaro*, *insecto* ó *reptil*. Las lenguas principales del Archipiélago Índico usan metafóricamente de la palabra *espíritu* por *corazón*. Recurren al árabe ó al sanscrito para expresar *entendimiento*; por memoria usan el verbo *acordarse*, tomándole sustantivamente, y de la palabra *vergüenza* por *modestia*.

Para no ser tan pesado aduciendo ejemplos, fáciles de multiplicar, baste decir que en más de quince idiomas malayos la palabra *sol* se expresa por otra compuesta que significa *ojo del día*; que en la lengua de Taiti, la voz *aou* (humo), por medio de cambios imperceptibles á los oídos europeos, recibe la significación de *bilis* ú *odio*, *uno*, *corriente*, *nación*, *pájaro*, *árbol*, *aguja* y *coser*.—V. *Dictionnaire de linguistique*, antes citado.

al árabe, con algunas del talinga, persa y chino, holandés, portugués é inglés, encontrándose también en el grupo de las Islas Filipinas no pocas voces de nuestra lengua castellana.

El análisis de todos los idiomas comprendidos en la segunda división que hemos hecho autoriza sin duda alguna al etnógrafo á considerarlos compuestos de los tres elementos primarios que entran en la formación de las lenguas del Archipiélago Índico, incluyendo además algunas palabras españolas é inglesas, debidas á la comunicación de estas naciones con los carolinos y chamorres por parte de España, y con los naturales de Sandwich, Taiti y Nueva Zelanda por parte de la Gran Bretaña. Todos los idiomas de este grupo se distinguen de los del primero por la ausencia total de palabras sanscritas y árabes, y los de la Polinesia oriental por la importancia que en ellos tiene el artículo y por el uso frecuente de vocablos formados por la repetición del mismo sonido, como, *tea-tea*, muy blanco; *mala-mala*, muy amargo, etc. Para concluir: puede decirse, hablando de un modo general, que en la mayor parte de los idiomas de los dos grupos entran muchas palabras que, mediante pequeños cambios en la pronunciación y en la entonación, expresan hasta diez cosas enteramente distintas.

VI

La perseverancia en las luchas científicas, el trabajo asiduo de los grandes hombres que no han omitido sacrificio alguno conducente á la realización de sus planes, han llegado en todos los siglos á esclarecer muchas verdades útiles á la humanidad; y aunque no siempre consiguieron el fin que perseguían, tomando por verdades incontrovertibles las fantasías de su imaginación, no puede dudarse que esas aberraciones han servido de lección provechosa á cuantos vinieron más tarde á disipar dudas y á destruir errores.

Muchos lingüistas, sirviéndose de procedimientos excesivamente ingeniosos, han creído demostrar la procedencia

PERTENECE AL FONDO I 37 BIBLIOTECA DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

de todas las lenguas, sirviéndose de algunas reglas generales; pero la ciencia positiva desprecia esos juegos de palabras, y únicamente sigue su rumbo á través de las edades, apoyada en la base de la verdad demostrada por la razón y la historia.

Dado el íntimo parentesco y las sorprendentes analogías que reinan en todas las lenguas comprendidas en los tres grandes grupos que dejamos apuntados, ocurre preguntar, dando un paso más en la lingüística: ¿existe algún lazo de unión entre esos mismos grupos?

Es doctrina admitida por los grandes filólogos que todos los idiomas conocidos tienen algún parecido en sus raíces, aunque difieren todos en la inversión y composición de las palabras. Para comprobar un hecho tan importante y de tan útiles consecuencias para la etnografía y otros ramos de la ciencia, basta formar columnas paralelas con raíces de todas las lenguas, y las variaciones propias de cada una de ellas, y así llegaremos al conocimiento de una verdad que ya se vislumbró antiguamente, y que, después de reiterados esfuerzos, saludaron con entusiasmo los genios de épocas posteriores, despreciando la confusa gritería de no pocos alucinados por una vanidad pueril, y que se creían hábiles maestros cuando eran arrastrados por los principios estériles de la impiedad sectaria.

Largo, pero sin graves dificultades, sería el trabajo de las tablas comparativas. En ellas se vería que las raíces han obedecido siempre á reglas bien conocidas hoy, determinadas por la ciencia etimológica, sin que puedan mantener oculto el elemento primordial, á pesar de los disfraces que desfiguran su fisonomía. El sabio versado en estos estudios reconocería también, guiado por la luz de las tablas comparativas, que es muy posible reanudar la cadena de tradiciones comunes á las lenguas, cuya desemejanza parece destruir á primera vista toda unión y parentesco; que es muy posible eslabonarlas, hasta el punto de que ninguna permanezca aislada en medio del armonioso conjunto que forman todas.

La historia comparada de las lenguas enseña que todo

idioma secundario es el resultado de un primer paso, dado á derecha ó izquierda, fuera de la lengua primitiva; es decir, que toda lengua secundaria se reduce á la combinación, sea directa ó indirecta, de los mismos elementos.

Las lenguas, tanto en sus progresos como en sus cambios y alteraciones, han recorrido una serie de consecuencias necesarias, exigidas por la fuerza de la razón y la lógica; y toda lengua secundaria, terciaria, mixta, sea cual fuere el grado de derivación, forma un sistema especial y distinto con sus leyes, reglas, construcciones é idiotismos propios, con su fisonomía particular, que no oculta jamás la línea de origen.

Tan pronto como las lenguas penetran en el camino de la historia, modifican su sistema fonético y alteran sus formas, adquiriendo las consonantes sonidos más fuertes ó más débiles; transformándose las vocales en otras más agudas ó más oscuras, y ejerciendo todas una influencia recíproca: las diversas ramas de la misma familia, acompañadas siempre de sus principios de modificación, concluyen por alejarse diariamente unas de otras, al través de las edades, pero sin borrar jamás el sello de procedencia y el distintivo de familia.

Si á un filósofo, amigo de profundizar las cuestiones sometidas á su análisis y conocedor de todos los trabajos hechos en la ciencia de las lenguas, se le entregaran cuadros sinópticos con las raíces, terminaciones, composición de palabras, inversiones, idiotismos, singularidades de pronunciación, etc., de todas las lenguas, indicaría con precisión su parecido y sus contrastes; fijaría lo perteneciente á una más bien que á otra; determinaría lo que se deben mutuamente; señalaría, en fin, con la exactitud de que es susceptible la ciencia, los rasgos de su carácter y las huellas de sus procedencias.

Así como el hábil naturalista, por medio del examen, conoce la familia de plantas á que pertenece una flor, una hoja, una raíz, del mismo modo el adiestrado filólogo, á la vista de un idiotismo, de un auxiliar, de una simple terminación, haciendo caso omiso del material de la palabra, y ateniéndose únicamente al procedimiento lógico ó gramatical,

determina el sistema de lenguaje á que pertenece la muestra sometida á su análisis infalible.

Sea cual fuere el origen de las lenguas, se admite generalmente hoy que el mecanismo de todas ellas descansa en los mismos principios fundamentales; porque, según observa Alfredo Maury, ese mecanismo está en perfecta armonía con la naturaleza de nuestro espíritu, y, siendo esa naturaleza la misma en todos y cada uno de los hombres, síguese que uno debe ser el tipo de que nacen todas, como uno es el espíritu humano, como una es la naturaleza humana.

«Recorriendo la cadena entera de las lenguas—dice M. Jahan—y lanzando una mirada sobre ese cuadro móvil, sometido á una rotación continua, en que la palabra humana se refleja bajo mil formas diversas, contemplamos la variedad y la unidad de la naturaleza: unidad en la esencia misma del lenguaje, en la expresión concisa de las ideas simples, en la escala de los sonidos fundamentales; variedad en sus combinaciones infinitas, en la abstracción y asimilación de las ideas mixtas, en las formas de cada idioma especial que caracterizan los progresos de cada pueblo» (1).

Citemos, para concluir, algunos testimonios de profundos filólogos que, remontándose en alas del genio por los vastísimos horizontes de la lingüística, descubrieron el misterioso lazo que une maravillosamente la tosca expresión del ignorante y del salvaje con la pulida, fina y elegante de los pueblos cultos.

«Por más aislados que puedan parecer á primera vista ciertos idiomas—dice Alejandro de Humboldt,—por singulares y caprichosos que sean, todos tienen analogías entre sí, y sus muchas relaciones se descubrirán más fácilmente á medida que la historia filosófica de las naciones y el estudio de las lenguas se acerquen á la perfección.»

En las memorias de la Academia de San Petersburgo se han estampado conclusiones terminantes, aprobando la misma doctrina. El Conde de Goulianoff, entusiasta defensor de la unidad del lenguaje, se expresa en estos términos en su

(1) Citado por Abel Hovelacque en su obra *La linguistique*.

Discurso sobre el estudio fundamental de las lenguas: «Borrándose con los siglos la sucesión de los hechos anteriores á la historia, parece que se perjudica á la evidencia del hecho esencial, á saber: el de la fraternidad de los pueblos. Pero este hecho, el más interesante para el hombre pensador, se probaría implícitamente con el cotejo de las lenguas antiguas y modernas, consideradas bajo su aspecto originario; y si alguna vez viniese algún pensamiento filosófico á multiplicar más las cunas del género humano, la identidad de las lenguas estaría siempre allí para destruir el prestigio, y esta autoridad reduciría, á lo que juzgo, al ánimo más preocupado».

El sapientísimo Merian abrazó la misma doctrina, si bien no la sentó con evidencia en su *Tripartitum*, obra riquísima en tablas comparativas, principalmente de palabras rusas y alemanas, y en preciosos materiales tomados de todas las lenguas. Ya en el segundo volumen declara explícitamente en parecer al escribir: «Los que duden de la unidad del lenguaje, después de haber recurrido al *Etymologicum universale* de Whiter, pueden consultar á Goulianoff».

Si bien Julio Klaproth no cree en la confusión de Babel, tal como la cuenta el historiador hebreo, en todas sus obras defiende con entusiasmo y calor la «afinidad universal de las lenguas, afinidad que todo hombre instruído debe admitir como demostrada hasta la evidencia», fenómeno imposible de explicar «si no se admiten fragmentos de una lengua primitiva, existentes aún en todas las lenguas del antiguo y del nuevo mundo» (1).

Estas mismas deducciones fueron apoyadas por el profundo analizador de la palabra humana, Federico Schlegel, después de escudriñar minuciosamente la filosofía del lenguaje y los estudios filológicos de sus predecesores.

Creo haber cumplido, jóvenes estudiosos, la palabra que os di al principio de mi desaliñado discurso. No era mi propósito, como allí os indiqué, dilucidar ninguno de los puntos filológicos que han suscitado ruidosas contiendas entre los

(1) *Asia polyglotta*.

sabios más conocidos de los tiempos pasados y modernos; únicamente he pretendido daros una idea ligerísima de los progresos y el estado actual de la ciencia del lenguaje.

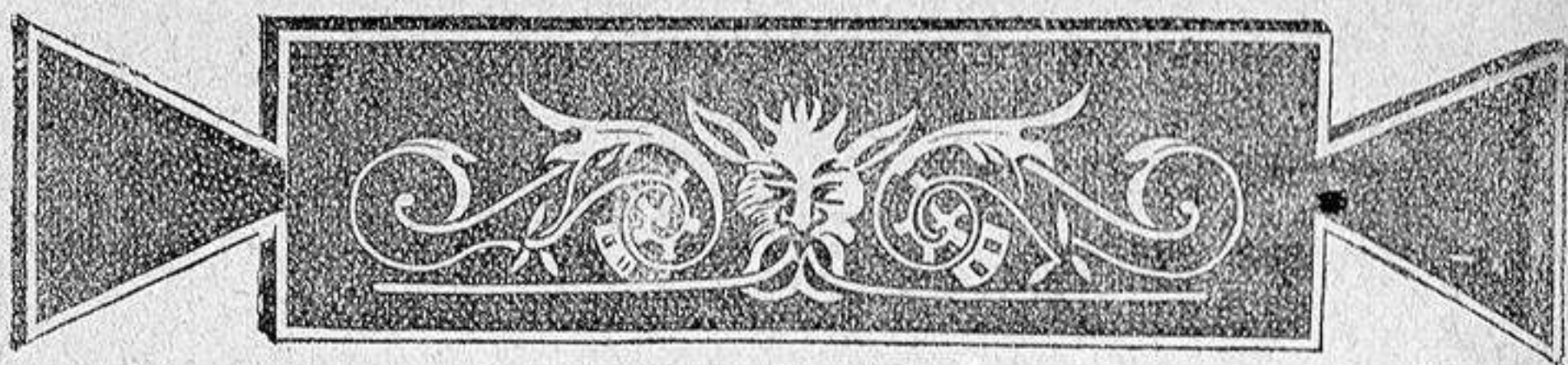
Hoy, que la civilización y el progreso han hecho desaparecer los límites de las naciones; que los hombres, con la velocidad del rayo, se ponen en comunicación de polo á polo, despreciando las distancias; que ni las islas todas ni los continentes todos pueden encerrar la prodigiosa actividad de las sociedades; hoy, que el mundo resulta pequeño para saciar las grandes aspiraciones de la humanidad, llevada por las luces de la ciencia á la conquista de nuevas verdades que puedan calmar sus deseos; hoy, jóvenes alumnos, es necesario conocer el mecanismo de ese resorte maravilloso que funde los pueblos en uno solo; es necesario el conocimiento de las leguas, sin las que se vive aislado en medio de las muchedumbres; sin las que se cruza por el mundo como pasa el ciego por entre raudales de luz brillante, ajeno á las dulces emociones que producen en el alma las sorprendentes riquezas depositadas por Dios en el mundo para goce y solaz de los mortales.

Si queréis hacer vuestros los tesoros científicos y literarios con que se honra la historia de las naciones extranjeras; si deseáis engolfaros en la contemplación de las bellezas naturales y conocer la marcha de los pueblos extraños; si vuestros propios intereses os obligan á salir del hogar en que nacisteis... estudiad principalmente las lenguas vivas, y con ese estudio desaparecerán las fronteras, se ensancharán los horizontes todos y el mundo entero será vuestra misma patria.

He dicho.

A. M. D. G.

FR. JULIÁN RODRIGO,
Agustino.



DESTINO

(TRADUCCIÓN DE T. GAUTIER)

¡Qué engañosa es la vida y cómo el mundo
nos empuja en su marcha á cada instante!
El uno va, como el judío errante,
cruzando el universo, vagabundo.

El otro, un doctor Fausto, hombre profundo,
detrás de su balcón sueña anhelante
y en el alma sin fondo, vacilante,
suele la sonda echar meditabundo.

Pues bien, era del hombre que viajaba
el deseo mayor vivir sentado
al fuego del hogar, sin lograr verlo;
y era el viajero el otro, el que miraba
á través de los vidrios; y así, al lado
pasaron de la dicha sin saberlo.

JULIA DE ASENSI.

Enero de 1896.



REFORMA DE LA ORTOGRAFÍA CASTELLANA (1)

Si los indiferentes no fueran tantos, no importaría demasiado semejante actitud; pero son muchísimos, constituyen la inmensa mayoría, y aunque reconocen los absurdos de la actual ortografía, cuando se llama sobre ellos su atención, no vuelven á acordarse de semejante cosa tan luego como la conversación cesa, y continúan escribiendo el castellano... como pueden, esto es, empleando extrañas combinaciones de letras que en unos causan risa, *santa indignación* en otros, y que, en último resultado, sólo debieran producir el convencimiento de que jamás los españoles sabrán escribir su idioma (2), porque nuestra ortografía, en vez de contener

(1) Véase la página 9 de este tomo.

(2) Demasiado absoluta parece esta afirmación, y sin embargo, no lo es. Nada más castellano que el apellido del autor del presente artículo, y no obstante, nadie puede vanagloriarse de saber escribirlo, porque unos emplean en él la *x*, otros la *j*, otros la *g*, y como lo mismo sucede con multitud de apellidos tan castellanos como el de *Jimeno*, todos hemos tenido necesidad más de una vez, y probablemente nos veremos otras muchas en el mismo caso, de preguntar á determinadas personas cómo escriben su apellido, pregunta que debiera parecernos tan estupenda y tan vergonzosa para el que la hiciera, como si después de habernos dicho esa misma persona que tenía, por ejemplo, treinta años de edad, tratáramos de averiguar cómo escribía esta cantidad. No nos causa extrañeza aquella pregunta, y podemos hacerla sin que se forme mala idea de nuestra educación literaria, porque estamos habituados á los absurdos de nuestra actual ortografía; porque, á diferencia de lo que sucede con el sis-

reglas fáciles ó complicadas, racionales ó absurdas, pero fijas y constantes, es un conjunto de preceptos contradichos en el momento mismo de ser enunciados, arbitrarios con pretensiones de formar un arte y basados en conocimientos como los de la etimología, que son un verdadero lujo de erudición, imposible por lo mismo para la generalidad de las gentes, y que, después de todo, tampoco sirven demasiado, por la frecuencia con que de la etimología se prescinde al escribir la lengua castellana.

No es posible, por tanto, contar para la reforma de la ortografía con ese numerosísimo grupo á que acabo de referirme. Ellos, en verdad, no respetan gran cosa sus preceptos; los atropellan, por el contrario, á cada paso, y si pudiese influir algo su manera de escribir, ya nada quedaría de la actual ortografía; pero, en cambio, tampoco pondrían nada de su parte para reemplazar por un sistema racional unas reglas que, si no comprenden, tampoco les estorban lo más mínimo, por cuanto sin ellas logran hacer perfectamente comprensibles sus escritos. Para una reforma de aquella clase sería preciso recurrir á los que, libres de las timideces que suele engendrar el exagerado respeto á la tradición, y penetrados de las ventajas de la reforma como medio de difundir la instrucción y de cultivar el entendimiento humano, no vacilaran en romper con lo existente, adoptando una ortografía racional; pero éstos, que son muchísimos y de influencia positiva sobre la opinión, no se atreven, no porque sospechen inconvenientes que no pueden surgir, sino porque temen los desfavorables términos en que pudiese ser juzgada su nueva manera de escribir. Así como la moda nos obliga á ir *ridículos* para no ir *ridículos*, así también las reglas ortográficas admitidas nos obligan á cometer á sabiendas grandes *disparates* para que no se diga de nosotros que escribimos *disparates*, y reconociendo esos á quienes aludimos, que nada tan necio como lo que no tiene objeto, y de objeto ca-

tema de numeración, no hay perfecta correspondencia entre las letras y los sonidos por ellas representados; pero queda demostrada nuestra afirmación de que mientras rija la actual ortografía, *nadie* puede asegurar que sabe escribir el castellano.

rece emplear letras perfectamente inútiles; reconociendo asimismo que el mayor de los absurdos es hacer difícil lo fácil, cual resulta queriendo que se conozcan todas las lenguas madres de la castellana, como medio de saber escribir nuestro idioma, y desentendiéndose luego de lo aprendido por inútil, para someterse á lo establecido por el uso; reconociendo, en fin, que el peor de los sistemas es no seguir ninguno, y á ninguno obedece la actual ortografía, mezcla confusa de convencionalismos y contradicciones que sólo pueden merecer la aprobación de los que quieren que sean pocos los que sepan escribir la lengua patria para darse tono, mas no de los que aspiren á que la sepan escribir todos los españoles, es, sin embargo, muy difícil que acepten la reforma, aun habiendo quien tome la iniciativa, como no sea quien esto haga, persona de gran reputación como escritor, temerosos de que se atribuya á desconocimiento de la actual ortografía, y por lo tanto, á descuidada educación literaria, lo que no sería sino producto del convencimiento y justo homenaje á la razón humana.

Pero aun siendo tan grandes las resistencias que se oponen á la adopción de una ortografía racional, no deja de haber medios de vencerlas, y sin esfuerzo se comprende cuál podría ser el más á propósito para triunfar de todas ellas. Si la bondad de la reforma se halla en el convencimiento de todos los que en ella paran mientes; si la opinión pública está perfectamente preparada, y los obstáculos que á ella se oponen están en sustancia reducidos al desfavorable concepto literario que podría formarse de quien se decidiera á escribir dando al olvido los vigentes preceptos ortográficos, y á lo difícil que es, por lo mismo, que haya quien tome semejante iniciativa, sobre todo si teme que no sea seguido su ejemplo, todo está reducido á que comience quien tenga en el mundo de las letras una reputación tan universal y tan alta que no sólo esté á cubierto de toda sospecha en punto á conocimiento de la actual ortografía, sino que pueda su ejemplo servir de estímulo, á la vez que de justificación para los demás.

Es lo mismo que si se tratara de introducir en el traje

femenino una moda de buen ver, muy cómoda y muy barata, pero muy en pugna con la manera de vestir dominante. La generalidad de las señoras no se atrevería á arrostrar el ridículo de ponerse lo que nadie llevara, y no sería el menor motivo para obrar así lo barato de la nueva prenda, porque la gente de tono, deseosa siempre de distinguirse, no gusta de lo que se halla al alcance de todas las fortunas; pero la moda se generalizaría por instantes en cuanto tomase la iniciativa alguna dama de reconocido buen gusto y gran fortuna, porque en tal caso ya nadie atribuiría la innovación al *cursi* propósito de economizar, y las ventajas de la prenda resultarían indiscutibles desde el momento en que la adoptara tan distinguida persona. El deseo de imitarla dominaría á toda otra consideración.

Pero ¿habría esa dama que quisiera prestar á su sexo el servicio de introducir una moda cómoda y barata? ¿Habrá entre nuestros insignes escritores quien, después de haber enaltecido á España con las producciones de su ingenio, quiera prestar un nuevo servicio á la educación intelectual de sus compatriotas, reformando la ortografía castellana en un sentido racional? ¿No es muy fácil que la aludida señora, por natural modestia ó por pura indiferencia, se resistiese á adoptar el nuevo traje? ¿No es muy posible también que, solicitado alguno de nuestros eminentes literatos para tomar la iniciativa en la reforma ortográfica, encontrase escasa gloria en plantear lo que se halla al alcance de todas las inteligencias, sin considerar que en esto estriba el mérito de la ortografía fonética, ó que por no dar la merecida importancia á la reforma, optase por lo más cómodo, que es dejar las cosas en su actual estado?

Posible es, y en previsión de ello importa mucho ver si tan fecunda iniciativa pudiera suplirse de algún modo. Sabido es que hasta hace pocos años los alemanes al escribir determinadas palabras empleaban una *h*, que en algunas sílabas finales era tan inútil como lo es en todas las voces castellanas de que forma parte. A nadie se le ocultaba esta inutilidad, pero nadie se decidía á proceder con sujeción á este convencimiento, tal vez porque no era cosa de renunciar á

darse tono empleando un signo enteramente superfluo, y el Ministro de Cultos, Sr. Puttkammer, cortó por lo sano, ordenando primero á las escuelas del antiguo reino de Prusia y luego á las del resto del imperio que considerasen abolida la letra *h* en las indicadas sílabas finales. Ahora bien, ¿no podría hacer lo mismo el Gobierno español suprimiendo la *h* por completo, porque siempre resulta inútil, y extendiendo la reforma á todo lo que hay de reformable en nuestra ortografía en punto á la expresión de los sonidos? ¿Es que no se considera esto de la incumbencia del Gobierno? ¿No ha reformado el sistema de pesas y medidas que, después de todo, no es, como la escritura, más que parte del sistema de expresar las cosas? ¿No tiene en su abono el citado ejemplo dado por el Gobierno alemán? ¿No tiene perfecto derecho á ordenar, por lo menos, los términos en que deban escribirse los documentos oficiales? Pues aplique la reforma á la *Gaceta*, si es que no quiere el Gobierno imponerla á las escuelas, como lo hizo el Ministro Puttkammer, y téngase por realizada. Tan sencilla y tan racional es, resulta tan conforme con el modo de pensar de todos, que la más insignificante autorización expresa ó tácita, oficial ó privada, bastará para que todos los españoles la acepten inmediatamente.

Pero ¿ya estamos seguros de que nuestros gobernantes no mirarán con desdén lo que llamó la atención de los hombres de Estado alemanes, y que si en ello se ocupasen no resolverían la cuestión en sentido contrario á lo que debe hacerse? ¿Acaso no ha sido el Gobierno quien pudiendo, por ejemplo, seguir usando la palabra *Setiembre* en la *Gaceta* y documentos oficiales, porque así lo exige el uso y lo autoriza la Academia, se ha apresurado á sustituirla por la *Septiembre*, que sólo figura ya en el Diccionario por respeto á lo pasado? ¿No indica esto manifiesta tendencia á retroceder más que á avanzar?

También se generalizaría muy en breve la nueva ortografía si la adoptara alguno de los periódicos de gran circulación; pero es de temer que ninguno de ellos se decida á aceptarla, porque mientras los redactores no se habituasen al nuevo sistema, no podrían desempeñar su cometido con

la rapidez con que hoy lo hacen, y aunque esta dificultad se vencería muy pronto, siempre habría necesidad de ajustar á la nueva ortografía todos aquellos textos ó noticias que debieran copiarse, y esto representa un considerable aumento de trabajo.

La prensa se halla siempre dispuesta á contribuir á la realización de todo lo que represente un progreso; pero como no puede servir al público, cuando de periódicos se trata, sino á condición de redactarlos en el menor tiempo posible, es preciso pensar en otros procedimientos como medio de implantar la nueva ortografía. Por fortuna lo hay, y muy poderoso. En mi concepto, debe hacerse cuanto posible sea para conseguir que adopte la reforma algún escritor de mérito. Logrado esto, el triunfo es seguro, porque todos nos apresuraríamos á imitar el ejemplo, aunque sólo fuera para asemejarnos en algo al literato insigne que había tomado la iniciativa. Pero como se comienza por la dificultad de dar forma á semejante ruego, porque no bastará seguramente el que desde este sitio les dirige mi insignificantísima persona, es preciso recurrir al único medio de que disponen los pequeños para competir con los grandes, al de asociarse. Puesto que somos muchísimos los que, sobre reconocer los absurdos de la actual ortografía, estamos dispuestos á trabajar en pro de su reforma, unamos nuestros esfuerzos, y ya que no podemos influir sobre el resto de nuestros compatriotas con la autoridad de una gran reputación literaria, influjamos con el número. Procuremos *acostumbrar la vista* de la generalidad de las gentes á la nueva ortografía, porque no de otra cosa se necesita para hacer triunfar una reforma cuya bondad se halla en el convencimiento de todos; hagamos de modo que escrita, por ejemplo, sin *h* una palabra que que ahora se escribe con ella, ó con *b* la que actualmente se escribe con *v*, no nos cause la menor extrañeza, como ya no lo causa ver *prórroga*, *virrey*, *prerrogativa*, etc., voces que de este modo escritas ofendían, no hace mucho, nuestra vista y atacaban nuestros nervios; fundemos, al efecto, una asociación tan numerosa como pueda ser, para hacer activa propaganda por medio de abundantes publicaciones acomodadas á

la nueva ortografía, con periódicos, nuevas ediciones de libros ya juzgados favorablemente por el público y con nuevas obras de verdadera utilidad ú honesto recreo que los asociados pueden escribir con este especial objeto; procúrese que la asociación se halle representada siquiera en todas las poblaciones de alguna importancia, y si se logra que los asociados, al mismo tiempo que á suscribirse al periódico de la asociación, se obliguen á escribir su correspondencia epistolar con sujeción á la nueva ortografía, el triunfo será rapidísimo. Cuando se trata de reformas tan justificadas y tan sencillas, la causa está ganada con sólo empezar, como se comience con algún empuje, á fin de que no pase inadvertido el movimiento.

No se nos ocultan las dificultades que puede ofrecer la constitución de esta Liga para la reforma de la ortografía, aun organizándola del modo más sencillo y reduciéndose á lo más indispensable los compromisos de los socios. El espíritu de asociación está muy poco desarrollado entre nosotros, y, aunque cueste violencia confesarlo, no han de ser muchos los que den á la reforma importancia bastante para tomar parte activa en su propaganda. Pero tampoco es un inconveniente que no llegue á darse forma más ó menos solemne á la Liga. Bastará suponerla establecida y que se considere miembro suyo todo el que quiera contribuir á la realización del fin á que se aspira. El que diere algo á la imprenta, ajústese á la nueva ortografía y adicione á su nombre, al consignarlo en la portada del libro, esta frase: *De la Liga para la reforma de la ortografía*; si escribiese alguna carta, use estas mismas palabras por membrete ó al pie de la firma, y ya no tendrá necesidad de explicar la razón de no emplear las actuales reglas ortográficas, porque perteneciendo á la Liga, ya comprenderán cuantos lean sus escritos que, si prescinde de la actual ortografía, no es por ignorarla, sino porque, convencido de la bondad de la reforma, quiere contribuir á su triunfo en cuanto de él dependa (1).

(1) En Chile, donde la reforma fué por muchos adoptada desde el momento mismo en que fueron conocidos mis primeros trabajos sobre la materia,

Sin duda alguna, ese procedimiento no sería tan eficaz ni de resultados tan inmediatos como la organización de una sociedad que circulara muchos impresos ajustados á la nueva ortografía, porque en último resultado, y según ya hemos dicho, lo que hace falta no es precisamente demostrar las excelencias de la reforma, sino habituar la vista á la nueva combinación de letras. Pero algo hay que hacer en el caso

han abreviado la indicación de pertenecer á la *Liga para la reforma de la ortografía*, empleando las iniciales: O. R. (Ortografía Reformada). Este procedimiento, aunque ofrece el inconveniente de que, mientras no se halle muy generalizado, con dificultad podrá comprender la significación de las indicadas iniciales quien no esté en antecedentes, es muy á propósito para la correspondencia epistolar, porque el papel comunmente usado en las cartas no consiente sino membrete muy lacónicos. No debe, por tanto, haber reparo en aceptar para los manuscritos lo practicado en aquella república. En los impresos, respecto á los cuales no existe la consideración de no admitir títulos largos, conviene que los autores consignent del modo más terminante su cualidad de miembros de la Liga, bien en los términos indicados en el texto, bien utilizando los prólogos cuando los haya, y puesto que la reforma á que se aspira no es en rigor más que la lógica aplicación de las declaraciones hechas por la Real Academia Española en su Gramática, lo mejor será consignar á la cabeza de libros y artículos estas tan autorizadas declaraciones en la siguiente ó parecida forma:

«Dos (letras) han fijado resueltamente su oficio: la *j* y la *x*... Cuatro debían fijarle: la *c* y la *z*, la *g* y la *j*, limitando los suyos dos de ellas... Tres son del todo ociosas: *h*, *k*, *q*.

Siendo... igual, aunque no debiera, la pronunciación de la *b* y de la *v*...

Acerca de muchas veces que se escriben con *h* no se pueden dar reglas seguras.

Ya no usurpa la *i* vocal los oficios de la consonante; pero sí ésta los de aquélla en varios casos y contra toda razón ortográfica.

...uno de los principios racionales de toda buena escritura es el excusar, en cuanto sea posible, el empleo de signos inútiles.»

Páginas 350, 353, 359, 360 y 362 de la última edición de la GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Consignadas estas citas al frente de los libros y artículos en que se use la nueva ortografía, muy fácil será á todo el mundo convencerse de que no se trata de una reforma, aunque racional, tan atrevida que no tenga antecedentes, sino de la rigurosa aplicación de afirmaciones hechas por la más alta autoridad en punto á ortografía, y los firmantes de aquellos trabajos, lejos de temer que se les suponga ignorantes de los preceptos de la Academia y en pugna con tan competente corporación, probarán que son los que más la respetan y mayor valor atribuyen á sus declaraciones, por cuanto la mejor manera de probar la adhesión á determinada doctrina es practicarla sin vacilaciones ni distinguos, y doctrina bien clara y definida es la consignada en los textos reproducidos.

de que no se logre constituir la Liga de la manera formal que hemos indicado, esto es, con organización, con periódico y con representación en toda la Península, y lo más eficaz será, sin duda alguna, suponer formada la asociación y que se consideren todos los partidarios de la reforma como si en efecto estuviesen ligados con compromisos más ó menos solemnes á emplear la nueva ortografía, tanto en los impresos como en la correspondencia epistolar.

Esto es, al menos, lo que, llegado aquel caso, se propone hacer el autor de este artículo, teniendo en cuenta que el mejor modo de predicar es dar ejemplo.

J. JIMENO AGIUS.





FÁBULA DEL SOL

En la marisma, un pozo
abandonado había,
donde no más un charco
dejara la sequía,
que apenas enseñaba
su legamoso brillo
entre la sombra orlada
de verde culantrillo.
En él, un renacuajo
tenía su palacio,
sabiendo solamente
del mundo y el espacio
por el jirón de cielo
azul que desde el fondo
veía, recortado
por el brocal redondo,
ó el viejo cabrahigo
que, al doblégarle el viento,
sobre la obscura boca
doblábase un momento.
El sol, que tanto espacio,
que tanta muchedumbre

de mundos ilumina
y esmalta con su lumbre,
que por espejo tiene
los ríos y los mares
y como á Dios le adoran
familias á millares,
en el cenit ardiendo,
fijó sobre la charca
el ojo centelleante
que el universo abarca,
para saber qué efecto
hacía su reflejo,
en el licor del pozo,
al vil animalejo.
Y como aquel sumido
en pozo de estulticia,
que de la luz del genio
rechaza la caricia,
así, malhumorado
el renacuajo inmundo,
vuelve la espalda al brillo
del luminar del mundo,
y refunfuña y salta
al fondo de una grieta,
para dormir, gozando
de obscuridad completa.
Doblado por la ira
el fuego que derrama,
el astro luminoso
contra la bestia clama
á Jove, que dormita
en su real poltrona:
—¿De qué me sirve ¡oh padre!
del mundo la corona,
si tu más ruin hechura
me muestra su desvío?—
Con soñolientos ojos
el sumo dios, sombrío,

los hombros encogiendo,
parece que le dice:
—¡Cómo ha de ser! Al ente
más vil, más infelice,
para que el ser más grande
se fije en él atento,
le basta una vez sola
negarle acatamiento.
Siempre el orgullo herido
en elevar se empeña
hasta nosotros mismos
al vil que nos desdeña.—
Y á la región del pozo
tendiendo la mirada,
mandó que se nublaste
la atmósfera azulada.
Viento sutil, anuncio
de temporal vecino,
alzó nubes de polvo
en blanco remolino;
un acre olor la tierra
sedienta despedía,
que la primera lluvia
del temporal sorbía;
trocóse en aguacero
la lluvia persistente;
el llano fué laguna,
el valle fué torrente;
cubrióse de sonantes
y líquidas melenas
el monte, reventaron
las subterráneas venas;
y en suma, formidable
la inundación, creciendo,
á Jove obedecía,
con pavoroso estruendo,
porque el nivel del agua
hasta el brocal subiera

del pozo, vomitando
al renacuajo fuera.
Así pasó... De nuevo
Natura sosegada,
en la marisma estéril
á trechos inundada,
aquel reptil zancudo,
de vientre blanquecino,
al melodioso arrullo
del piélago marino,
sobre un pedrusco, á modo
de islote solitario,
miraba al sol, que en medio
de espléndido escenario
hacia la mar cerúlea
bajaba, rojo y tibio.
Y el astro, contemplando
al miserable anfibio,
por agradarle hacía
maravilloso alarde
de todos los colores
y pompas de la tarde,
próximo ya el instante
de su postrer destello...
El renacuajo entonces
dignóse hallarlo bello.
Y el astro, satisfecho
del triunfo soberano,
en el profundo abismo
se hundió del Oceano.

JUAN ALCOVER.



CUESTION TRANSCENDENTAL ⁽¹⁾

VI

Después de señalar el verdadero concepto del capital; los escollos por donde han querido dirigirlo la filosofía racionalista y las escuelas utilitarias; la categoría que representa en la repartición de los bienes económicos; las funestísimas consecuencias que se originan de no apreciar bien esta categoría, y por último, la execración que merecernos debe el capital usurario, resta, para dar cima á este trabajo, estudiar lo referente al provecho del otro positivo productor y divisor de la riqueza: el esfuerzo humano, no acumulado ni capitalizado. La forma con que viene representada esta participación ó utilidad del trabajo en la riqueza producida, es lo que comúnmente se llama *pago ó salario ó jornal* del trabajador.

Salario, cuyo solo nombre, dicen los Sres. Olózaga y Castaño, significa peligros y terrores, trabajos y desventuras, y que, como añade el docto P. García, son muchas y graves las cuestiones que la ciencia económica debe aún resolver respecto de este punto.

Los sostenedores del principio económico-individualista de

(1) Véase la página 56 de este tomo.

Bastiat, «servicio por servicio», y de que el trabajo es un servicio económico del género de todos, sacan la consecuencia, de que, el trabajo, como los demás servicios, debe estar sujeto á la ley de la concurrencia, y que el salario corre la suerte de todo *valor en cambio* que se considera en las cosas. Así que, el salario, está evaluado suficientemente, cuando se dice que, siguiendo la ley de la oferta y el pedido, será alto si son muchos los capitales que á pagar salarios se destinan, y bajo cuando sean pocos; á lo que corresponde, en el primer caso, que sean pocos los obreros que piden trabajo y muchos en el caso segundo, ó como lo expresaba Cobden: «Los salarios son bajos, cuando dos obreros son para un patrón, y altos cuando dos patronos son para un obrero».

Esto es un error de transcendencia. El capital, en nuestros días más que nunca, no se puede considerar aislado, y por ello, un número de capitales mayor que el número de trabajadores del lugar del capital, buscará su empleo y desarrollo; y con esto deberá aumentar el número de jornaleros, ó disminuirá el capital que á jornales se destina. La ley de la oferta y el pedido, no es causa sino efecto, del alza ó baja del salario. La cuestión se puede concretar en esta pregunta: «¿Por qué el capital ha de apropiarse la mayor parte del producto y por qué la ley manda esto?»

Teniendo presente que el esfuerzo humano es un verdadero productor de la riqueza, como lo puede ser el capital y como lo es la Naturaleza misma, convienen la mayoría de los autores, y no puede menos de suceder así, en que el provecho ó parte del producto que al capital pertenece, no ha de ser mayor que el correspondiente al conjunto del trabajo ó esfuerzo humano que á ese producto ha concurrido.

Esto sentado, ¿dónde fijaremos el tanto del salario? ¿Podrá ser en la mayor ó menor producción?

Haciendo relación el salario, no al capital sino al producto, para determinarlo, debemos partir del valor de la producción como acabada.

La única razón plausible que se puede aducir á favor del capital en la distribución de la riqueza es, la de que el capital, supone esfuerzos anteriores y el trabajo sólo un esfuerzo

actual. De consiguiente, al partir el producto, es equitativo que el dividendo del primero resulte mejorado sobre el dividendo del segundo. Esta conclusión es la que debemos admitir sin género de duda, siempre que esa mejora no signifique abandono del obrero por parte del capitalista, á quien se debe recordar que ese acumulamiento ó ahorro de esfuerzos, que el capital supone, no puede nunca autorizarle para que se levante con la mayor parte del producto, en menoscabo del salario. Porque si bien el capital supone esfuerzos anteriores, porque es un trabajo capitalizado, el trabajo actual del operario, si aquilatamos el discurso, supone, asimismo, un acumulamiento de esfuerzos.

Pondérese cuanto se quiera lo que en Economía se entiende por *costos de producción del trabajo* y se verá, que el trabajo actual, supone, igualmente que el capital, un cúmulo de esfuerzos anteriores, ya en el obrero ó individuo que trabaja, ya en los que á ese individuo dieron el ser. Si no, súmense los gastos que desde el momento de su concepción hasta ser útil para prestar sus servicios, han tenido y hecho los padres del jornalero.

Es verdaderamente paradójico estimar en tanto el capital y reducir el valor económico del trabajo al de una mera mercancía. ¿Es, por ventura, el trabajo por el capital y para el capital, ó, antes bien, el capital es por el trabajo y para el trabajo? Y si es verdad esto último, ¿por qué conceder menos preeminencias económicas al trabajo? ¿Por qué enalzar así al capital? Si otras razones no abogaran por el trabajo, ésta debería bastar á los economistas que sientan, que la Economía, en tanto es digna de nuestro estudio, en cuanto que por ella se tiende á dar satisfacción al hombre, aligerando sus penas, en su cooperación á la creación de la riqueza. El fin económico, dice D. Santiago D. Madrazo, es «la satisfacción ordenada y conveniente de las necesidades humanas, por medio de un trabajo cada vez más eficaz, menos costoso y de mejores y mayores resultados».

Otra relación existe entre el salario y el capital que con él interviene en toda producción y es, que los salarios, unos son más altos y otros más bajos. La causa de esto, como

dijo muy bien Smith y con más acierto Flórez Estrada, depende de las circunstancias de los oficios ó industrias, según que lleven consigo esfuerzos mayores ó menores, apreciables por la sociedad y por el individuo obrero, y requieran más ó menos preparación.

Respecto de cómo se ha determinado la ley reguladora del tanto del salario que de hecho debe recibir todo obrero por su trabajo, aislado de aquellas circunstancias que lo pueden alzar ó bajar más ó menos, todos los autores, aun los más entusiastas de la libre concurrencia de brazos, afirman, que el salario, en general, como medio de vivir que es del jornalero, debe tener un valor real, graduado por lo que el obrero con su familia gasta en mantenerse, comer y vestir y habitación, todo según su clase.

Pero, olvidados los economistas de las necesidades del obrero, conceden y defienden, que el trabajo, como mercancía que es, debe correr la suerte de todo producto que á la plaza sale; y así el jornal, en último resultado, debe evaluarse por el libre convenio entre el patrón, capitalista ó empresario que pide (*compra*) trabajo, y el obrero que ofrece (*vende*) sus aptitudes, sus fuerzas físico-psicológicas.

¿Qué resulta de aquí? Que el que tiene, tiene más y absorbe y acumula lo del que tiene poco. Es decir, que, como en la libre concurrencia sólo los capitales grandes salen favorecidos, en el convenio entre amo y trabajador, éste es el que sucumbe, hasta prestarse á trabajar por un salario imposible para satisfacer las necesidades perentorias de una familia pobrísima. Por eso dice con grandísimo sentido práctico el gran Pontífice León XIII, que, aun cuando se suponga que el obrero y el amo convengan en una misma cosa y nominalmente en el cuanto y modo del salario, existe, no obstante, siempre, algo que es de justicia natural y anterior y mayor que la libre voluntad de los que pactan, á saber: que el jornal ó salario, no debe ser menor que el que se necesita para el sustento frugal, sí, pero suficiente, prudencialmente regulado, del operario. Y si éste, obligado por la necesidad ó llevado por el temor de males mayores, acepta de

aqué una condición dura, la que, aunque no quisiera le harían aceptar, ciertamente, esto es hacer violencia al obrero, lo cual reclama justicia.

VII

Pasemos, para terminar, á ver qué remedios da la Economía para tantas miserias como su proceder ha causado y causa en las clases desvalidas.

Desde luego se hace notar, que la Economía anticatólica, es *deficiente* para poner coto á la miseria y al pauperismo, que se extienden cada vez más y con proporciones alarmantes, en razón del adelanto de las industrias.

Prescindiremos de los remedios *à posteriori* y pasaremos á los *à priori*, que son los decisivos. Los que otra cosa crean, están equivocados.

La *Economía liberal* admite como cierto, que el salario dice relación al capital que á pagar salarios se destina, y que éstos siguen, como todo producto, la ley de la oferta y el pedido en concurrencia; y que, acerca de la solución que mejorar debe á las clases obreras, hay que aspirar á dos puntos principales: á disminuir, ó mejor todavía, á contener el desarrollo muy numeroso de la población obrera, pues que es el único modo de que á los jornaleros les toque más de ese capital que para salarios se destina en toda producción; y á admitir al trabajo de las fábricas y los talleres, á la mujer y al niño; esto es, madre, hija y esposa y niños y niñas de tierna edad, para que, siendo en la familia muchos á ganar jornal, se sumen los salarios de todos, y no baje del *mínimum* señalado como indispensable para la manutención de todos los de casa. Esto último se ha llevado á la práctica con grave perjuicio de la sociedad y lamentables insultos á la moral.

En cuanto á lo de enmendar la plana á la Naturaleza, es decir, á la disminución de la población obrera, disminuyendo su progenie, no han podido ni podrán realizar nada por honrados caminos, esos famosos inventores de tales sistemas económicos.

Esta asendereada doctrina de Malthus, está plagada de inexactitudes y pecados antieconómicos, antisociales, antirreligiosos y de todas clases.

Lo contrario, precisamente, fué lo que desearon los antiguos legisladores, reyes y príncipes que procuraron fomentar el matrimonio como principio constitutivo de todo pueblo grande, y como desea la misma Iglesia universal, que lo elevó á sacramento y lo santificó de modo especialísimo, con la presencia personal de Jesucristo y su Santísima Madre en las tan famosas bodas de Canaam.

Decía Recesvinto: *Ca quanto los homes son más, tanto mayor ganancia suele venir dellos.* Y Napoleón, contestando á una pregunta sobre qué mujeres le parecían más grandes y dignas de mejor estima respondió, que las que dieran más hijos á la patria.

Nuestro compatriota y respetable amigo, Sr. Jimeno Agius, lo ha dicho, con espartano laconismo: «La población es el alma de las nacionalidades».

De manera, que hasta se quiere reglamentar y limitar el matrimonio y la prole en los trabajadores, y casi casi, prohibir aquél, por el solo delito de ser pobres. ¡Á qué alucinación no llevan tales desatentadísimos principios!...

¿Conque son de *vaza inferior*, respecto del capitalista y del poderoso, el honrado trabajador y el infeliz bracero que no tienen fortuna? ¿En dónde, pues, existe esa decantada igualdad y esa tan manoseada fraternidad que de continuo se predica y con la que tanto se fascina á los incautos por los filósofos modernos?

Aparte de que injurian también despiadadamente á las mujeres de las clases jornaleras, de las que dicen son más *sensuales* que las aristocráticas, aunque menos *sensibles* (!).

Esta injuria, como toda la miscelánea de política, religión, historia natural, matemáticas, deberes de conciencia, higiene, etc., etc., que nos traen estos autores al explicarnos la teoría malthusiana, es pura burla é irrisión, y así deben ellos tomarlo, aunque tan formales vengan diciendo cosas como lo de la *filogenitura*.

Déjense de cábalas absurdas y perjudiciales tamaños pre-

ceptores gratuitos de la Naturaleza, con sus *palabras* y *palabras*, como decía Hamlet.

El jornalero no se podrá librar de la miseria á que los principios de la Economía anticristiana lo han reducido, y su salvación financiera no llegará jamás, mientras no se reforme por los economistas, el concepto del salario ó jornal, definiéndolo y acomodándolo con las doctrinas y con los hechos de los capitalistas que el egoísmo no maneja, como hay muchos, sin duda, en opinión de P. Clément.

Ó como afirma Flórez Estrada, que las naciones se enriquecen cuando la renta del trabajador aumenta igualmente que la del propietario y el capitalista, y no cuando estas dos últimas clases ganan lo que la otra pierde, y cuando sus provechos consisten en la disminución de los salarios.

La ciencia económica de nuestros días, en sus principios y conclusiones, debe, á todo trance, marcar el camino que lleve á evitar este engrandecimiento de los capitalistas; y si los autores y directores de ella se fijaran, del mismo proceder de los capitales, bien dirigidos, podrían sacar las reglas para el remedio ambicionado. Compárense entre sí las grandes compañías que se dividen el mundo comercial é industrial, y se verá cuán diferentemente proceden y que no á todas se pueden hacer los cargos que Dibbs y los huelguistas norteamericanos hacían el año último á Pullman. Es innegable que el obrero se ha reducido en muchas partes á una perversión moral que espanta; pero también es cierto, que el interés egoísta, aquel interés que hace las revoluciones, según el Capitán del siglo, no está tanto en el proletariado como reside en los capitalistas. «En ninguna historia, dice el ecléctico Forbounais, se encuentra ni siquiera un dato, que pruebe que el bienestar y comodidad de las clases laboriosas, haya sido perjudicial á la obediencia que se debe á las leyes y al progreso de la industria.» Y como la misma atracción universal de Newton sería impugnada si trajera perjuicio al bolsillo, como atinadamente observa Macaulay, por eso, la ambición de los capitalistas, sin ideas católicas ó con ellas, pero bastardeadas, tiene empeño en que se mantengan acerca del salario, las teorías que venimos impugnando. ¡Qué

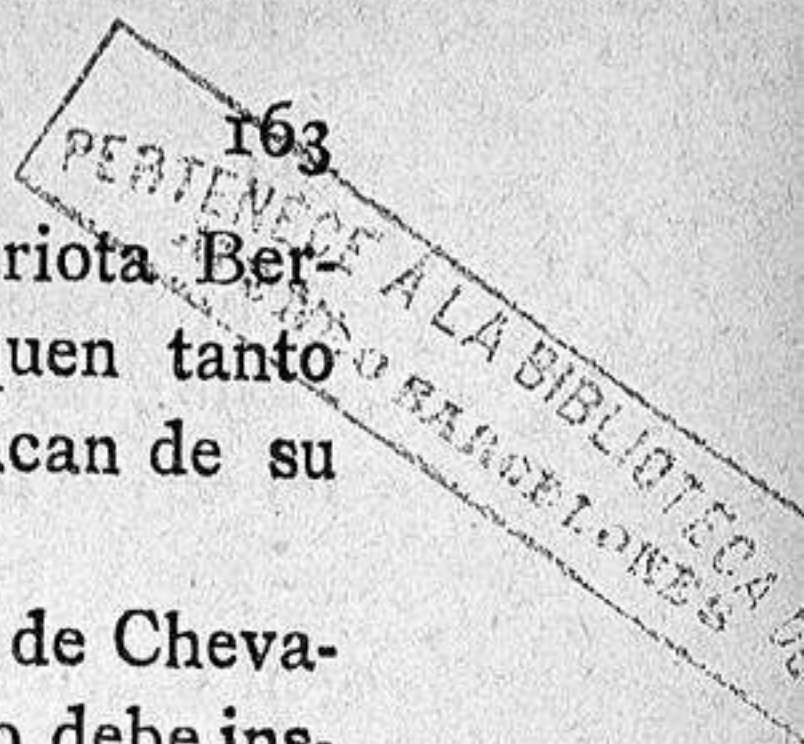
verdad encierra la afirmación de nuestro compatriota Bernardo Ward, de que «es de admirar que se apliquen tanto algunos pobres, considerando el poco fruto que sacan de su trabajo y el casi nulo aprecio que se hace de él!»

Oigase lo que dice á este propósito Mr. Michel de Chevalier, cuya autoridad y justa fama en la ciencia, no debe inspirar recelos á nuestros adversarios: «¿De dónde tomaremos el remedio para este mal? ¿Será de los consejos de continencia que da Malthus? No; nada es tan vano é ineficaz. ¿Será de la legislación que prescribe Stuart, la cual debe consistir en prohibir el matrimonio á los pobres? La misma desventaja. Esto equivaldría á una provocación á la inmoralidad. Debemos ir á buscar y encontrar ese remedio, en otro orden de ideas. Ese orden de ideas, se sintentiza en el progreso moral del pueblo trabajador, y en una sabia dirección de parte del Estado».

La cuestión social no puede definirse por los igualatorios principios socialistas ó comunistas, cualquiera que sea el traje con que se atavíen; porque, en la sociedad civil, no cabe hacer iguales á grandes y á pequeños; ni tampoco por las afirmaciones económico-liberales, porque su finalidad propia es el socialismo ó la lucha entre los hombres, venciendo siempre el que más dinero tenga y no el que tenga más razón. Todos estos principios de la escuela socialista y racionalista, basados en los derechos intangibles, como dicen, de la razón absoluta y de la libertad omnímota del hombre, tienen, en Economía, funestísimas consecuencias, que dañan al jornalero y al mismo capitalista, aunque en la escuela ortodoxa ó liberal, los capitales son los más obstinados en sostener la libertad económica.

Siendo certísimo que la satisfacción dice relación á la necesidad, débese concluir, que todos los sistemas económicos que á crear satisfacciones como finalización económica propendan, por eso mismo, tienden á crear necesidades, y éstas, que no pueden satisfacerse sin riqueza, llevan como de la mano á exigir á los economistas que defiendan y procuren la producción indefinida.

Atendieran los legisladores de la producción económica á



mejores principios que á los de materialismo y positivismo, y entonces, sus asertos y sus leyes, serían aceptables; porque «el deseo de todo ser, según el Angélico Doctor, es una tendencia real, positiva, hacia su origen y principio. Y el origen y principio del alma del hombre no es otra cosa, que el mismo Dios, el cual la crió á su imagen y semejanza. Dios, por tanto, es el único que puede dar completa satisfacción á los deseos que siente el hombre, y el único que puede hacerlo del todo rico y feliz».

Todos los que desdeñan las enseñanzas de la Iglesia católica y se entregan á la filosofía del vano saber del hombre, suelen descender al terreno de lo vulgar en la ciencia cristiana, cumpliéndose en ellos lo de que, más sabe un niño de la escuela con su sencillo catecismo, que las eminencias filosóficas paganas de la época actual con sus abultados infolios.

¿Dónde está la victoria de la Economía? ¿Es en aquello de que, multiplicando la obra de la Naturaleza, disminuye el esfuerzo humano; de que hoy se tienen bienes en mayor número para la satisfacción de las necesidades todas de la humanidad; de que la riqueza, por la aplicación de los principios económicos, ha venido á ser del dominio de todos; de que se pasó la esclavitud y terminó el feudalismo; de que las sociedades se ennoblecieron, emancipándose de los proteccionismos y las teocracias de los siglos medios; de que el mismo matrimonio se ha purificado y elevado por la desaparición de las leyes que lo premiaban, etc., etc., etc...? Todo esto no es más que un borrón de la ciencia, ó mejor dicho, del método corriente de la ciencia, el cual desaparecerá tarde, por desgracia, si, como parece, persisten los autores en sus monomanías.

Mas que á todas las teorías debemos atenernos á los hechos, y los hechos son incontestables. La Economía de la escuela liberal, la que sirve de texto á los admiradores y seguidores de los economistas anticristianos, está perfectamente calificada por un publicista español, competentísimo en cuestiones económico-financieras, nuestro distinguido amigo particular, D. Joaquín Sánchez de Toca, en estas líneas: «El

sistema económico-liberal, en efecto, es una inmensa engañifa, en plena contradicción con la realidad, y que conduce irremisiblemente, por la naturaleza misma de las cosas, á lo contrario de lo que ofrece. Es la estrangulación despiadada del débil por el fuerte; de la pequeña industria por la grande; la explotación del pueblo económicamente más débil, por el más poderoso; la destrucción de las clases medias y la entrega de las clases obreras al trabajo más sin reparo, abrumador y terrible para nuestra débil naturaleza. No lleva en su seno la libertad para la producción y el trabajo; engendra, por el contrario, los más gigantescos monopolios que han conocido los siglos, así para las industrias como para el comercio».

En fin de siglo, después de cien años de existencia, ve la Economía que la miseria sigue en aumento y que la desesperación del pobre no tiene otro consuelo que esta frase: «¡Que sepan capitalizar!...»

Á esto no cabe decir más, para terminar, que aquella hermosa interpelación del inmortal dominico Lacordaire:

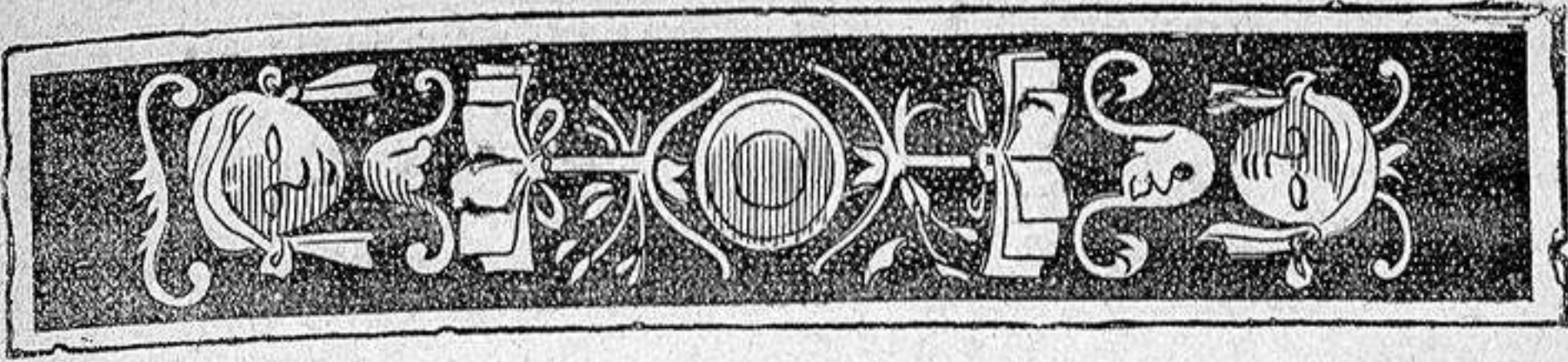
«La envidia ha surcado todas las frentes y encendido todos los ojos.

»Yo lo creo bien. Jesucristo había fundado la propiedad del pobre, su dignidad y su beatitud; vosotros habéis alterado las tres. Habéis disminuído la propiedad del pobre, con el acrecentamiento de la propiedad incrédula, más ó menos vuelta al egoísmo pagano; habéis disminuído la dignidad del pobre, atacando á Jesucristo, que es su fuente; habéis disminuído la beatitud del pobre, persuadiéndole, que la riqueza es todo, y que la felicidad, hija de la Bolsa, está anotada y rubricada en el gran libro de la Deuda pública. Vosotros recogéis el fruto de esto. La *sociedad* tiene muchas llagas, pero quizás es mayor la llaga económica, ese furor del bienestar material que precipita á todo el mundo sobre esa flaca y miserable presa que llamamos tierra. Volved, volved al infinito; él sólo es bastante grande para el hombre. Ni caminos de hierro, ni largas chimeneas de vapor, ni ninguna invención agrandarán la tierra una pulgada; aunque fuera tan pródiga como es avara, tan ilimitada como es estrecha, no

sería para el hombre más que un teatro indigno de él. Sólo el alma tiene pan para todos y alegría para una eternidad. Entrad en ella á velas desplegadas y volved Jesucristo al pobre, si queréis volverle su verdadero patrimonio».

MANUEL GARCÍA DE OTAZO
Y SIBILA.





MAISON DÈSERTE ⁽¹⁾

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Quelle est triste, mon Dieu! La maison délaissée,
si gaie, hélas! naguère au bord du petit bois!
Tous ceux qu'elle abritait sont morts presque à la fois;
les volets sont rompus, la charpente affaissée.

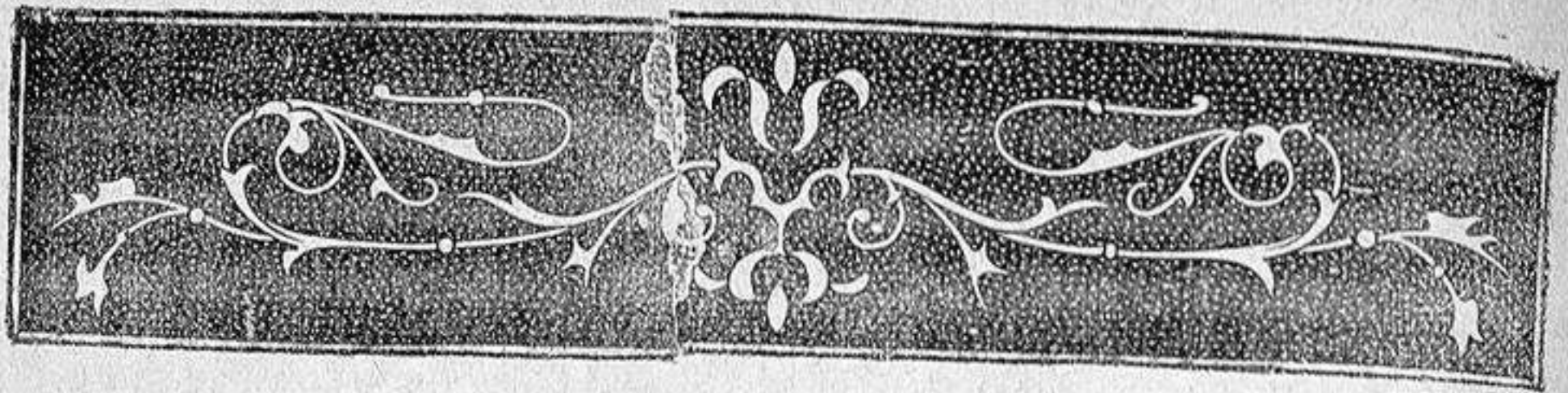
L'herbe croît dans les joints, la mousse sur les toits;
et le lierre envahit de sa touffe pressée
la cloche, au mur encore et vainement fixée,
qui sonnait si joyeuse et si claire autrefois.

En quelque jour d'automne, errant à l'aventure,
une biche s'arrête ici, cherchant pâture
autour de la muette et déserte maison.

Tire du bout des dents la ronce qui s'accroche
à la chaîne rouillée... et tout à coup la cloche
jette un son de glas morne à donner le frisson.

ACHILLE MILLIEN.

(1) Del hermoso libro titulado *Chez nous*.



ESTUDIO HISTÓRICO DE AVILA Y SU TERRITORIO

DESDE SU REPOBLACIÓN
HASTA LA MUERTE DE SANTA TERESA DE JESÚS (1)

CAPÍTULO X

Sancho IV.—Pacifica la ciudad de Ávila.—Los judíos en Ávila.—Favorece el Rey la reparación de la basílica de San Vicente.—Manda Sancho IV que los judíos y moros de Ávila paguen el diezmo á su Obispo.—Minoría de Fernando IV.—El milagro de las cruces.—Noticias de los Obispos de Ávila.—Minoridad de Alfonso XI.—Cortes de Palencia.—Hermandad que se formó en las de Burgos.—Fundación del convento de Santa Ana.—Principales hechos del reinado de Alfonso XI.

Siendo Infante D. Sancho, había confirmado á las monjas de San Clemente de Ávila varias donaciones que les hizo el concejo de la misma ciudad, según documento que autorizó con su sello en Ávila á 6 de Octubre, reunido «en Corral en la iglesia de San Juan era M.CCCXIX años». La confirmación está firmada en Sevilla á 12 de Marzo

(1) Véase la pág. 38 de este tomo.

de 1282 (1). En Ávila se encontraba el referido Infante cuando le enviaron la noticia de la muerte de su padre; dispuso que se celebraran suntuosos funerales por el eterno descanso del difunto monarca, en los que ofició el Obispo fray Aymar (que ya antes había reprendido al Príncipe su codicia), y cumplido aquel deber filial pasó D. Sancho á Toledo, donde fué coronado y reconocido como Rey. Dirigió luego Sancho IV sus armas contra los infieles, y obligó al Rey de Marruecos á levantar el sitio de Jerez, y luego hicieron una tregua.

El Infante D. Juan, descontento porque el Rey no quiso darle la ciudad de Sevilla que le dejó su padre, reunió los nobles que estaban disgustados con Sancho IV, alzando bandera de rebelión; fingió el monarca querer reconciliarse con ellos; llamó á D. Lope de Haro, Señor de Vizcaya, que era el más poderoso y temible de los sublevados, y á su hermano D. Juan á las Cortes que celebraba en Alfaro, y al primero le mató de un golpe de maza, y hubiera hecho lo mismo con el segundo á no interponerse la Reina D.^a María de Molina, que protegió la vida del Infante, que quedó preso.

Los avileses, que estaban malavenidos con D. Juan, al saber lo ocurrido en Alfaro y la ruina de su partido, marcharon sobre Oropesa y la destruyeron, atropellando también cuanto encontraron en los vastos dominios que en la tierra de Ávila tenía el hermano del Rey. Al año siguiente, noticioso el enérgico Sancho IV de que se hallaba Ávila agitada por algunos trastornos, pasó á aquietarla y castigó á los principales motores (año de 1289).

El Obispo fray Aymar murió en 1284, y le sucedió don Fernando, que gobernó la sede abulense hasta 1292, sin que hayan quedado de él más noticias que el epitafio de su sepulcro en la Catedral, gozando después de él la mitra don Pedro González Luxán.

(1) Este documento se conserva en la Real Academia de la Historia, colección del Conde de Mora, tomo XXIII, o,23, y se insertó en las págs. 55 á 57 del tomo II del *Memorial histórico español*, publicado por aquella insigne corporación.—Madrid, 1851.

El número de judíos y moros había ido aumentando considerablemente, y desde 1285 se negaron á pagar el diezmo de sus rentas; pero cuando lo supo Sancho el Bravo escribió desde Burgos una carta al alcalde Sancho Ibáñez, hijo de Nicolás Jimeno, para que los obligase á ir ante él y pagar los diezmos.

El año de 1290 se hizo un padrón de los judíos de Castilla y de lo que tributaban, y por él sabemos que las juderías del obispado de Ávila pagaban un total de 173.268 maravedises y en otra distribución que se hizo al año siguiente de lo que tributaban las aljamas de Castilla se encabezó la de Ávila con 59.592 maravedises, que añadiendo 14.550 que tenían que dar del servicio, componía un total de 74.142 maravedises.

Siguiendo el piadoso ejemplo de su padre y de su santo abuelo, favoreció Sancho IV la celebrada basílica de San Vicente, y para su reparación la dotó de rentas, según consta en una carta que en 1290 dirigió desde Burgos á los recaudadores de las de su alcázar de Ávila. En el mismo año, estando el Rey en Arévalo, concedió privilegio al monasterio de Sancti-Spíritus, de señoras de la Orden de Santiago de Salamanca, para que no pagase portazgo alguno en el Reino por los artículos que llevase para la manutención de las freiras (1).

El año 1292 cercó y ganó Sancho el Bravo la importante plaza de Tarifa, y en esta ocasión, como en las demás, entre los que le sirvieron con la lealtad y valor acostumbrados, figuran los concejos que enviaron sus milicias que tantos lauros ganaron durante la reconquista,

El Rey, cuidadoso de que se cumplieran sus órdenes, expidió una carta en Mayo de 1293 obligando á los propietarios moros y judíos á que pagaran el diezmo como los cristianos: «D. Pedro, dice, obispo de Ávila e nuestro clerigo nos dixo que judíos e moros de su obispado an pieza de heredamiento e viñas e ganados que han comprado de los

(1) Trata de este documento Villar y Macías en su *Historia de Salamanca*, tomo I, lib. 3, cap. 10.

xpianos, et como de luengo tiempo á aca la su iglesia fue vagada e non ovo quien ge lo afincase que non diezmen ninguna cosa dello; et pidiónos que mandásemos que diesen diezmo del pan e del vino que cogiesen en sus heredamientos e en sus viñas, e de sus ganados, así como diezman los xpianos e nos tenemos por bien, etc.» (1).

Dos años después moría D. Sancho IV en Toledo, el 25 de Abril de 1295, en lo mejor de su edad, dejando el renombre de su valor militar unido á su afición á los estudios literarios, y él mismo escribió dos obras notables, mandando traducir otras de gran mérito.

Le sucedió su hijo Fernando IV, de nueve años y pocos días, que fué coronado en la imperial Toledo por orden de su madre la Reina D.^a María de Molina, que había sido nombrada tutora del monarca por testamento de Sancho el Bravo, y á no ser por el espíritu fuerte y valeroso de esta señora se hubiera hecho permanente la anárquica situación creada por los descontentos al comenzar Fernando IV su reinado.

Mientras los nobles negaban legitimidad á su soberano, á pretexto de que el Papa había anulado el matrimonio de Sancho IV y D.^a María de Molina, el Infante D. Juan, siempre rebelde, se proclamaba Rey de Castilla, ayudado por los moros granadinos; el aventurero D. Enrique, hermano del Rey Sabio, se titulaba regente; los Infantes de la Cerda, desde Aragón, donde se encontraban, reclamaban sus pretendidos derechos; en tanto que los Reyes de Aragón y Portugal invadían el territorio castellano, y los pueblos formaban hermandades para defender sus intereses. La ilustre tutora supo ir haciendo frente á tan opuestos elementos y conciliando primero los extraños, para apaciguar al portugués, concertó el matrimonio de una de sus hijas con el joven Rey; satisfizo al aragonés, señalando una pensión á los Infantes de la Cerda, sus protegidos, y calmó luego la agitación interior, dando la regencia al Infante D. Enrique;

(1) Inserta este trozo del referido documento, Quadrado en su obra citada, página 253, nota 1.^a

obtuvo del Papa la legitimación de su hijo, y, sobre todo, buscó el apoyo de los concejos, siempre dispuestos á defender los Reyes y á abatir el poderío de la turbulenta nobleza.

Se reunieron Cortes en Valladolid el año 1300, y los concejos, penetrados de la buena administración de la Reina, le votaron subsidios, recibiendo en cambio de su lealtad grandes franquicias y privilegios. Antes de pasar á otros sucesos, consignaremos que entre las poblaciones que se dieron al Infante D. Juan, en virtud del convenio celebrado con su sobrino Fernando IV en 1301, una de ellas fué Cebreros, situada en la tierra de Ávila.

Como si fueran pocas las desgracias producidas por tantas revueltas, al año siguiente una epidemia afligió al país, y la heroica D.^a María de Molina, con el Rey, su hijo, visitaron los lugares más atacados por la enfermedad, repartiendo auxilios y consuelos; entonces pasaron algún tiempo en Ávila, y D. Fernando concedió, en 1302, un privilegio por el cual no sólo eximía á los arrendadores de heredades de la Catedral de la moneda y servicio, sino también de apsentadores, de embargos de acémilas y caballerías. Tan amplias franquicias fueron ratificadas en 1379.

Confirmó Fernando IV á la basílica de San Vicente todas las libertades, exenciones y privilegios que le habían concedido sus antecesores. Alfonso X dispuso que la renta que gozaba aquel venerando templo en Puebla del Campo y en Santiago de Arañuelo, desde tiempos de Fernando III, la cobrase Ximén Gómez, caballero de Ávila (año 1280). La confirmación que hizo el cuarto Fernando dice: «Porque la Iglesia de san vicente de abila es lugar muy ssancto e muy deboto en el qual nuestro sseñor muestra muchos milagros e faze muchas e muy grandes mercedes. Por rruegos e por amor de los bienaventurados martires san vicente sabina e cristeta e san pedro del barco cuyos cuerpos Yaçen soteerrados en la dha Iglesia tengo por bien e confirmo todas las franquezas e libertades que El rrey don alonso mi aguelo e El Rey don sancho mi padre ficieron a esta iglesia. E a ma por que Yo e gran debozion en este sancto lugar e confio berdaderamente que nuestro señor dios endereza las sus faziendas

a El su servizio por ruego de estos sanctos e por que dios perdone a el alma del Rey don sancho mi padre e aya piedad de mi. Y por que don jague dey davila mio gueped me lo pidió do les ocho mozos de coro». Está fechada en Medina del Campo á 2 de Mayo del año 1302 (1).

El comienzo del reinado de Fernando IV fué extraordinario y un tanto maravilloso para los judíos. Recordando las promesas de la venida del Mesías, tantas veces acariciadas como desvanecidas, se levantaron con título de precursores ó profetas en Ávila y Ayllón dos rabinos muy respetados en una y otra aljama por la austeridad de sus costumbres y por la dulzura de su palabra, siendo considerados como santos en casi todas las aljamas castellanas adonde había llegado noticia de su vida ejemplar y de sus ayunos y mortificaciones, con los que intentaban volver á la ley mosaica su primitiva pureza. Conocedores del prestigio que gozaban entre sus hermanos, tentaron aumentar la aureola de su fama y comenzaron á revelar cosas un tanto peregrinas y vedadas á la general penetración, y después de profetizar otras, no tan fáciles y cumplideras, acabaron por anunciar á los suyos el próximo fin del cautiverio, con la ambicionada venida del Mesías.

Fué maravilloso el efecto producido por sus predicaciones en las sinagogas rurales de Castilla, y concertados sin duda en secreto, anunciaban que la venida del Mesías tendría cumplimiento al expirar el cuarto mes de aquel año, ó sea el 30 de Abril de 1295 (5053 de L. C.); los judíos esperaban con penitencias, ayunos, limosnas, restituciones de hacienda y otras obras piadosas al suspirado Redentor, pero hecho todo con tan pacífico modo que sólo excitaron la curiosidad de los cristianos.

Llegado el día prescrito por los precursores, los judíos de los campos de Castilla se dirigían á sus sinagogas al amanecer.

(1) El original de esta confirmación se guarda en el archivo de la basílica de San Vicente de Ávila, y el trozo que insertamos le trae, al tratar de San Pedro del Barco, Luis Álvarez en sus *grandezas, antigüedad y nobleza del Barco de Ávila y su origen*. Ms. de la Biblioteca Nacional. En 4.º, sig. T. 254.

cer, esperando oír en breve la señal que anunciara al mundo la venida del Salvador.

Todos iban vestidos de blanco, según prescribía el Talmud para las principales festividades; pero en lugar de oír la misteriosa trompeta que señalaba la ansiada venida del Redentor, aparecía en los aires, ante los tabernáculos mosaicos, la figura de la cruz, y reflejándose en los muros de las sinagogas, estampábase en las blancas vestiduras de los judíos, atónitos y desconcertados con tan estupendo milagro.

Sospecharon los más que aquello era obra de Satanás, que lo había hecho por súplica de los cristianos, mientras algunos, tomando aquellas señales como aviso celeste, acudían á las iglesias cristianas pidiendo el bautismo.

Desautorizados por este suceso los rabinos, se esforzaban desesperadamente por afirmar la opinión de los primeros; pero, sin embargo, fueron muchos los que abrieron los ojos á la luz del Evangelio.

Tal es el suceso cuya narración nos dejaron famosos escritores por cuyas venas corrió sangre israelita, ó sea los célebres conversos Pablo de Santa María y Fr. Alonso de Espina, que consignaron aquel portentoso, el primero en su *Scrutinium Scripturarum* y el segundo en su *Fortalitium Fidei*.

La circunstancia de tratar estos escritores con gran exaltación todo lo referente á sus propios hermanos, quita no poco valor á la relación del milagro de las cruces; pero éste es un hecho que, acéptelo hoy ó no la crítica histórica, contribuyó poderosamente á señalar el primer año del reinado de Fernando IV como era de fatal augurio para la generación hebrea (1).

Varias veces reunió Cortes Fernando IV durante su reinado, y en las que convocó el año de 1305 en Medina del Campo figuran entre los que firmaron el ordenamiento otorgado á los concejos y lugares de sus Estados, el Obispo de Ávila

(1) He tomado el relato del milagro de las cruces de la obra del Sr. Amador de los Ríos, *Historia de los judíos en España y Portugal*, tomo II, libro II, cap. II, págs. 81 á 83.

D. Pedro Luxán, á quien el monarca concedió con la misma fecha un privilegio para que sus súbditos de Bonilla y de Valdecorneja no contribuyeran á la ciudad más que con dos mil maravedises al año.

Fernando IV, deseando continuar la reconquista, declaró la guerra á los moros granadinos, que, aprovechándose de los pasados disturbios, se habían apoderado de algunas plazas del territorio de Castilla.

Puso sitio y tomó á Gibraltar, y aunque luego cercó á Algeciras, no la rindió porque el de Granada solicitó la paz y le fué concedida en condiciones favorables para los cristianos.

Por comisión del Papa Clemente V se reunió el 28 de Octubre de 1310 el Concilio compostelano en Salamanca para juzgar á los templarios de aquella provincia, pues los de Castilla fueron juzgados en 1312 por el de Alcalá de Henares. Presidió el Concilio de Salamanca D. Rodrigo, Arzobispo de Santiago, y asistieron los Obispos de su archidiócesis, y entre ellos el de Ávila, D. Pedro Luxán. Recayó fallo absolutorio, como dos años después en el Concilio de Tarragona, pues conservaron sus virtudes por la guerra con los sarracenos; pero el Pontífice, en el Concilio general de Viena, decretó la extinción de aquella orden, que tan grandes servicios había prestado á la cristiandad.

Renovó poco después la guerra el Rey castellano y se dirigió á sitiar á Alcaudete, pero enfermó allí y se retiró á Jaén, donde el 7 de Septiembre de 1312 fué hallado muerto en el lecho, al cumplir el plazo de treinta días que le habían fijado para responder ante Dios de la injusticia con que los condenaba, dos hermanos, llamados los Carvajales, á quienes mandó despeñar cuando pasó por Martos, creyendo que eran los asesinos de un caballero muy estimado del Rey que hacía poco que había sido muerto en Palencia.

Poco más de un año tendría Alfonso XI cuando murió su padre Fernando IV, que le había dejado poco antes en Ávila para su crianza. Dividióse el reino en parcialidades, acaudilladas por los que aspiraban á la regencia, y cada uno por distintos caminos, alterando cuanto encontraron al paso, se

dirigieron á la ciudad de Ávila, que guardaba al Rey niño con la lealtad acostumbrada, con ánimo de apoderarse de la persona de Alfonso para dar más fuerza y autoridad á sus pretensiones. Vino D. Juan Núñez de Lara, particular enemigo de la dueña del Monarca, confiado en el llamamiento del avilés Garcí González; pero el obispo Sancho Blásquez Dávila, que en 1312 sucedió á Pedro Luxán en el gobierno de la diócesis abulense y que obraba de secreto acuerdo con la prudente D.^a María de Molina, á ruego de D.^a Betaza (1), que era la que criaba al Príncipe, se acogió con él y muchos que le eran adictos dentro de la inexpugnable Catedral; entre tanto, avisados de lo que ocurría por Diego Gómez de Castañeda, se acercaron á la ciudad D.^a Constanza, madre del Rey, y el Infante D. Pedro, su cuñado; pero no se les permitió entrar en Ávila y se hospedaron en el convento de San Francisco, que estaba extramuros de la población. Pretendía además la regencia el revoltoso Infante D. Juan, y como eran tantos los aspirantes al gobierno, se celebraron Cortes en Palencia para señalar tutor y terminar aquel conflicto; pero era muy difícil llegar á una avenencia entre los ya citados y los Infantes D. Felipe y D. Juan Manuel, que también querían ser tutores y gobernadores del Reino.

Cada pretendiente acudió al lugar donde estaban congregadas las Cortes con gran aparato de fuerza, y comprendiendo los prelados y procuradores la gran división que había en el Reino, para evitar una guerra civil, tomaron unos por tutor al Infante D. Pedro con su madre la Reina doña María, otros al Infante D. Juan con la Reina D.^a Constanza, y acordaron que cada cual ejerciese la tutoría y gobierno de las ciudades y pueblos que por ellos se hubiesen declarado ó se declarasen en adelante. Murió entre tanto en Sahagún D.^a Constanza, y el Infante D. Juan se concertó con don Pedro y D.^a María para que la crianza del Rey se encomendase á la Reina su abuela, que el Consejo real ó Chancillería acompañase al monarca, y que, fuera de los casos gra-

(1) Esta señora había sido traída de Portugal por la Reina D.^a Constanza, y descendía de los Emperadores de Grecia.

ves, ellos ejercerían jurisdicción en las ciudades y villas que les hubiesen elegido por tutores (1).

En virtud de este acuerdo, que firmaron en la casa-palacio que había en la dehesa de Palazuelos, á una legua de Ávila (1374), los habitantes de esta ciudad entregaron la persona del Rey á su abuela D.^a María de Molina, que se trasladó con él á Toro.

Refiere Colmenares (*Historia de Segovia*, cap. XXIV, párrafo I), que el Papa Clemente V había concedido á Fernando IV el tercio de los diezmos por tres años, y que aquel monarca siguió cobrándolos aun pasado el tiempo de la concesión, y que lo mismo hacían los tutores de su sucesor, con lo que dieron lugar á que el Pontífice pusiera entredicho en los reinos de Castilla. Preocupados los que se disputaban la tutela en robustecer su partido, no se cuidaron de la disposición de Clemente V, pero algunos prelados le suplicaron que se apiadase del pueblo que, sin culpa, padecía tan rigurosa pena. Sometió el Pontífice la causa, en 2 de Noviembre de 1313, á los Arzobispos de Santiago y Sevilla y á los Obispos de Burgos y Salamanca, que reunidos en Valladolid con el Arzobispo de Toledo y los demás Obispos del Reino, entre los que se hallaba Sancho Blázquez, de Avila, y los procuradores de los ausentes, por el mes de Junio de 1314 concluyeron la causa, y satisfechas las partes del daño, y recibidas fianzas de la Reina D.^a María y los tutores para más adelante, consiguieron del sucesor de Clemente V (que había fallecido en 20 de Abril de aquel año), que alzara del todo el entredicho. En las Cortes de Burgos (1315) se ratificó, con algunas pequeñas modificaciones, el acuerdo que el año anterior firmaron en Palazuelo los tutores (2).

(1) D. Modesto Lafuente, *Historia general de España*, parte segunda, libro III, cap. XI.

(2) Las Cortes de Burgos de 1315 se reunieron porque «las de Palencia de 1313 ordenaron que los tutores nombrados en ellas durante la minoridad de Alfonso XI las llamasen cada dos años, entre San Miguel y Todos los Santos; y si ellos no lo hacían, las convocasen los prelados y los consejeros del Rey, quedando obligados los tutores á venir, so pena de perder la tutoría; mas esto era una cautela propia del caso, y de ningún modo un ordenamiento general». Colmeiro, *Curso de Derecho político*, según la Historia de León y Castilla.

Á estas Cortes asistieron 194 procuradores, y entre ellos concurrieron los de Ávila y su tierra, que fueron: «Garcí Gonzalez e Ferran Blasquez e Gonzalo Gomez e Nunno Gomez e Blasco Munnon Ffide Esteuan Domingo e don Matheos e Ssancho Sanchez hermano de Nunno Gomez e Gonzalo Alvarez e Gomez Gil e Gonçalo Gonzalez Quexada e Johan Gomez Baylete e Ferran Sanchez Ffide Ssancho Crespo e Nunno Fernandez ffijo de Vasco Ssanchez e Ximen Nunno, ffijo de Ffortun García e don Matheos ffijo de Munno Mateos e Pero Ffernandez de Vargas»; todos ellos firman así el cuaderno de la Hermandad que los caballeros hijosdalgos y hombres buenos de los reinos de Castilla, Leon, Toledo y las Extremaduras hicieron para defenderse de los tuertos y daños que les causaren los tutores durante la menor edad de D. Alfonso XI, cuaderno que fué aprobado en las referidas Cortes de Burgos.

Muertos poco después los Infantes D. Juan y D. Pedro en guerra contra los moros (1319), logró D. Juan Manuel, por medio de Gonzalo Gómez y de Fernán Blásquez, hermano del Obispo y alcaide del Alcázar de Ávila, penetrar en la ciudad, y con su apoyo y el de la tierra de Madrid y Segovia, hacerse reconocer colega de D.^a María de Molina en la regencia del Reino, contra lo acordado en las Cortes de Palencia de 1313. Llevólo muy á mal el Infante D. Felipe, y pasando el Adaja al frente de escogida hueste, retó á su adversario, que se mantuvo atrincherado con séxtupla muchedumbre, y al retirarse D. Felipe, desfogó su cólera en los pueblos del dominio de D. Juan Manuel. Colmenares dice, refiriéndose á Segovia y su tierra (op. cit., cap. XXIV, párrafo III): «El Infante, irritado, corrió nuestras campiñas, molestando sus aldeas, destituídas de socorro; porque las escuadras de nuestra ciudad, Cuéllar, Sepúlveda y Coca estaban en Ávila con su rey».

Á su vez, D. Juan Manuel se vengaba estragando las villas y comarcas del Infante D. Felipe, mientras que D. Juan el Tuerto, á quien se adhirió D. Fernando de la Cerda, intrigaba en Castilla contra D. Juan Manuel, D. Felipe y la Reina D.^a María. Cada uno encaminaba las cosas á su pro-

vecho particular y gobernaba en las ciudades que le admitían como tutor; sólo la noble D.^a María de Molina, con su prudencia y excepcional talento, procuraba el bien público, evitando la ruina del Reino, devastado por las luchas y depredaciones de los distintos partidarios de los que se disputaban la tutela. Queriendo esta señora poner remedio á tan lamentable estado de cosas, convocó Cortes para Palencia, y cuando se disponía á asistir á ellas, enfermó gravemente en Valladolid, y sintiendo cercana su muerte, reunió á todos los caballeros y regidores de la ciudad, y para demostrarles la confianza que en ellos tenía, les encargó la guarda y educación del Rey, encareciéndoles que no le fiasen á nadie del mundo hasta que llegase á edad de gobernar por sí el Reino. Prometieron ellos corresponder con lealtad á aquella honra, y la Reina, después de recibir los Sacramentos de la Iglesia, pasó á gozar en la otra vida el premio de todas sus virtudes en Julio de 1321.

La muerte de la ilustre Reina, que tantos servicios había prestado á su patria, dejó en el mayor desamparo los Estados de su nieto, y tanto llegó á ser el desorden y tan deplorable la situación del Reino, que para poner término á la anarquía producida por las contiendas entre los que ejercían la tutela, cuando Alfonso XI llegó á los catorce años (1325), manifestó su propósito al concejo de Valladolid de encargarse del gobierno por sí mismo, y con este motivo convocó Cortes en aquella ciudad. Esta resolución no agradó á los Infantes tutores, que no querían desprenderse de su autoridad, pero obligados por la fuerza de las circunstancias, concurrieron á las Cortes de Valladolid, y en ellas renunciaron á la tutela reconociendo como único señor y Rey á Alfonso XI, á quien los prelados, nobles y procuradores que asistieron á aquellas Cortes reconocieron también como tal y declararon la mayor edad del monarca, que empezó á gobernar por sí.

El obispo de Ávila, Sancho Blásquez, por los servicios que prestara al Rey en su minoría, mereció ser su ayo y notario mayor. Este prelado amplió la Catedral con obras como el crucero, y construyó el monasterio de monjas bernardas ti-

tulado de Santa Ana, situado al Este de la ciudad, contiguo á la carretera de Madrid, en el que se refundieron luego otros cuatro más reducidos que seguían la misma regla en Ávila y su obispado; tales fueron el de San Millán, el de Santa Escolástica, el de San Clemente de Adaja y el de Higuera de las Dueñas. Dotó Sancho Blásquez la nueva fundación con rentas, y una de ellas dice Martín Carramolino (1) que fué la ya célebre en la tierra de Ávila llamada de *las quartillas*, que por concesión del concejo poseía el monasterio de San Clemente, y que consistía en la prestación anual de tres celemines de trigo con que contribuía el dueño de cada yunta de bueyes, mulas y otros animales de labor que hubiera en la ciudad y su tierra, que la creó Ávila para sostener decorosamente la casa de Alfonso VIII, cuando estuvo en ella durante su minoría, y faltando este destino se cedió á las monjas cistercienses de San Clemente de Adaja, y al refundirse éste con el de Santa Ana, siguió disfrutando el nuevo monasterio dicha renta desde 1331, y el Rey confirmó la raslación al año siguiente.

No tardaron mucho los antiguos tutores en conjurarse contra el joven Alfonso, buscando en Aragón y Portugal quien les auxiliase en sus desleales propósitos; pero el Rey castellano halló medios para desbaratar sus ambiciosos planes, y escarmentando con severidad á algunos, se amedrentaron los otros, y aun los más sediciosos se acogieron á la clemencia del justiciero monarca.

El concejo de Arévalo fué uno de los que pasaron á Valladolid en 1328, por mandato de Alfonso XI, con motivo de los excesos que habían cometido contra la Infanta doña Leonor, su hermana. Pero aún no habían concluído estas luchas civiles, cuando el Rey de Portugal, con cuya hija estaba casado el de Castilla, disgustado por las preferencias que éste dispensaba á la célebre D.^a Leonor de Guzmán, con menosprecio de la Reina, su esposa, á la que olvidaba por seguir á aquella dama, de la que tenía varios hijos, le declaró la guerra; pero una gran invasión de benimerines, acau-

(1) Op. cit., tomo II, cap. XIV, pág. 379.

dillados por el Rey de Fez, les hizo unirse para rechazar al enemigo común, que al principio derrotó una flota de los dos Reyes cristianos que se había equipado para impedir el desembarco de nuevas huestes africanas. En tanto que se preparaba una segunda escuadra, Alfonso XI, auxiliado por los Reyes de Portugal y Aragón, acudió en socorro de Tarifa, que la tenían cercada los benimerines y granadinos. Al saber los infieles la aproximación de los cristianos, salen á su encuentro con un número mucho mayor de combatientes, y á orillas del río Salado se libró la batalla, en la que llevaron la peor parte los de Granada y sus auxiliares los benimerines, que se vieron de repente atacados por los de Tarifa, que salieron de la plaza, quedando con esta operación el ejército infiel entre dos líneas enemigas, y sufriendo una derrota tan grande que se iguala en importancia á la de Calatañazor y las Navas de Tolosa, pues el vencido Rey de Fez volvió al África con los restos de sus huestes, y no volvieron á intentar más desembarcos en la Península. Fué esta batalla memorable el 30 de Octubre de 1340, y á ella asistieron los concejos con sus milicias, y el Rey, en premio de los servicios prestados, les confirmó muchos privilegios que les habían dado sus antecesores.

Mientras el monarca castellano, ayudado de los de Portugal y Aragón, combatía con los granadinos y sus auxiliares los benimerines, el año de 1335, se reunió en Salamanca el Concilio compostelano para tratar diversos asuntos eclesiásticos bajo la presidencia del Arzobispo de Santiago, y entre los prelados que asistieron se hallaba el de Ávila, Sancho Blásquez, y los de Coria, Egítania, Lamego, Plasencia, Zamora y los de Evora y Lisboa, por procuradores, y también otros que no pudieron acudir personalmente.

Deseando Alfonso XI sacar las mayores ventajas del triunfo conseguido á orillas del Salado, puso sitio á la importante plaza de Algeciras (1342), de la que se apoderó después de un largo y difícil asedio, auxiliado de la escuadra cristiana que tenía apostada para impedir que por mar llevasen socorro á los sitiados. Quiso más tarde el valeroso monarca castellano recobrar á Gibraltar que, conquistada por Fernan-

do IV, había vuelto á caer en poder de los sarracenos; pero se desarrolló una gran epidemia en el ejército sitiador y el esforzado Alfonso XI murió víctima de ella (1350), y los cristianos, llenos de luto y desolación, levantaron el cerco de la plaza.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.

(Continuará.)





Dijo irguiéndose ufano el delincuente:
—Lo asesiné á traición y á sangre fría.—
Y sin perder su horrible altanería
se sentó en el banquillo nuevamente.

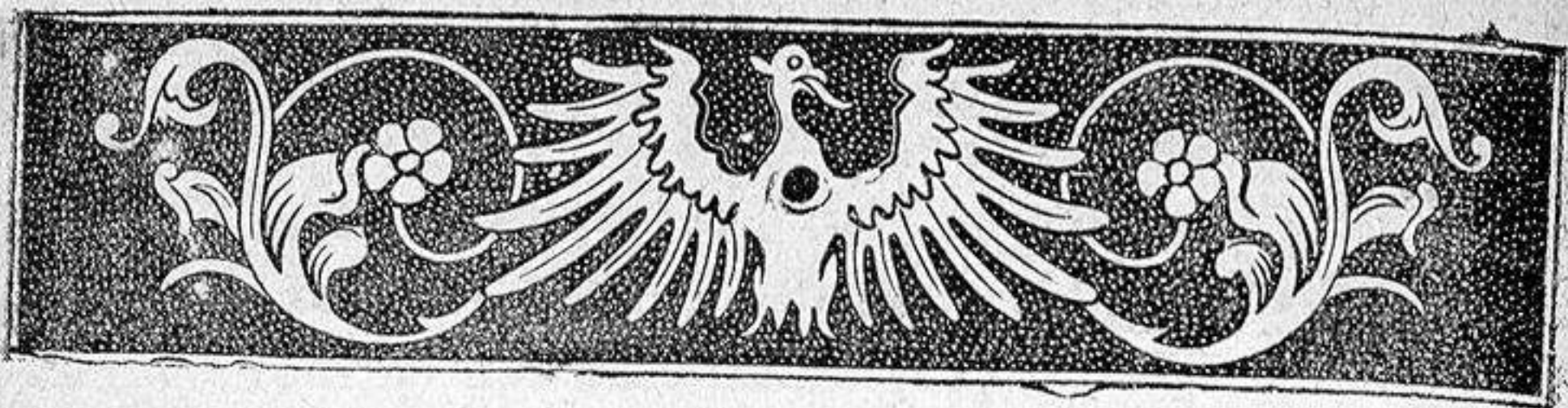
Triste y pálido el juez, que dócilmente
á la justicia humana obedecía,
la sentencia dictó con faz sombría
y temblando inclinó la augusta frente.

Y al ver al uno impávido, inmutable,
afrontar mis miradas de hito en hito,
y al otro hundir la frente venerable...

¡Ay! murmuré contrito.
¿El delito es la ley inapelable?
¿La ley es el delito?

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE.





DE «RE» CRÍTICA

Hace ya algunas noches que, encendido el cigarro, dado el primer sorbo en la taza de café, satisfecho, tendíme materialmente en una de las butacas de mi estudio, complaciéndome en ver cómo en el aire sostenían dulce lucha las azuladas espirales del humo del tabaco con las débiles nubecillas formadas por el vapor del café.

La verdad es que cuando café y tabaco gozan de la categoría de excelentes, hacen milagros; y cuando se hallan acompañados de una botella de legítimo cognac, hacen más milagros todavía.

Completamente feliz me hubiera conceptuado en aquel momento *histórico*, si el compromiso adquirido de juzgar la primera producción de un flamante escritor, amigo mío, no me atormentase en gran manera.

No sé si el aroma del tabaco, si el de los vapores del café, si mis frecuentes libaciones en la copa del cognac, ó si las tres cosas á la vez, hiciéronme caer en un agradabilísimo sopor, y es seguro me hubiera entregado en cuerpo y alma en los amorosos brazos del más dulce de los sueños, si, como atraído por el asunto de mi preocupación, no surgiere entre la espesa neblina de la atmósfera algo así como som-

bra que poco á poco iba tomando cuerpo, hasta convertirse en ser real y verdadero, que, sin previo permiso, arrastró con toda confianza otra butaca, se sentó delante de la mía y tendióme la diestra, preguntándome con cariño:

—¿Cómo estás? ¿Cómo lo pasas desde que dejé este mundo de escritores más ó menos ilustrados y de críticos menos ó más auténticos?

Quedéme atónito al contemplar frente á mí nada menos que á un huésped del otro mundo, á mi entrañable amigo el cultísimo periodista y erudito escritor Eduardo Pascual y Cuéllar; pero él, como siempre risueño y cariñoso, procuró tranquilizarme y prosiguió con dulzura:

—Fumemos un cigarro y vamos á echar un párrafo como en otros tiempos.

—Tu dirás—contesté yo, no del todo tranquilo, á tiempo que le presentaba abierta la petaca.

—Sé—me dijo Eduardo despuntando el cigarro y encendiéndole con calma—sé, repito, que, animado por unas cuantas alabanzas que la prensa ha dedicado á tu última producción, más ó menos viable, te has hinchado como sapo y, echándotelas de sabio, vas á esgrimir tus mal templadas armas en el campo de la crítica. ¡Desdichado! ¡Crítico!... ¡Crítico tú?... ¡Qué locura!... Olvidaste, sin duda, el sanísimo consejo de Marmontell... Para que la crítica—dijo—sea autorizada, respetable y útil, debe ser ejercida *únicamente* por los hombres expertos y acreditados por sus juiciosos escritos... ¡Crítico tú?... Permite que me ría... Claro es que si te empeñas te adjudicarás el título de tal como hacen otros muchos; pero yo te pregunto: en su caso, ¿á qué clase de críticos podrás tú pertenecer? ¿Al grupo de los críticos propiamente dicho, al de los... criticones, al de los criticuelos ó al de los criticastros?... Contesta ingenuamente.

—Al de los críticos... al de los críticos... propiamente dicho—contesté amostazado por aquella serie de interrogaciones sobrado inconvenientes.

Una sardónica carcajada dejó escapar Pascual... Después con gran calma arrojó al espacio una bocanada de humo y con el meñique separó la ceniza del cigarro.

Comprendí que con ello aludía á mi desplante altanero; pero no me di por entendido.

—Chico, dispensa—me dijo aún con la risa en los labios,—me había olvidado que eres sabio; eso no obstante, tu resolución me disgusta en alto grado. Juzgar un libro...

—¡Ahí es nada!... Mira—añadió tomando un aspecto verdaderamente serio—á pesar de tu sabiduría, debes presentar tus excusas al autor.

—Tal he pensado; pero es un compromiso...

—¿Ineludible? Pues le eludes.

—Es el caso...

—¿Que te va á proteger en la carrera? renuncia á tal protección.

—Y además, que el pobre chico me ha llamado distinguido... en su dedicatória...

—¿Distinguido? ¿Te ha llamado distinguido? Eso sí que lo ignoraba... y me convences... ¡Distinguido! sinónimo de *vulgar* en estos tiempos... ésa ya es categoría y me explico tu resolución. Pero, de todos modos, la cosa siempre es difícil, requiere condiciones, y aunque me enseñes las uñas y aun me arañes, lo prefiero á dejarte caer en el ridículo. Vamos á ver, y no te me subleves: ¿que entiendes tú por crítica literaria?

—¡Pero hombre!...

—¿Qué entiendes tú por crítica?...

—Pues entiendo que crítica—contesté yo con arrogancia, olvidando lo de la bocanada de humo y lo de la ceniza del cigarro—es... el arte de observar y calificar las bellezas y los defectos de las composiciones literarias... crítica es el ejercicio activo del sentido estético... crítica es, en una palabra, el ejercicio metódico y razonado del gusto literario.

—¡Muy bien! ¡Perfectamente!... Así lo dice Monlau; veo con gusto careces de idea propia, y ya esto es algo... Supongo que no habrás olvidado los principios generales que á fondo te precisa conocer... que continuarás siendo modesto, juicioso, severamente imparcial...

—¡Pero hombre!... ¿Por quién me tomas?

—Pues por un simple escritorcillo, cocinero literario, que

á pesar de tu sabiduría ignoras lo que pasa en tu cocina.

—¿Cómo?

—Con franqueza... mira, aquí estamos los dos solos... nadie nos oye... Yo... puede decirse que he sido tu maestro en estas cosas de Re literaria... hazte cuenta que hablas á tu confesor...

—¿Adónde vas á parar con todos esos misterios? — dije yo.

—A hacerte esta pregunta. Pero antes quiero enterarme si de alguien somos oídos...

Y esto diciendo, observó por todas partes, no sin cuidarse de ver si las puertas se hallaban bien cerradas.

—Mi pregunta es la siguiente—continuó Pascual.—¿Sabes de veras todo eso que te he dicho? ¿Reúnes todas esas condiciones de virtud?

—Sé todo eso; reúno esas virtudes y muchas más.

—Pues ahora que me convences de tus buenas cualidades modestas y literarias y demás dotes personales, te digo que todo eso lo debes olvidar á todo trance.

—No comprendo...

—Vamos á ver: ¿el autor de ese libro pertenece á la moderna escuela naturalista, ó bebe, por el contrario, en la romántica de los tiempos de Maricastaña? ¿Tiene humos de filósofo con escuela fija?...

—La verdad es que no estoy enterado de esas cosas.

—Pues te enteras y le combates desde luego en tu crítica, sean sus principios los que fueren. En vez de ocuparte de él, has de ocuparte de ti... echándolas por supuesto de modesto y diciendo sobre poco más ó menos: «Sin que pretenda yo meterme en honduras críticas acerca de la obra... tal... he de hacer algunos reparos que saltan á la vista, en el libro del señor Fulano», etc., etc., es decir... procura, más ó menos disimuladamente, envolver con el manto de la modestia el orgullo que habrá de darte tu superioridad de crítico sobre todo escritor ó escritorzuelo que no tuvo tantas pretensiones como tú. Demuestra eres hombre de alcances extraordinarios y erudito... sumamente erudito; mucha cita, venga ó no venga á colación...

—¿En latín? ¿En...

—Phis—me interrumpió Pascual, tapándome la boca.—
¿Sabes latín? ¡Desgraciado! No se lo digas á nadie, guárdate la noticia, y no seas bachiller... Guárdate esos conocimientos, como si se tratara de un secreto de familia. Las citas deberás hacerlas en francés y resultarás un crítico español á la *dernier usage*.

—Pero, hombre, si no conozco ese idioma...

—¿Eso qué importa? Alguna palabreja conocerás de oídas, y la colocas donde mejor te parezca.

—Pero...

—Ya sé lo que me vas á objetar: ¿qué tiene que ver todo eso con el libro?... ¿Ves cómo estás en mantillas respecto á achaques de críticas al uso? ¿Es persona influyente ese tu amigo?

—Él no, pero su padre sí.

—Bueno, hombre, no hay que apurarse. Voy á darte una fórmula excelente para resolver este y otros casos análogos que podrán presentártese en tu carrera de crítico pedestre...

—¿Pedestre?

—*Le nom ne fait rien à la chose*. ¿Ves cómo yo también soy erudito á la *dernier*? Pero vamos á mi fórmula. Tomarás un buen puñado de alabanzas, media docena de asomos de adulación de la familia de las disimuladas, un polvo de motas recolectadas en terreno de amor propio del propio cosechero; lo mezclas todo según arte en el crisol de la poca aprensión y, una vez sometido al fuego de tu egoísmo, obtendrás para el consumo de tu casa una buena ración de *caldo gordo*, y es probado.

—Hombre, eso es indigno...

—Por el contrario...

—¿Cómo?

—Digo que, por el contrario, si hubieras de ocuparte de la obra de un amigo, del cual nada puedas esperar, á éste, con mucha diplomacia, le pones como nuevo... y si se trata de persona para ti desconocida... á ésta la machacas, la deshaces, con ó sin razón.

—¡Por María Santísima!—contesté yo verdaderamente indignado.—Eso es muy infame.

—Pero, en cambio, es muy corriente. El libro de tu amigo pertenece á...

—Á la crítica...

—¿Cómo?...

—Se ocupa del estudio crítico-literario de una obra de nuestra edad de oro.

—¡Loado sea Dios! ¿Vas á ocuparte de una obra de crítica, ó lo que es lo mismo, vas á hacer una crítica de otra crítica?... No quiero ni pensarlo... En fin, adelante... ¿Esa obra es voluminosa?

—Así así... Aquí la tienes...

Eduardo tomó en sus manos el volumen, lo examinó desde la primera á la última de sus páginas con gran detenimiento, y después dijo, á tiempo de dejarlo otra vez sobre la mesa:

—Excelente papel... bonito tipo de letra... claro, hermoso... preciosas cabezas... artísticas titulares... y, sobre todo, elegantísimas cubiertas... Puedes tomar la pluma y comenzar desde luego la tarea.

—No he leído el libro todavía...

—¿Lo ves, alma de cántaro?... ¿Ves cómo eres más inocente que un cordero? Piensas que es indispensable leer un libro para poder criticarle. ¿Qué obra, por modesta que ella sea, no tiene su prólogo, más ó menos rimbombante, su índice de materias ó capítulos, su fe de erratas?... Esos ya son datos suficientes. Además, la crítica al vuelo ó de primera intención que habrá publicado algún periódico puede servirte de norma.

—Será lo que tú quieras... pero...

—Que el libro tenga ó no tenga tesis, trama, trascendencia, que esté bien ó mal escrito, eso debe tenerte sin cuidado; reúne buenas condiciones la edición, y aunque la obra sea mala y aunque tú trates de probarlo, ya verás cómo se vende... En fin, me separo del asunto... Dí, desde luego, que el libro tal es detestable... porque tiene fe de erratas, pero que debe leerse porque está bien editado... Conviene, venga

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
MENDOZA

ó no á cuento, citar algunas obras extranjeras y sus autores, ya antiguos, ya modernos, que corren de boca en boca entre los pocos lectores españoles que contamos.

—¿Y por qué acudir al extranjero cuando tenemos en casa modelos que estudiar y honrosísimos nombres que sacar á plaza?—contesté yo.—¿No sería mejor, como tú has dicho, traer á la colada aquel *Quijote*, aquella *Celstina*, aquel *Lázaro de Tormes*, aquel *Guzmán de Alfarache*, aquel *Gran Tacaño*, y con ellos los nombres ilustres de Cervantes, Rojas, Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Quevedo, etc.?

—¡Inocente, inocente!... Desde aquella época ha cambiado mucho el tiempo... Cita hoy esas cosas y esos seres... y cuanto ganes en fama de erudito trasnochado, lo perderás en consideración y popularidad... Nada, nada de citas de eminencias españolas... Otras son las corrientes, los aires soplan á la sazón de otro lado... Citas, citas extranjeras es lo que ha de hacerte falta... Ya sé yo, y sabes tú también, lo que vale esa pléyade de hombres insignes que honraron en Francia, Inglaterra y Alemania en todo tiempo la literatura universal, y tratándose de crítica española el eruditísimo hispanófilo contemporáneo James Fitzmaurice-Kelli; pero es injusto que algunos de nuestros ó, mejor, vuestros críticos releguen á esas eminencias españolas á casi completo olvido, dando de través sus méritos científicos ó literarios, por su pecado de haber nacido en España; esto, aunque es muy cierto, tienes que decirlo muy bajito, para que el público... ilustrado no se entere y te excomulgue por delito de lesa literatura. Nada, querido amigo, si quieres lanzarte á la carrera de la crítica, has de hacerlo siguiendo las corrientes de la época: si el escritor acertó en su libro, dale un palo por lo menos. ¿Que el hombre se equivocó? Claro que más palos debes darle. Que llevó á cabo su tarea con mejor intención que acierto: nada de consideraciones, le trituras sin piedad, y guarda mucho de citar lo mediano ó lo bueno que entre lo que juzgues malo puedas hallar en la obra criticada, pues en ese caso darías muestras de crítica debilidad, y es preciso ser duro, muy duro, no olvidando que cuanto más severo seas en tu crítica, tanto más te acredita-

rás de sabio, siquiera no alcances otro puesto en tu carrera de crítico que el que ocupa la última letra del alfabeto. Nada... déjate de patriotismo, de consideraciones á la amistad, etc., etc., como no resulte en tu provecho... Deja, pues...

Algo cruzó por mi mente que hizo enrojecer el rostro y exaltar mi espíritu al escuchar las últimas palabras de mi amigo...

—¡Vade retro, Satanás!—no pude menos de exclamar.—¡Aparta, sombra maléfica, espíritu de ángel malo, que no puedes ser alma del hombre caballeroso que en la tierra fué modelo de honradez, de bondad y de justicia. Allá en los antros ó en los mundos donde tú debes morar, se hallará la magistratura de la crítica en tal estado de perversión y de envilecimiento; pero aquí, en este mundo de los hombres, y muy particularmente en esta noble nación, no se ha constituido todavía, que yo sepa, un gremio de criticuelos con escritorillos de poco más ó menos que para nada sirven. No creo exista esa crítica arbitraria que acabas de indicarme, porque en ese caso habría de pensarse no era esa alta magistratura otra cosa que escaparate de necios y vertedero de malas pasiones; tal espíritu no puede aquí guiar á los sabios ilustres y prudentes escritores, encargados por derecho y por deber de censurar las obras literarias...

—Permíteme un momento, amigo mío—me interrumpió Pascual, á tiempo que arrojaba la punta del cigarro.—Hechas esas manifestaciones, ya podemos entendernos. Veo con gusto sales á la defensa de esos críticos de fuste, verdaderas entidades, colocadas tan altas que no pueden descender á tamañas pequeñeces y miserias; su fama no les permite inclinar la cerviz ni por nada ni por nadie. Hablaras claramente y te entendiera. Esos críticos ilustres, sabios y justos son, sí, los que merecen el respeto de todos los escritores grandes y pequeños, porque ni ofenden con sus correcciones ni molestan con sus consejos. En la prensa y en el libro cumplen su misión con alteza de miras y con verdadera imparcialidad, jamás caen en la perjudicial benignidad de Aristarco ni en la destemplada mordacidad de Zoilo. Águila podrás ser por lo altanero; pero no tienes sus alas y creo no

pretenderás alzar el vuelo para sin volar caer. «Por mucho que hayas aumentado tu sabiduría desde que yo pasé á mundos mejores, no creo que haya aumentado gran cosa tu autoridad literaria, para erigirte en jurado de producciones en que jamás probaste competencia. Los más de los buenos escritores no suelen llegar á buenos críticos; ¿por qué has de pretender tú, escritor de los más medianos, rayar á la altura de los sabios? Creí de buena fe que, advertido de esta circunstancia, ibas á constituirte en escritor criticuelo, y esto no podía tolerarlo. Huélgome si con mis palabras he logrado separarte de la espantosa sima donde ibas á precipitarte, y huélgome tanto más, cuanto que con ello mi espíritu habrá llevado á cabo una buena obra, y del *Limbo*, ya limpio de pecado, pasará á gozar de la gloria eterna...

Tal dijo mi amigo, y su cuerpo repentinamente se convirtió en sombra y su sombra se confundió con los vapores de la atmósfera cargada.

Quise llamarle, y me faltó la voz; quise extender los brazos para detenerle, y me faltaron fuerzas... abrí los ojos y los primeros rayos del sol los deslumbraron.

La luz del quinqué se apagaba en aquel momento mismo en que comenzaba á brillar la de mi inteligencia.

Hay sueños que merecen estudiarse detenidamente para seguir su consejo.

Yo he jurado desde entonces no caer en la debilidad de criticar de nada ni de nadie, ateniéndome á aquello de la fábula:

*Procure ser en todo lo posible
el que ha de corregir incorregible.*

JAVIER SORAVILLA.





CRÍTICA LITERARIA

MARÍA DEL CARMEN

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE D. JOSÉ FELIU CODINA,
ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL

(14 de Febrero).

Imagina el autor dramático un asunto, lo labora, lo distribuye en actos y escenas, vive é intima con los personajes, les presta la dicción, y después de llevarlos, ellos á él, ó él á ellos, á la catástrofe ó ameno desenlace, coloca la acción á mediados del siglo tal, en época moderna, en lugar inventado, ó en Jerusalén, *con vistas al mar*.

Feliu y Codina sigue inverso procedimiento: elige la región del drama, á ella se traslada, la estudia con amor y fe, se deja querer y agasajar de sus moradores, para así mejor conocerlos; inquiere sus costumbres, analiza sus pasiones, examina sus trajes, se asimila su lenguaje, explora sus creencias, los *cultiva*, en fin—como dicen ahora los hombres de ciencia,—surgiendo de ello por modo espontáneo, con arraigo en lo natural y un lujo de verdad, un argumento, que podemos ante todo calificar de étnico, marcando así su más saliente carácter.

Un riesgo ofrece el sistema: el de que la obra resulte más geográfica y descriptiva que dramática, que entre mejor en los dominios de la historia natural que en los del arte; en el presente caso, por virtud de la *fecundidad* propia del terreno en lo que á lo pasional se refiere, ayudada por el talento del autor, no ha, afortunadamente, acontecido. *María del Carmen* es pieza dramática donde quiera que se la ponga, aunque su centro se halle en la hermosa y encendida huerta de Murcia.

En ella, los rasgos que, al hablar de *Miel de la Alcarria*, señalé en Feliu y Codina, aparecen más marcados, como en la virilidad las líneas fisionómicas del púber; tanto es así, que me asalta el temor de la caída en el abuso, de que el arte degenerare en manera ú oficio, que el buen camino emprendido llegue á desviarle ó á trillarse demasiado bajo sus pies. Además, por tal sistema, aparecen dos públicos que hay que halagar, el de siempre y el regional, que mima antes y agradece después al autor dramático, colmándole de paternales caricias y generosas dádivas si, ocultando ó dorando defectos, ha hecho resaltar las virtudes y energías propias de la raza.

Después de haber apuntado esos bordes de precipicio para que no caiga en él mi buen amigo, ó esté, cuando menos, advertido por quien le quiere y le sigue con gozo en su ascenso literario, hablemos de la comedia nueva con mayor detalle.

No es *María del Carmen* su apropiado título, sino *Por María del Carmen*, que causa es la linda huertana de cuanto sucede, sin que sea, en rigor escénico, la protagonista ni el más estudiado tipo de los que lozan en el asunto. Pencho, por su tesón y fiera gallardía, es más personaje que su enamorada, y sobre todos brillara Javier si en él hubiera puesto su atención y su tiempo (con lo cual ganara muchísimo) el autor de la obra.

Porque, á decir verdad, ni el argumento es de los que aportan elementos á la solución del problema social, como hoy se pide al teatro en concepto de institución docente, ni dentro de las fórmulas antiguas cautiva por lo nuevo: de

amores contrariados, de galanes que, á tiempo ó á destiempo, interrumpen forzados casamientos, llena está la dramática, singularmente la que ha recibido los honores—no siempre honoríficos—del canto. «In questa casa, qui ti grida», dice el espectador versado al ver aparecer á Pencho, recordando análoga escena de *Lucía di Lammermoor*; la variación está en el ambiente, en el realismo, en la viveza local; trátase de un traje nuevo, rico en bordados, puesto á un amante antiguo; pero había un medio de modernizar la obra, sin que perdiera el sello tradicional y artístico de la de Feliu y Codina: el de hacer el estudio psíquico-patológico de Javier, colocándole en el foco del cuadro, ya que suya es la escena de remate, ya que lo grande, lo noble que sucede, á él, y sólo á él, es debido.

Un enfermo, no de amor, sino con amor; un protagonista endeble y decadente, no por propios ni heredados vicios, sino por azares de desafío; un análisis de relaciones, de máximos y mínimos entre lo morboso y lo álgido pasional, hubiese hecho de *María del Carmen* una obra maestra de nuestra escena, enlazando procedimientos, sumando bellezas de orden antiguo con curiosidades de índole moderna.

Aun así, aun contraviniendo en mi sentir en no pocos casos á lo que un estudio ético arrojaría, supuesta la condición patológica, la obra de Feliu atrae, encanta por sus muchos y bien ofrecidos primores.

La paz del acertadamente dispuesto primer acto, con el eremitorio y la poética petición de la misa de salud hecha por María del Carmen y Fuensanta con galanes trajes, alternando con los rugidos de odio entre los bandos del lado de acá y del lado de allá de la acequia; tipos como los del tío Pepuso, verdadero representante de la huerta, aunque relegado á segundo término; notas de color como el de las desembojaderas en los zarzos del gusano de seda; costumbres novelescas oportunamente utilizadas en el desarrollo del argumento, como el robo de la novia en la yegua *aljezana aparejía*, constituyen una atmósfera teatral que predispone al espectador llevándole en vilo al lugar de la acción, cuyos cabos coge con facilidad, merced á la franca presentación, no

sólo de los personajes, también del asunto que los congrega.

Drama de pasiones, agudas como las facas en que suelen hallar término, atrae é interesa cuanto interesar y atraer puede hoy un asunto *no egoísta*, sin más enlaces con el espectador que el afecto patriótico, el cariño á lo que desaparece y cierto parentesco de sentimientos y de proceder que ni la civilización ni la justicia objetiva han logrado desterrar de su pecho.

Los finales de acto son cada uno de por sí un encanto: el primero, con la aparición *muda* de Pencho, husmeando á sus enemigos, en pos de sus amores y abriendo las puertas del conflicto dramático; el segundo, con las palabras de Javier, el rival de Pencho, cerrando la puerta de su cárcel provisional, «No le salváis... Es mío... y esta noche le mato», y el tercero, impensado, lleno de nobleza, contrariando el anterior, en que Javier salva á Pencho y le hace don del objeto de su apasionamiento.

En éste hemos de insistir porque es la novedad del drama, la explicación del aplauso final epilogando los anteriores, y también, y muy principalmente, porque corrobora, de cumplidísima manera, cuanto en ocasiones anteriores dejamos anotado acerca de la dramática de Feliu y Codina.

En *Un libro viejo*, el amante de la esposa de su protector, en vez de encararse con él y de llevarle ó hacer que sea llevado al *campo del honor*, huye (cobardemente según algunos) y se sacrifica entendiendo el honor y el deber de honda á la vez que altísima manera; entra Angelita en el convento de Brihuega en *Miel de la Alcarria* para así defender el santo nombre de su madre contra la baba de mundanales lenguas y accede su novio al sacrificio, sin alardes de querer resolver el asunto á sangre y fuego, y en la presente comedia (así la llama el autor) «se aparta también de fachendosas convenciones de mal entendido caballerismo» (1), sustituyendo con un fraternal abrazo la insidiosa puñalada que ha estado amagando durante toda la representación de la obra.

(1) V. *Acontecimientos literarios*, 1895, pág. 79.

Lo corriente y por demás sabido en las tablas es que al amor, al cariño ó á la amistad patente y decantada de escena en escena, reemplace de improviso—por sorpresa de un secreto, por rotura de hilo teatral ó por explosión de ensordecidas vehemencias—el odio, el dolor ó la venganza. Pues bien, Feliú y Codina, en *María del Carmen*, ha vuelto la oración por pasiva: anuncia, apercibe, combina, amaga una contienda, feroz y sanguinaria, henchida de todos los rencores que entre sí se tienen los bandos de la huerta *por mor* de las tandas—no siempre cadenciosas—del riego, y excitado por la posesión de la flor de aquellos jardines, y cuando el encuentro es inminente, cuando la previsión de la sangre contrae los nervios del espectador, suena la voz hermosa del *sacrificio*, de ese diverso modo de entender el honor que desde los comienzos de su carrera dramática hemos señalado en Feliu, y los rivales se abrazan y se besan, y Javier—el protagonista, según mi modo de ver,—antes de entregar su cuerpo á la tierra y su alma á Dios, se despoja de sus odios, perdona á su matador y le entrega—al tiempo de franquearle la huída—la codiciada prenda de sus enfermizos amores.

Aunque el arte dramático empleado en la obra corresponde al género tradicional, siéntese la influencia de la sequedad moderna, sin recurrir á los escondrijos, quidproquós y subterfugios, asemejándose en esto á los dos primeros actos de *La Dolores*; cuando Pencho deshace ó corta el nudo dramático con la declaración de que fué él quien malhirió á Javier, realiza, además del humano, un acto artístico, pues descompone los juicios del espectador, que pensaba tener, como siempre, que arrastrar el secreto á voces hasta el final de la obra, guardándose el autor para amañar el desenlace; merced á tal sistema, la acción es fluída, sin trabas, ambages ni saltos en su curso, como río que sin presas ni derivaciones camina plenamente á la mar.

Hase criticado á Feliu—sobremanera con ocasión de la presente comedia—su falta de modernismo, la carencia de tesis, de fin social; por mi parte, abogando una vez más por la libertad del arte dramático é insistiendo en que cabe en él

cuanto sea vivo y humano, he de decir que, en punto á procedimientos, ya que no en el fondo, es el autor de *María del Carmen* moderno, hasta me atreveré á llamarle científico como pocos, tanto que llego á temer por el dominio de su observación sobre la imaginación, de su realismo sobre el simbolismo, de sus pormenores sobre las grandes síntesis.

Otro cargo se le ha dirigido, el de que su lenguaje no es castizo, de que no conoce bien el castellano: Feliu y Codina es catalán, se han dicho algunos; el nacido en el Principado no pierde el acento aunque viva cien años en la corte; luego el autor de *Un libro viejo* no se expresa con propiedad en el idioma de Cervantes.

No así razonaba Lope de Vega, no así D. Tomás de Iriarte en su obra *La señora mal criada*, ni son tales los dogmas de la filología comparada, ni comprueban la maliciosa suposición escritores como Capmany, Salvá, Piferrer, Coll y Vehí, verdaderos maestros en habla castellana.

Quien como Feliu ha demostrado sorprendentes facultades de adaptación lingüística, asimilándose en el breve tiempo que ha permanecido en la huerta murciana los giros, los vocablos, los refranes y el orden gramatical de sus habitantes, ¿ha de resistirse al conocimiento de idioma que ha debido aprender gramaticalmente, en el que como abogado ha de expresarse, como empleado público escribir, además del constante é íntimo trato que con los autores clásicos denota en todas sus obras?

Común, comunísimo es oír la conversación siguiente: —Dígame usted, ¿es bueno el profesor de inglés que tiene el hijo de usted?— ¡Ya lo creo! ¡Como que es de Londres; confundiendo la pronunciación con el análisis gramatical, y partiendo del supuesto de que un cochero madrileño ó un pinche de cocina son, por ende, excelentes profesores de gramática castellana.

En el lenguaje de Feliu y Codina hay algo raro que, no bien descifrado, da pie á las más diversas opiniones acerca del mismo; después de haberme fijado en él, me permito compararlo á una tela hecha por el sistema Jacquard: la masa del tejido es castellana, de buena clase por regla ge-

neral, pero lo saliente y abultado, lo que por sus colores ó realce salta á la vista—ó al oído,—hecho está con giros locales, con palabras nuevas, aunque vulgares en la región que describe, con golpes de expresión, tan bien traídos de ordinario, que es asombrosa la facilidad con que los actores se aprenden los papeles de las obras de Feliu, según he oído á la misma María Guerrero, y he podido observar en los ensayos de la presente obra.

Testimonio de las bellezas de la misma, de la fuerza pasional que encierra y de cuanto acerca de ella acabamos de anotar son los siguientes trozos de las escenas VIII y IX del acto segundo:

«*María.*—¡Muy contenta!... ¡Muy contenta, y aquí me tienes como aquel que yevan al suplicio, con las manillas puestas y el grillete... y en el rostro la vergüenza de la mala acción... y en el corazón el miedo y la agonía!... ¡Muy contenta, y en medio de este sol que resplandece en toa la huerta yo no veo la luz, y con este *resistero* que abrasa los campos, me siento arrecía de frío igual que si ya estuviera en la sepultura! ¡Y qué luz he de ver y qué calor he de sentir *si pierdo á aquel querer mío, zagal amante de mis pupilas y rey poderoso de mi voluntad!*

Pencho.—Pero güervo valiente. He pasao la mar queriendo tragarme las olas, y no bien desembarqué del jabeque y me fuí ayegando, ya vino á embravecirme la olor de los azahares que me traía el viento, y díjeme: ¡ya estoy en mi tierra! aquí donde me dejé mis derechos, mis amores, las esperanzas y la vida. Too eso vengo á recoger. ¡Si alguno ha puesto en ello mano, que me lo degüerva, porque si no, con el alma y con la gloria eterna se lo he de arrancar!

.....
Pencho (á Favier).—Tú eres el pordiosero despedido que á la postre hurtas er pan que mendigabas. Su amado soy yo, ¡aunque al oirlo te condenes! Porque soy er que la enseñé amores, murmurándoselos al oído, y soy er que

en su alma encendió la luz y er que penó por la palabriquia, guía dulce que da la vida.

Javier.—La que hoy te niega.

Pencho.—Y soy er que rondó su puerta y er que le cantó cantares y er que lucí en mi guitarra er lazo rumboso labrao por ella, y er que se prendió ar pecho los claveles de sus macetas y er que trasnochó á su reja y bebió su aliento y apretó su mano...

Javier (exaltado, furioso).—¡Oh, calla, calla!

Pencho.—Y er que lleva aquí (*señalando al pecho*) la Virgen del Carmen bordáa por ella, cubierta de besos de ella y con señales de lágrimas que por mí ha derramao ella...»

Esto no es ni el verdadero lenguaje del pueblo, como han creído algunos, ni castellano defectuoso, como han dicho otros: es, á mi entender y según expresé antes, bueno y correcto lenguaje espolvoreado con frases y dejes locales.

MELCHOR DE PALAU.





EL ÚLTIMO ESTUDIANTE ⁽¹⁾

Maldito si sentía Ambrosio pasión vehemente ni no vehementemente: era todo aquello hábil jugada, en que andaba comprometida su vanidad; pero fuérale nadie con semejantes afirmaciones á Antoñita. Y es indudable que, á juzgar por el texto de la carta, no conociendo el contexto del autor, cualquiera daría la razón á la enamorada muchacha. Lo escrito por Ambrosio, sin género de duda, antes que pensado parecía sentido.

Juzgándolo así, creció la afición de la muchacha; vió desde entonces un Ambrosio distinto del real y verdadero, embellecido notablemente por su imaginación fantaseadora.

Lo que le faltaba de inteligencia y memoria, sobrábale á Antoñita de imaginación.

Esta exuberancia imaginativa, que con buena dirección pudiera serle útil en alto grado, de todo punto abandonada, como fué, quizás llegara á serle perjudicial en grado sumo.

Diríase que sus ojos pequeños, insignificantes, no sabían abarcar la realidad con su mirada; en cambio, mirando su interior, cerrados los ojos en el silencio de su habitación, entretenía Antoñita horas enteras, abandonándose á los vue-

(1) Véase la página 100 de este tomo.

los de su imaginación delirante.....

Después veía lo exterior embellecido ó falseado, porque los ensueños de su facultad creadora adquirirían vida ilusoria en la misma realidad.

Estas singulares condiciones hacían de Antoñita un raro y curioso ejemplar de trasnochado romanticismo.

Contestó Antoñita en breves renglones á la carta de Ambrosio. Aplicando al caso presente una conocida regla de interpretación, podía decirse que en aquella carta el espíritu iba más allá que la letra.

Ambrosio escribió de nuevo; Antoñita contestó otra vez... luego ya se escribieron á diario cartas que rebosaban amor.

La exaltación romántica de Antoñita llegó al colmo. Pruébalo una carta cogida al acaso entre las varias que escribió á su novio, ya que por ventura he podido sorprender el paquete que con todas las que le escribió Antoñita guarda Ambrosio como oro en paño.

«Mi querido Ambrosio: Las satisfacciones más puras de mi vida, las más intensas y gratas satisfacciones experimenta el alma mía al recibir tus cartas, inspiradas en el sentimiento más acendrado del amor. Tu apasionado lenguaje, revelación clara de lo intenso de tu sentir, me asegura más y más que ha comenzado para nosotros un día de ventura en este mundo de desgracias.

»Son para mí tus cartas como el albor de un día claro, como el sonreír de una mañana en ese hermoso mes cantado por la poesía, y que es la poesía misma.

»En el oasis de la vida que comienza, seré yo para ti la rosa que, cuando acaba de brotar, luce airosa en el tallo, esperando los halagos y caricias de la brisa que la traiga consuelos, según el ardor de los solares rayos la produjo dolores. Lo que la brisa fresca y vivificante es á la rosa que luce en el tallo su hermosura, eso, eso, mi preciadísimo Ambrosio, serás tú para mí.

»Lo que yo siento por ti, Ambrosio, y que tengo la dicha de sentirlo, no acierto á expresarlo.

«Cesen frases entre nosotros, reconozcamos que la comunicación de nuestras almas y de nuestras vidas es el secreto de nuestra felicidad. Ya se vislumbra: quiera el cielo que la gocemos.

«Tuya,

ANTONIA.»

Hay en esta carta un verdadero *avance* de cita; es indudable, Antoñita iba muy lejos.

Preciso fué que no mucho después de escrito lo que antecede le pararan los pies; bien que, como luego se verá, lo hicieron por manera en extremo censurable.

XVIII

Referí atrás la mala voluntad que tenían á Ambrosio *Trucha* ciertos caballeritos vagabundos, fruta que en parte alguna escasea, de esos que pretenden formar vestidos á la última moda, con escrupuloso atildamiento, y exagerándola cuanto pueden; la *high life*, como se dice ahora.

Distinguíase entre los tales uno ya entrado en años, que gozaba entre ellos cierta superioridad que trascendía á jefatura.

No había seguido carrera, aunque sí lo había proyectado muchas veces, ni sabía poco, ni mucho, ni nada; pero había gastado, ó derrochado por mejor decir, un patrimonio regular, dándose vida de milord.

En un viaje á la corte perfeccionó sus gustos en cuanto al vestir; hízose en un sastre de cámara dos trajes, y éste era el secreto de su autoridad.

Vivía del juego, y como es consiguiente, tenía períodos de *alza* y de *baja*; pero había logrado introducirse en varias casas, y tenía repartidos todos los días de la semana, convidado á comer siempre en alguna. Cómodo, divertido y barato sistema, muy al uso en las grandes poblaciones.

Una de sus aficiones, la principal acaso, era á pollear, y como se creía *pollo* de buen tono, forjábase la ilusión de que

todas las mujeres se pirraban por él. Naturalmente, éste era el colmo de las ilusiones.

Decidióse á pretender á la hija menor del Excmo. señor D. Eleuterio Morenode Anzules, con ánimo de tomar estado.

Hay quien opina que se decidió á esto por sugerencias de su madre, viuda chismosa, que deseaba emparentar con los Moreno; y no falta quien crea que le movieron deseos de llegar á ser diputado y empleado en Madrid con destino importante por obra y gracia de su suegro. Si fué alguna de éstas la causa, ó el que le gustase Antoñita, ó la honra de decirse yerno de un exministro, que volvería á serlo cuando triunfase su partido, ó todas estas razones á un tiempo, es lo que ignoro; lo que sí sé, y se hizo bien público, es que el joven provento llevó más desdenes que pelos tenía en la cabeza. Y fué buen llevar de Dios.

Insistió él en sus pretensiones, paseándola reiteradas veces la calle, y ella insistió en sus desdenes cada vez más públicos y notorios. Escogía despechado el rival de Ambrosio las horas en que éste frecuentaba la calle para picarle, y ver si se descomponía é iba á él para entonces arreglarle con una *llave inglesa* que á prevención llevaba en el bolsillo.

Y sucedió, según él deseaba, que un día le insultó Ambrosio, y que él le correspondió, y que Ambrosio se fué á él, pero con tal vivacidad y tan por sorpresa, que no le dió tiempo para sacar la llave. Y él, que incitaba con la esperanza de satisfacer su despecho, fué pública y vergonzosamente abofeteado por su rival.

La noticia corrió por todo el pueblo; se alzó hasta las nubes la celebridad de Ambrosio, y el aprendiz de figurón, que nunca acertaría á pasar de cursilón y bellaco, tuvo que expiar su intemperancia guardando cama varios días. Pero no fué esto lo peor, sino que perdió desde entonces el prestigio que gozaba entre sus compinches.

Vencido en singular batalla el rival, restaba sólo al afortunado Ambrosio correr al espantapájaros, como él llamaba á un jovencito inexperto, hijo de un acaudalado propietario, que se había empeñado también en mirar á los cristales de la casa que habitaba el exministro.

El jovencito en cuestión, que aún no había pagado tributo de contribución al barbero, y que distaba de ello mucho, pues tenía trazas de barbilampiño, no buscaba sino un medio de exhibirse como hombre, y hombre de tono y de mundo.

Ilusiones de ilusiones.

El entrometido Arturito podía dar cualquier cosa buena por cambiarse con el *joven*, vamos al decir, abofeteado, porque éste, aunque llevase vergonzosas bofetadas, pero tenía siquiera dónde, lo que el otro ni eso siquiera tenía.

Estaba en esa indigesta edad, si vale el calificativo, en que se comienza á querer ser *pollo* ó á cambiar la pluma, y él, con ser un solemnísimo mequetrefe, dotado de la cualidad nada envidiable de ver las cosas del revés, creíase un hombrecillo hecho y derecho... y eso que á todas horas, como remilgada damisela, mirábase al espejo.

Á la sazón en que ocurrió lo que voy á referir, tenía Ambrosio diez y seis primaveras. Que le caía, como inventado para él, el dictado de *sietemesino*, ni que decir tiene; ateniéndome á muy autorizados informes puedo añadir que lo era...

Dió Ambrosio para despejar el campo, eliminando tan insignificante estorbo, en la más graciosa, original y oportuna salida.

Desafió á Arturito mandándole dos padrinos para que se pusiesen de acuerdo con él en cuanto al sitio, día, hora y armas. Obrando generosamente, dejó Ambrosio todo esto al arbitrio de su rival. Lo cariacontecido, lo asustado que se puso éste no es para dicho: ni cenó aquella noche, ni cerró el ojo en toda ella, ni al siguiente día comió, porque al siguiente día por la tarde, según acuerdo de los padrinos, á que asintió á viva fuerza Arturito, se celebraría el duelo en un apartado lugar del Pedroso, muy próximo á la *Selva negra*. Acordaron también que fuese á pistola, porque el sable y la espada en su vida los había cogido Arturito, y aunque es verdad que la pistola tampoco, pero en fin, había disparado al blanco, y hay analogía, con una escopetita de salón.

Ello es que llegaron el día, la tarde y la hora señalados: con puntualidad acudieron los dos rivales y cuatro padrinos,

á razón de dos padrinos por barba. Los padrinos de Arturito eran, por supuesto, amigos de Ambrosio, y estaban con él en connivencia: Pedro y Dionisio eran los padrinos suyos.

Arturito—pobre majadero—no hubiese aparecido á no llevarle por el brazo cada uno de sus padrinos, hablándole socarronamente de su honor, que quedaba malparado si en el campo no mostraba valor y firmeza de varón, abandonando aquellos temores propios de niño á quien se asusta con el *coco*. Y aun después de estar en el campo, y á pesar de semejantes excitaciones, diérase á la fuga Arturito si tuviera fuerzas, que le faltaban por la debilidad del ayuno. Resultado del cual, estaba el pobre muchacho que parecía un espectro.

Llegó el momento terrible: los dos adversarios colocáronse en sus respectivas posiciones, y tal turbación entró á Arturito, que le corrían por la frente gruesas gotas de sudor.

Cargada de antemano por los padrinos la pistola, le fué entregada al rapaz, y como con el miedo no veía y no acertaba á apuntar, sus padrinos tuvieron que dirigirle el brazo. Sonó una detonación... Ambrosio cayó herido: quedó todo aquel lugar regado en sangre. Tal terror embargó el alma de Arturito, que corrió como un desesperado, sacando fuerzas de flaqueza, hasta llegar á su casa.....

En tanto, los cuatro padrinos y Ambrosio quedaban riéndose del cuitado Arturito á mandíbula batiente. Porque Ambrosio llevaba colocada hábilmente una vejiga que pinchó agujereándola á tiempo que sonaba la detonación de la pistola, cargada con pólvora solamente—pero eso sí, hasta la boca,—y la sangre que el otro infeliz vió toda la noche en sueños aterradores, era vino del Rivero de Avia, por más señas, mezclado con agua, para mayor claridad.

El lance se contó en todos lados: con comentarios sabrosos entre la gente escolar, con censuras al ya celeberrimo Ambrosio entre la sesuda, por jugar poco caritativamente con la imbecilidad.

Ni faltó quien creyese que todo lo referido era bola, juzgándolo inverosímil.

Para defender lo referido de la nota de inverosímil, diré que aún vive, y puede dar de ello testimonio, quien fué en lance igual protagonista.

Merece saberse que Arturito tuvo fiebre, y que fué preciso, para que hallase tranquilidad, que Ambrosio le visitase, asegurándole, con la mayor formalidad del mundo, que no había sido de gravedad la herida, y que ya estaba sano.

La broma aquella, aunque le produjo ansias de muerte, le dió la vida al infeliz Arturito, porque desde entonces dejó por su ventura de ser entrometido, y movido á compasión Ambrosio, no volvió á tomarle como motivo de burlas.

En esto, como en otras cosas, dió Ambrosio la pauta, por lo que Arturito dejó de ser objeto constante de bromas depreciativas. No hay mal que por bien no venga.

XIX

Entró á servir en calidad de doncella de labor—y como doncella *de labor* pocas la ganarían—en casa de los excelentísimos señores de Moreno una de las vecinas de Felisa, la segunda de las costureras, llamada Josefa.

La labor aquel año escaseaba, y como era el único medio de subsistencia para las tres hermanas, preciso fué que alguna se aviniese á trabajar á domicilio.

Tocóle en suerte á Pepita que, vagando de casa en casa, fué un día á la de los Morenos, donde agradaron sus buenos oficios y la hicieron proposiciones, que ella aceptó, de quedarse á servir. Pidieron informes á la chismosa viuda, madre del joven abofeteado, y ésta, fija la mente en miras ulteriores, dió informes inmejorables. Pepita quedóle agradecida y obligada.

El propósito de la viuda de Torrera, deseosa de vengar á su hijo, todavía convaleciente, no fué otro que, por medio de Pepita, hacer llegar alguna carta de Ambrosio á manos de la señora de Moreno, stratagemata de seguro éxito y fácil realización, que da idea cabal de la torcida y vengativa condición de la viuda.

Enterada la nueva sirvienta de los señores de Moreno, no sólo se avino sin dificultad á desempeñar tan poco lucido papel, sino que mostró en ello mucho gusto, porque no se había olvidado de que, cuando las visitas de Ambrosio á Felisa, tenía puestos en él sus ojos y sus esperanzas su hermana mayor que, cuando se alejó de allí el estudiante sin concederle una mirada (á ella tan ponderada y conocida entre los galanes frecuentadores de los lugares aquellos), trocó sus deseos y sus esperanzas en manifiesta inquina. Podía servir, pues, á un tiempo á la viuda de Torrera y á su hermana, rabiosas enemigas de Ambrosio. Dios nos libre de enemistades con faldas; son las peores.

.....

De todo en todo se realizó el plan de la viuda. La señora de Moreno se encontró un día sobre su mesa una carta para su hija: varios motivos habían inducido á la madre de Antoñita á sospechar lo que por otra parte no podía creer. Aquella carta, que abrió, no sin alarma, confirmó sus sospechas y la puso fuera de sí.

¡Y buena fué la gresca que se armó en aquella excelentísima morada! Porque tan alto como la incomodidad de la madre frisó la del padre, y aquélla la arañó, y éste, ahuecando la voz, amenazó á su hija con tomar medidas coercitivas, mientras que su hermana hizo burla del novio con sus palabras y actitudes.

Resultado final de las burlas, amenazas y arañazos fué un síncope, el más largo que había tenido Antoñita en su vida.

Y cuenta que no fué corto el que le dió á la muerte de su abuelo materno, señor muy aficionado á regalarle golosinas.

En vista de la duración del síncope, el padre llegó á temer, la madre á recelar y la hermana á llorar asustada.

Y el padre comenzó á culpar á la madre, y ésta á él; ella poniéndole de mal padre y peor marido; él tachándola, revuelta toda su bilis, de mala mujer y peor madre.

Hubieran llegado quizás á vías de hecho, si no se interpusiese la hermana mayor y no llegase el médico, urgentemente avisado.

Alguien me argüirá que todo esto es poco verosímil, y aun pensará que me permito falsear la historia, fundándose, para creerlo, en que tan bajos procederes no convienen á tan principales personas; pero párese mientes en que el aparato de elevación y grandeza de aquellos excelentísimos señores era postizo, y no suponía modo de ser y de obrar que estuviese con ello en consonancia.

XX

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ACADEMICO BANCALONÉS

Después que se hubieron sosegado marido y mujer, pasadas algunas horas de la brusca arremetida, tranquilos ya porque el médico no dió á lo de Antoñita la menor importancia, conversaron largo y tendido, como verá el que leyere.

—Es preciso, Eleuterio, tratar con benevolencia á esta niña; si no, como es tan delicada y sensible... ya ves lo que pasa.

—Aplicate el cuento.

—Ya se ve que sí; pero tú, por tu parte, no lo olvides.

—Si insistiese la niña en esos amores—y yo espero que llegue á comprender que su posición le obliga á lo contrario, escuchando nuestros consejos,—si insistiese, digo, sería preciso alejarla de aquí por aquello de que

«Ausencias causan olvido.»

—Nuestro proceder de hoy, Eleuterio, ha sido verdaderamente desgraciado.

—Tienes razón que te sobra; debemos ganar el corazón de Antoñita y hacerla bien guiada, para que su boda con el marqués llegue á ser un hecho. ¡Triste cosa sería que queriendo él, logrado lo más, por capricho de la favorecida, se destruyese tan ventajoso enlace! Se nos entra por las puertas un buen novio, ¿y sólo por caprichitos infantiles hemos de echarlo á puntapiés? ¡Tendría bemoles!

—La verdad es que me hace gracia, Eleuterio, verte á ti,

enemigo de toda aristocracia, pretender, y con tanto ahinco, un marqués para tu hija... A pares quizás los hubieses encontrado si te hubieses hecho conservador, y más flamantes de seguro.

—¡Vaya una porfía! Pues pasan de doscientas las veces que te llevo dicho que para las ascensiones rápidas en la política no hay como los partidos extremos...

—¡Bah! Dejemos eso, que poco me importa y menos entiendo, y hablemos de lo otro, de lo que sí me interesa; á veces se me ocurre que será mal proceder el nuestro si imponemos como marido á nuestra hija el marqués, caso de que ella continúe oponiéndose; y por otra parte, yo veo que tú andas siempre con la libertad á vueltas.

—Mujer, déjate de filosofías, que no has nacido para eso: ¿qué tendrán que ver las teorías que yo profeso con lo que deba hacer en la práctica, y claro está que en la práctica debo hacer lo que á nuestra hija le convenga?

—Pues también sobre la conveniencia de semejante enlace se me ocurren varias dudas. El marqués la quiere ó la pretende porque está más tronado que arpa vieja y cree que somos ricos nosotros: ¿qué hará el día que se encuentre soberanamente chasqueado?

—Es que no llegará ese caso.

Y á tiempo que esto decía D. Eleuterio, siempre optimista, y se sonreía su mujer esperanzada, entró el criado con un telegrama. Era del jefe de su partido y anunciábale la proximidad de una *crisis* en que contaba con grandes probabilidades de entrar á formar ministerio.

Terminaba encargando á D. Eleuterio que se trasladase inmediatamente á Madrid. D. Eleuterio, lleno de animación el semblante y con sonrisa de triunfo, dijo, enseñándole el telegrama á su mujer:

—Aquí tienes la prueba de lo que afirmé.

.....

Sin duda se había propuesto la señora de Moreno manifestar todas sus dudas, para verse libre de ellas. El caso es que, más impresionada por sus cavilaciones y temores que por la grata nueva, añadió todavía:

—¿Y si ese marqués se pasase buena vida á costa de su mujer y se la diese mala?

—Déjame de cuentos; eso no es verosímil, y si con tales desconfianzas has de vivir en el mundo, más vale que te metas con tus hijas bajo un fanal... Seremos poder... alégrate de la buena nueva, y no acibares con cavilaciones infundadas satisfacción tan legítima.

Y puesta ya en pie para retirarse, murmuró aún la madre de Antoñita:

—Dicen que las bodas hechas por interés...

—¡Bah, bah!—interrumpióle su marido.—Déjate de qui-jotismos... Pasado mañana saldré para Madrid... Seremos poder... Ve preparando el equipaje. Vosotras marcharéis después; tengo que buscar casa, ponerla... Vaya, es ya tarde. Buenas noches.

.....
.....

Los lectores del diálogo que antecede no tienen el gusto de conocer al marqués en cuestión, que lo era de su apellido. Debo hacer, pues, la presentación.

Hijo de un industrial (primer marqués), afortunadísimo la mayor parte de su vida, tronadísimo al fin, llevaba el título á guisa de anzuelo con que pescar fortuna, de que carecía. No demostraba en esto torpeza ni tampoco en el afán de ocultar su condición bajo formales apariencias, que le valían simpatías entre las gentes que juzgan por superficialidades. Pero es sabido que el hábito no hace al monje, apotegma indudable, demostrado en todos los tiempos por una raza: la raza farisaica.

El segundo marqués, de su apellido, usaba hábito, mas no acertaba á encubrir, librándose de miradas expertas, la poca bondad de su alma.

Todo su valer era mera apariencia, como en esos edificios modernos de lujosa fachada y pobrísimo fondo.

Ni eran mejores sus costumbres que su condición, pues reunía al carácter desigual y diabólico desordenados hábitos de calavera.

Si otros rasgos no dibujasen harto bien el modo de ser

del exministro D. Eleuterio, bastara á demostrar que era malísimo bicho el hecho de pretender para su hija muchacho semejante.

El desenlace en unión tal sería que ella antes de mucho tiempo se viese obligada á interponer demanda de divorcio. ¡Tal y tan bueno era el candidato oficial á novio de Antoñita! Y cierto que la pobre muchacha merecía lo mejor.

Pensaba sin duda el exministro que las costumbres del marqués cambiarían, lo cual no es difícil cuando no han adquirido arraigo, caso que entonces no se daba, y creía asimismo que mudaría de condición, en lo cual se engañaba, juzgando por la mera apariencia y por el pulimento externo, lo que este pulimento y aquella apariencia ocultaban por manera habilidosa.

Cualquier padre honrado haría en este caso todo lo contrario de lo que hacía el padre de Antoñita; pero el número de los honrados, y más si la vanidad se cruza por medio, como si la felicidad, que no transita esos caminos, no debiera sobreponerse á todo, es asaz escaso.

Dijo el sabio que *stultorum infinitus est numerus*, y apuesto á que si hubiese hablado de la honradez no saldría mejor librada que la discreción.

XXI

Siempre delicada Antoñita, no había tenido nunca, sin embargo, enfermedad que inspirase serios cuidados.

Pero su naturaleza era muy pobre, y el menor percance ó contratiempo que afectase á su salud podía poner ésta en riesgo grave.

Extraordinariamente sensible, el desasosiego de su alma, resultado de la borrascosa escena que siguió al descubrimiento de sus amores, trascendió á su cuerpo muy luego. Al decaimiento en lo moral correspondió la postración en lo físico: Antoñita cayó en cama con calentura; el mal, desde los primeros momentos, reveló síntomas de gravedad,

que alarmaron al médico y sobrecogieron y llenaron de temor á la familia.

En la oscuridad y el retiro que, como á las aves nocturnas, agradábanle en tan aflictiva situación, su imaginación, que en días de ventura le multiplicaba los goces, aumentaba los motivos de infortunio.

Contínuamente desvelada, rodeábanla siempre fantasmas de trazas singularmente extrañas y de terrible sino, que llegaba á juzgar dotadas de existencia real y que veía y palpaba para mayor tormento.

Á las altas horas de la noche, si lograba por un momento conciliar el sueño, no era para encontrar el indispensable reposo, sino ora para ver, desde el fondo de una cárcel húmeda y oscura y sujeta con cadenas por el delito de amar, á su Ambrosio, allá en lo alto, ceñido de su brillante aureola mandándole dulces y tiernas miradas, inapreciables efusiones de su amor, ora para en el más horrible de los desengaños, ver que, confundido Ambrosio entre la *turba multa* de gentes vulgares, la señalaba con el dedo como víctima suya, y consumaba su inicua obra añadiendo á las burlas de la multitud sonrisas despreciativas.

Extrañas inverosímiles visiones que agitaban y hacían delirar á la pobre enferma.

Al menor ruido, de los mil que es imposible evitar, su ligero sueño se interrumpía y su cuerpo, extenuado por la vigilia, temblaba con sacudidas nerviosas, porque su sensibilidad estaba punto menos excitada que su imaginación.

Resultado de aquel trastorno, de aquella lucha en que se gastaban sus facultades, de suyo débiles; consecuencia de aquel malestar moral, que trascendió á su cuerpo bien pronto, fué la fiebre; fiebre lenta, pero dolorosa, mortal. Sus facciones, siempre huesosas, lo eran mucho más entonces; su color tornóse blanco, pero de un blanco gastado, sucio, que contrastaba con la blancura de nieve de la fina y bien mullida almohada en que reposaba su cabeza. Estaban metidos como en dos nichos sus ojos, rodeados del negror amaratado de sus ojeras, único matiz oscuro en aquel rostro en que tantos estragos causó el mal.

En toda la casa se oían tristes ruidos; quejidos, suspiros, llanto, el cortejo de la muerte, tan triste como la muerte misma, que se cernía implacable sobre aquella morada...

Santiago tiene fama por sus médicos, y fama bien adquirida, no como tantas otras que labra el capricho de los hombres.

La escuela de Fonseca es una de las primeras de España. Todos los médicos reputados concurrieron desde luego, más de uno avisado con urgencia por hallarse fuera de la ciudad, merced á casos análogos, y todos convinieron en el diagnóstico y dieron por bueno el pronóstico del médico de cabecera.

Resultado también del parecer general fué que éste confirmase las vehementísimas sospechas que atormentaban á la desconsolada familia.

Después de enterar á su padre del grave peligro en que se hallaba la enferma, insinuóle el médico, no sin cierta desconfianza, que sería conveniente, salvo mejor parecer, prestarle sin demora los auxilios espirituales.

Dió orden D. Eleuterio para que se avisase un confesor inmediatamente, y fué la viuda de Torrera que, según dijo, estaba allí *para todo*, quien con la mantilla á medio poner corrió antes que nadie al convento de San Francisco, de donde trajo por la posta á un padre ya anciano, que contaba en el pueblo generales simpatías; el padre Servando. Hábríalos entre los dignísimos de aquel convento que le superasen en saber: ninguno le aventajaba en bondad.

.....

El padre Servando fué introducido en el cuarto de Antoñita por el Excmo. Sr. D. Eleuterio Moreno de Anzules, ex-ministro perseguidor de comunidades religiosas...

—Antoñita, hija mía, aquí viene á visitarte el padre Servando: anímale gran interés por que te pongas buena; desea que te dejes de cavilaciones, para que halles en la tranquili-

dad moral, reconciliándote con Dios, si alguna culpa tienes, bienestar y reposo que para sanar necesitas.

El reverendo padre Servando miró con señales de admiración al personaje, que sólo conocía por los hechos, demasiado sabidos, de su vida pública pasada.

Comprendió sin dificultad el austero franciscano que á la pena de padre se aunaban en el corazón de D. Eleuterio los remordimientos de su conciencia.

Cuando el padre de la enferma dejó á su hija con el confesor, dirigióle éste palabras llenas de caritativo ardor y fervoroso celo.

—Nuestro Señor, en sus altos designios, me manda á confortar á usted en su mal, á dar firmeza y aliento á su espíritu. ¿Quién sabe si Dios querrá emplear en usted su gracia, devolviendo á su cuerpo la salud, según quiere emplearla para dar á su alma verdadera vida? Nuestro paso por este mundo es breve: al más sano sorpréndele en la hora menos pensada la muerte; quizás sana el más enfermo; por eso el enfermo y el sano deben vivir siempre en gracia de Dios. No se alarme usted, pues, si vengo á confesarla; no por eso se le ha de acercar á usted su última hora... ¡Tantas veces sucede lo contrario!

El padre Servando se inclinó y comenzó la confesión de la enferma; en el alma de Antoñita no había maldad; su piedad sí pecaba de poco fervorosa; el poco fervor de su alma era platónico, no activo.

Nunca se le ocurrió dudar de lo que la Iglesia nos manda creer, pero no pensaba en ello. No había atentado con sus actos contra los deberes de cristiana... quizás porque su ángel custodio había cuidado de esquivar la ocasión.

Pero al sentir aumentarse el malestar de su cuerpo y los desfallecimientos de su alma, al prever en los momentos de dolor que se acercaba el fin de su existencia, aquella imaginación viva interrogó á la muerte por el *más allá*, y fué resultado de la visión que presentó ante sus ojos la fantasía exaltada pensar en sus obras, fijarse en sus culpas, hacer, en fin, rápido examen de conciencia.

Sintió el dolor de corazón al oír las palabras del reveren-

do franciscano; le miró con los ojos fijos, admirada de tanta virtud, ella que había vivido lejos de toda virtud en el mundo. Á la vista de aquel hombre admirable recordó haber leído casualmente la historia del transverberado fundador de la orden franciscana, figura hermosa, cuya austera virtud y milagrosa existencia juzgaba imposible: fué entonces cuando se desvaneció su yerro, y se ofreció á su imaginación exaltada el contraste que forman la ligereza y liviandad de la vida del mundo, y la pureza y profundidad de la vida del claustro.

Cuando concluyó la confesión, la pobre enferma lloraba como una Magdalena; el padre Servando le dirigió breves pero dulcísimas frases; no pudo ocultar dos gruesas lágrimas que rodaban también por sus mejillas.

¡Qué encontrados sentimientos de caridad, compasión y tristeza por las desdichas mundanales, que tocaba y remediaba en algo, inspiraban aquellas lágrimas, muestra de dolor profundísimo!

El mal de Antoñita desde aquel día pasó por una nueva faz: intranquila, agitada hasta entonces, como si los dolores del cuerpo correspondiesen á las turbaciones del alma, sintió que se calmaban sus dolores y que cesaban las mortales angustias, las incesantes congojas que hasta entonces tanto la habían atormentado.

La tranquilidad que embargaba su alma resplandecía en su rostro, dulcificado por inocente sonrisa, suave matiz de la resignación.

Pero ni un momento pudo aquella angustiada familia columbrar risueña esperanza: el pronóstico del médico continuó siendo el mismo, y no sé si por desgracia ó por fortuna (para ella, piadosamente pensando, por fortuna, y para sus padres, por desgracia), el pronóstico no resultó fallido.

El mal continuó varios días, sin que abandonaran ni un momento á la enferma los síntomas fatales. La agonía fué larga, pero no molesta.

Y la misma tranquilidad que tuvo en aquel período último de su mal, no la abandonó en el tránsito de esta vida á otra vida mejor.

Las últimas palabras que pronunció fueron las de la salutación angélica: murió con el dulce nombre de María en los labios.

Este caso, como tantos otros, demostró la impotencia de la medicina: aunque alópatas y homeópatas anduvieron conformes en que era causa de aquel mal lo que origina todos en opinión de los segundos, el resultado de la alteración del principio que dirige las funciones vitales del organismo, ni unos ni otros acertaron en el empleo de remedios.

Por eso, al bajar las escaleras de la casa después del desgraciado suceso, el médico de cabecera, con ceño adusto, impropio de su profesión, iba murmurando entre dientes:

«Metido á curar, el mismo Esculapio, con toda su divinidad, haría barrabasadas... Es gaje del oficio.»

XXII

La tertulia de la señora Teresa, desde que Ambrosio dejó de ir, se redujo á ellas y á su lejano pariente D. Gregorio Malvás, lo que á éste agradaba sobremanera, porque, á fuer de exclusivista, gustábale estar siempre en el uso de la palabra.

Cuando tenía suspenso al exiguo auditorio, escuchando el cuento ó la historia que daba pábulo á su discurso, rebo-saba en júbilo su pecho.

Sucedía á veces que escuchando alguna relación interminable y no de subido interés, caso frecuente, sorprendía el sueño, bien á pesar suyo, á la valetudinaria señora Teresa: no por esto suspendía D. Gregorio, por el contrario, continuaba impávido después de encogerse de hombros y murmurar: «Cosas de la vejez».

No sucedería así si Felisa se durmiese, caso que no se daba nunca, porque bastaba que se levantase á despachar á cualquier comprador ó compradora para que él suspendiese

su relación hasta que Felisa volvía á colocarse en actitud de atender.

Y Felisa atendía de muy buen grado; porque, aunque no fuese muy interesante lo que contaba D. Gregorio, ni era vulgar el decir de éste, ni cansado é inoportuno, todo lo contrario, bien que careciese de superior ilustración, pero no le faltaba mediana cultura: había tenido tino en escoger las lecturas que le fueran más convenientes y acertado á sacarles sustancia.

Naturalmente perspicaz, supo también D. Gregorio leer en el gran libro de la vida, y de mucho le valieron los consejos de la experiencia.

Siempre ha tenido autoridad, porque es título éste que conceden los años, la palabra de los viejos; y por eso en torno del abuelo se juntan los hijos y los nietos, amén de otros allegados, para escuchar sus consejos, que erigen el hogar en cátedra de valiosísimas enseñanzas.

Aunque D. Gregorio Malvás distaba bastante de la ancianidad—tenía cincuenta años,—en lo que llevaba de vida había aprendido tanto como pudiera otro de gran longevidad.

Como Felisa le escuchaba siempre con atención y en silencio, estaba D. Gregorio cada vez más ufano y cada día parecíale mejor, más hermosa, más digna de la predilección que hacia ella sentía, su buenísima sobrina.

.....

EL MARQUÉS DE FIGUEROA.

(Continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

La literatura española en el siglo XIX, por el P. FRANCISCO BLANCO GARCÍA, agustino. *Parte tercera. Las literaturas regionales y la hispano-americana. Con las licencias necesarias.*—Madrid, Sáenz de Jubera, hermanos, editores, 1896.—En 4.º, 403 páginas: 5 pesetas.

Varias veces lo hemos dicho: aquí, en este lugar de la REVISTA, solamente nos toca dedicar breves apuntes á las publicaciones nuevas, por importantes que sean. Mucho lo es, bien lo saben nuestros lectores, la del reverendo padre Francisco Blanco, ilustre profesor del Real Colegio de Estudios superiores, que los agustinos tienen en San Lorenzo de El Escorial. Pero nuestro compañero D. Melchor de Palau ha de hablar extensamente de la obra, y él cuidará de poner de realce los méritos que la avaloran. El tercer tomo, consagrado á las literaturas regionales españolas é hispano-americanas, era impacientemente esperado por cuantos saborearon los anteriores, agotados á los pocos meses de salir de las prensa. Seguramente que el P. Blanco alcanzará ahora

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

no menos aplausos, porque, venciendo las dificultades que le presentaban el catalán y gallego, ha sabido empaparse en ambas literaturas y expone sus juicios con imparcialidad e independencia, sin rigores ni encomios exagerados.

Mucho desearíamos que las múltiples ocupaciones que pesan sobre el P. Blanco, catedrático de dos asignaturas y director de la notable revista *La Ciudad de Dios*, le permitiesen preparar la segunda edición de su excelente obra, complaciendo á los que se lo suplican.

* * *

Les types intellectuels. *Esprits logiques et esprits faux*, por FR. PAULHAN.—*París, Félix Alcan, editor, 1896.*—En 4.º, 362 paginas: 7,50 francos.

Acomete el autor en este volumen el estudio de los tipos intelectuales, tan variados como las formas del carácter. Dedicla la primera parte del libro á las relaciones de la inteligencia y los deseos. La inteligencia se desprende poco á poco de las tendencias, se organiza en potencia independiente y aun directora; después un nuevo progreso la lleva á fundirse de nuevo, pero realizando una unidad más elevada, en las pasiones y los deseos. Á cada fase de ese largo desarrollo corresponde un tipo particular que la encarna en cierto modo.

En la segunda parte examina el autor los tipos que producen las realizaciones diferentes de las grandes leyes psicológicas precedentemente estudiadas por él. Divídense en dos grandes clases: los entendimientos lógicos y los ilógicos, que á su vez se subdividen en grupos secundarios. Á un lado están los equilibrados, los entendimientos de lucha y contraste, los grandes imaginativos; al otro lado los entendimientos falsos, razonadores ó soñadores, los frívolos ó pueriles, etc. El conjunto de esos tipos forma una serie descendente que va desde la coordinación perfecta al desorden absoluto.

* * *

Traité de photographie industrielle. Teoría y práctica por CARLOS FÉRY, jefe de trabajos prácticos en la Escuela de Física y Química industriales, y el DR. A. BURAIIS, encargado del servicio fotomicrográfico en el Instituto Pasteur.—París, Gauthier-Villars é hijos, editores, 1896.—En 8.º, VIII-345 páginas, con 95 figuras intercaladas en el texto y 9 láminas: 5 francos.

Después de unas breves nociones de óptica, estudian los autores las principales reacciones de la luz, de inmediata aplicación á la fotografía; el ortocromatismo, el ensayo de los objetivos, etc., exponiendo un método muy sencillo para aquel ensayo, método que da el valor numérico de las diversas aberraciones por medio de una sola prueba efectuada con el aparato sometido á examen. Aclaran las explicaciones con figuras y láminas.

En la parte segunda, después de tratar por manera completa y práctica de los procedimientos negativos, describen los positivos por vía mecánica. El lector halla en el libro las maneras ingeniosas de obtener las hermosas láminas con que ahora es tan frecuente ilustrar las revistas. Cuidan de no dar otras fórmulas de baños que las que los mismos autores han empleado con buen éxito, para lo cual han tenido muchas veces que modificar la composición de las mezclas que generalmente se indican.

En suma: la obra de los Sres. Féry y Burais es utilísima y merecedora de que se recomiende á cuantos se dedican á esta clase de trabajos.

* * *

Otras publicaciones.

El periódico para niños, ilustrado y semanal, que con el título de *¿Quieres ser mi amigo?* publica el conocido maestro Ángel Bueno llama extraordinariamente la atención, pues lejos de ser una revista desposeída de serios principios, es un

verdadero recurso, un aliciente poderoso para desarrollar la inteligencia, el juicio y la imaginación, un verdadero curso de moral cristiana, todo ello encarnado en la forma más agradable y amena.

Biblioteca gallega. Recuerdos de Galicia, por T. Vesteiro Torres. Prólogo de V. Novo y García. Obras póstumas. I. La Coruña, Andrés Martínez, editor, 1896. En 8.º, xxvi-143 páginas, 3 pesetas.—Pocas figuras tenemos en nuestra literatura contemporánea tan interesantes como la del desgraciado Vesteiro Torres. Muy joven era en 1876 el que traza estas breves líneas, cuando, al saber la trágica muerte de aquel escritor, al contemplar en la Biblioteca Nacional el paquete de ejemplares de sus obras, que dejó allí como recuerdo el pobre vate gallego, la víspera de su suicidio, sintióse tan hondamente impresionado, que dedicó á Vesteiro Torres un extenso artículo en *La Prensa*, periódico que por aquel entonces veía la luz pública en Madrid. Pasaron veinte años, y muchos se fueron olvidando del muerto, hasta que ahora su cariñoso amigo el Sr. Novo y García incluye la colección completa de los trabajos literarios de aquél en la *Biblioteca gallega*. Componen el primer tomo porción de escritos en prosa, referentes todos á la tierra del autor, y en los cuales palpita el entusiasmo que por ella sentía; seguirá un segundo tomo con las poesías, entre las cuales hay algunas de subido mérito.

Colección Diamante. Cuentos amorosos, por Emilio Fernández Vaamonde. Barcelona, López, editor. En 16.º, 189 páginas.—0,50 de peseta.

Pocos años hace que reside en Madrid el joven escritor D. Emilio Fernández Vaamonde, y por su laboriosidad y talento disfruta ya de fama como poeta y como prosista. El libro que ahora ha dado á la estampa se compone de una colección de cuentos, correctamente escritos todos, que revelan en el autor tendencias modernistas, no siempre, en verdad, merecedoras de elogio. Pero quien tiene las dotes intelectuales de Fernández Vaamonde, acabará afirmando su personalidad con algún libro de gran empuje.

El maestro de armas, por Alejandro Dumas, padre. Tra-

ducción de Torcuato Tasso Serra.—Barcelona, tipolitografía de Luis Tasso. En 8.º, 354 páginas.—Novela muy interesante y perfectamente traducida.

El velocipedismo, por Luis Vega-Rey. Memoria premiada en concurso público por el Ateneo de Vitoria. Guadalajara, 1896. En 8.º, menor, 44 páginas.—Ahora, que hay tanta afición á la bicicleta, conviene leer trabajos tan bien pensados como el último del docto publicista y médico Sr. Vega-Rey,

Las dos rosas, poema por Ángel Corujo. Madrid, 1896. En 8.º, 171 páginas, 2 pesetas.—Demuestra el autor soltura en la versificación y no poca fantasía. Confiamos que en obras posteriores se enmendará de algunos descuidos en que incurre.

España y Cuba. Estado político y administrativo bajo la dominación española. Madrid, 1896. En 8.º, 204 páginas, 3 pesetas.—Prueba el desconocido autor de este libro, como dice en el prólogo, que «España está en Cuba con todo el amplio espíritu de su régimen político, sin diferencia sustancial en ninguno de los órdenes de la vida social y administrativa». De gran oportunidad resulta esta publicación en los actuales momentos, cuando se nos calumnia por tantos ignorantes ó asalariados.

El pesimismo autonomista de las Antillas. Madrid, 1896. En 8.º, 54 páginas: una peseta.

Estado moral de los factores de la producción en Cuba y Puerto Rico. Madrid, 1896. En 8.º, 56 páginas: una peseta.

De los dos precedentes trabajos es autor D. Fernando López Tuero, bien conocido ya por otras producciones que antes ha dado á luz.

Montserrat. Roman féerique, por Marius André. París, Alberto Savine, editor, 1896. En 8.º, 273 páginas: 3,50 francos.—Escrita esta obra en el convento de Montserrat, tan lleno de tradiciones y tan hermoso para el creyente, el autor se ha inspirado en los sentimientos religiosos de la tierra española y nos encanta con su libro, lleno de imágenes que cautivan el ánimo del lector.

La política de España en Filipinas.—Prosigue el director de

esta revista quincenal, D. Wenceslao E. Retana, su brillante campaña en defensa del Archipiélago filipino y de la dominación española en él. Tiempo vendrá en que se lamenten nuestros gobernantes de no atender en todo al ilustre publicista, tan conocedor de nuestras posesiones ultramarinas. Por cierto que Cuba anduvo muy acertada al elegir al Sr. Retana, como acaba de hacerlo, para su representante en Cortes, porque seguramente está llamado aquél á prestar grandes servicios á la patria.

La Lealtad, excelente periódico de San Feliu de Guixols, publica un esmerado retrato de D. Primitivo Artigas y un extenso artículo en que se examina detenidamente la última notable obra debida á aquel inteligente y laborioso ingeniero de montes. Nos place que se haga justicia á los méritos de persona que tanto vale.

Necesidad é importancia de la educación física.—Así se titula el trabajo que leyó el sabio Dr. Calatraveño en la noche del domingo 25 del corriente, ante la Asociación Nacional de Gimnástica. Grandes y nutridos aplausos oyó el Sr. Calatraveño, y bien los merece, porque combatió con energía los errores que se cometen ahora en la educación, errores que van llenando la sociedad de señoritas anémicas y de jóvenes degenerados con muchos nervios y pocos músculos. El orador supo dar á su discurso un vuelo extraordinario porque lo entreveró con atinadísimas consideraciones acerca de nuestro pasado y presente histórico. Tuvo períodos grandilocuentes que entusiasmaron al auditorio y habló con una valentía que se sale fuera de los convencionalismos tan corrientes hoy.

A.